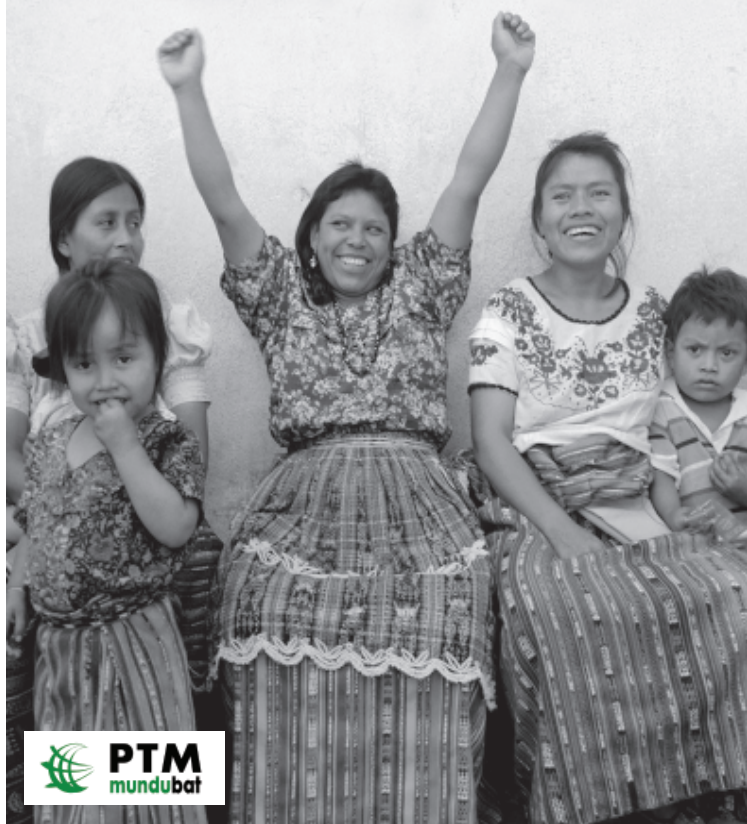


Despiertas

Voces de mujeres en lucha



Despiertas
Voces de mujeres en lucha

Despiertas

Voces de mujeres en lucha

**Elena Apilánez, Ángela María Botero, Fatma El Medí,
Elicelda Guardado, Mariana Ramírez,
María de la Luz Sarmiento,
Colectiva de mujeres de Masaya, Yajaira Salazar,
ADEMUR, Helen Dixon, Ibone Guevara,
Alicia Mosquera, Grupo Venancia,
Aichetu Ramdan Suelim, Zahra El Hasnawi Ahmed,
Ana Silvia Monzón,
Beatriz Bonilla, Aminta Navarro,
María de los Ángeles Acuña, Laura Valle**

Esta edición cuenta con el apoyo de



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Giza Eskubideetarako, Enplegurako eta Gizarteratzeko Departamentua
Departamento para los Derechos Humanos, el Empleo y la Inserción Social



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO

ETXEBIZITZA ETA GIZARTE
GAIETAKO SAILA
Gizarte Ongizateko Sailarjuordetza
Garapen Lankidetzarako Zuzendaritza

DEPARTAMENTO DE VIVIENDA
Y ASUNTOS SOCIALES
Viceconsejería de Bienestar Social
Dirección de Cooperación al Desarrollo



Bilbao

UDALA
AYUNTAMIENTO

Emakume eta Garapenerako
Lankidetzako Zerbitzua
Servicio de Mujer y
Cooperación al Desarrollo

Fotografía de portada: Enrique Pimoulier
Diseño interior: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa

© PTM-Mundubat
Sombrerería, 2- 3º 48005 Bilbao
Tel. 94 416 23 25
www.ptmmundubat.org

© de esta edición:
TERCERA PRENSA-HIRUGARREN PRENTSA S.L.
Peña y Goñi, 13, 1º - 20002 Donostia-San Sebastián
e-mail: hiruga01@sarenet.es

ISBN: 84-87303-88-9
Depósito Legal: SS-2898/06
Imprime: Michelena artes gráficas

Índice

Presentación	7
La lucha de las mujeres... ¿mis luchas? Elena Apilánnez Piniella	9
Colombia. Una curita para la violencia, una sonrisa para la vida. Ángela María Botero Pulgarín	13
Sahara. Mi vida por Selma Fatma El Medí	21
Honduras. Tres mujeres de Casa Luna Elicelda Guardado, Mariana Ramírez, María de la Luz Sarmiento	29
Nicaragua. Y cuando se nos movió el piso... Colectiva de mujeres de Masaya	43
Colombia. Si me permiten hablar Yajaira Salazar	51
El Salvador. Una historia de perseverancia ADEMUR	57
Nicaragua. «¡Quieren hundir nuestras tierras!» Helen Dixon	65
Brasil. «Me hice monja para buscar mi libertad» Ibone Guevara	75
Colombia. Nosotras somos la memoria Alicia Mosquera	81
Nicaragua. Con dignidad de mujer se escribe la vida Grupo Venancia	89

Sahara. La otra cara de la represión Aichetu Ramdan Suelim, Zahra El Hasnaui Ahmed	111
Guatemala. 3, 2, 1... Voces de Mujeres al aire Ana Silvia Monzón	117
Colombia. Ésta es nuestra linda historia Beatriz Bonilla	127
Honduras. Una experiencia de empoderamiento de mujeres Aminta Navarro	137
Nicaragua. Con el empoderamiento de las mujeres ¿Quién no sale ganando? María de los Ángeles Acuña Herrera	145
Nicaragua. Cristina Rodríguez, feminista campesina Laura Valle Otero	153
Epílogo	161

Presentación

*Ahora vamos envueltas en consignas hermosas
desafiando pobrezas y miedos
gritando voluntades contra los malos augurios
y esta sonrisa sobre el horizonte*
Gioconda Belli (poetisa nicaragüense)

Del 26 al 28 de Octubre de 2005 se celebró en Bilbao el I Encuentro Internacional «**Todas estamos despiertas**», un evento organizado por PTM-mundubat que reunió a organizaciones y mujeres del Norte y del Sur, comprometidas en la lucha por la equidad de género. Fue una reunión para compartir experiencias, nuestras luchas, nuestras metodologías y, en definitiva, nuestros saberes y nuestros sentimientos. Reflexionamos juntas sobre el lugar que ocupamos las mujeres en los procesos de economía popular y solidaria, y en el ámbito de la vida local. Mujeres de diez países diferentes, de credos y razas distintas, unidas por el anhelo de construir otra sociedad mundial, otras relaciones sociales y sentimentales; mujeres que en cada país viven entregadas a la causa de la justicia social, de una democracia participativa, y siempre con el objetivo de terminar con la subordinación de las mujeres al patriarcado social y al machismo cotidiano.

Nos encontramos mujeres que con recorridos y experiencias de vida muy distintas, confluimos en la necesidad de unir nuestras fuerzas y dar a conocer a nuestras sociedades del Norte y del Sur qué estamos haciendo, por qué estamos luchando. Nos comunicamos con palabras salidas a borbotones, con discursos, con gestos y saludos, pero sobre todo lo hicimos con esa complicidad no-dicha que nos viene del tiempo, de ese compartir tantas cosas sin

habernos conocido, en medio de una atmósfera vivencial que sólo es posible entre mujeres. Estar juntas no fue sólo un hecho físico, fue también una experiencia intelectual y espiritual, multiplicadora y tan necesaria para diseñar juntas estrategias de liberación.

Este libro recoge algunas experiencias individuales y colectivas de mujeres. En realidad en cada relato individual habita lo universal. Cada vida de mujer sufriente no es sino el espejo de una realidad global. Y en cada lucha de mujer por su dignidad y libertad se retrata lo mejor de la humanidad misma. Son historias que no nos resultarán extrañas, ni distantes. Son vidas que *gritan voluntades*, una nueva voluntad de vivir una vida mejor.

Así pues, este libro forma parte del encuentro «**Todas estamos despiertas**», como una pieza más de testimonio y de reflexión. Este espacio de mujeres del Norte-Sur seguirá su camino. Y dará lugar a nuevos debates y conclusiones, a nuevas emociones y a nuevos libros.

Equipo de Sensibilización y ED de PTM-mundubat

A modo de reflexión introductoria

Las luchas de las mujeres... ¿mis luchas?

Elena Apilánez Piniella*

Nunca se me olvidará cuando –no hace tantos años atrás- un compañero de una organización en la que trabajaba y de la que era socia, me decía que él de género sólo entendía «el género de mahón». No sé si ustedes saben, pero este tipo de género textil se utiliza preferentemente para hacer la ropa de trabajo que suele usarse en profesiones tales como carpintería, albañilería, naval y otros oficios que, por sus características, requieren de una indumentaria de esta índole con el fin de proteger la ropa que se lleva debajo.

Poco después, cuál no sería mi sorpresa, cuando el mismo compañero a quien recuerdo muy cariñosamente, se expresaba en público utilizando el masculino y el femenino para dirigirse a una audiencia mixta. Por supuesto, ya en ese entonces, eran varios los compañeros que habían incorporado a su discurso –quisiera creer también que a su pensamiento- algunos fundamentos de las propuestas feministas.

Por ese entonces, mis luchas comenzaban a tomar significancia por cuanto el acercamiento a la academia feminista proporcionaba las explicaciones necesarias y el marco teórico a los pensamientos y actuaciones que, hasta ese momento, brotaban de for-

*PTM-mundubat

Tegucigalpa, agosto de 2005

ma inagotable, recurrente y, quizás, compulsivamente, en el cotidiano de mis quehaceres... No sin conflicto ¡por supuesto!, el encuentro con el feminismo significó para muchas mujeres de mi edad un reencuentro con la forma de mirar y ver el mundo, su paisaje y su paisanaje.

De allá hasta ahora muchas cosas han sucedido, muchas experiencias se han vivido, encuentros y desencuentros, teorías y academia que progresivamente han ido conformando una mirada que, al decir de muchas reconocidas feministas, no puede ver sino a través de las lentes del género. Aunque esta forma de *ver* no está exenta de tropiezos y desganas, de retrocesos y de angustias, de sumergirse de repente en un sin sabor agotador que pone en duda las capacidades, nuestras capacidades, mis capacidades para continuar cuestionando permanentemente «las cosas».

Las luchas de las mujeres han sido y son permanentes cuestionamientos del orden establecido, donde quiera que éstas se desarrollen; en cualquier parte del mundo es posible conocer experiencias o intentos transformadores protagonizados por mujeres que, con mayores o menores éxitos, han supuesto ricos procesos de los que hacer lectura y reflexión dejando hablar la experiencia. Estoy segura que, de todos ellos, las mujeres que los han protagonizado y las mujeres que los observamos podemos extraer diferentes lecturas para enriquecer nuestras visiones y quehaceres; apropiarnos de los mismos es como apropiarse de nuestra historia, de la historia de las mujeres tantas veces invisibilizada y tantas veces cuestionada.

Y sigo con las reflexiones... No siempre las luchas y los procesos de cambio desde las mujeres son colectivos, sustantivos y conscientes; no se me hace difícil pensar que muchas de *nuestras* mujeres –familiares, amigas, vecinas, compañeras– van haciendo en solitario su camino y posicionándose, a cada paso, frente a incertidumbres que abordar y resolver, que mucho tienen que ver con las relaciones de poder, con el *status quo* genérico establecido o con los *dimes*, *decires* y *diretes* que van ordenando el deber ser. Frecuentemente, estas luchas individuales suelen ser silenciosas y anónimas, pero no por ello dejan de tener su impacto en el espacio más cercano –mixto, sin duda– en el cual, muy probablemente

te, vayan dándose cambios aunque éstos puedan parecer casi imperceptibles.

Las páginas siguientes nos muestran experiencias diversas que en un momento dado y en un contexto determinado, han generado cambios o, al menos, impactos perceptibles o casi imperceptibles, para las mujeres que las protagonizaron y para sus contextos más o menos inmediatos o más o menos alejados.

Colombia

Crónica de otra fuga, el destino de ser mujer

Una curita para la violencia, una sonrisa para la vida

Ángela María Botero Pulgarín*

Y mientras Eva lograba escapar del paraíso, Dios dijo: «Eva ganará el pan con el sudor de tu arepa¹, Adán, ganará el pan con el sudor de tu frente». Repensar mi propia historia me devuelve a estas palabras que leía en los buses que me llevaban desde mi casa al centro de Medellín, Colombia. Tenía como 8 años.

Me llamo Ángela María Botero Pulgarín, así me puso mi mamá cuando nació en La Balsita, ayudada de mi tía y abuela que eran las parteras del pueblo. La Balsita era un pueblo chiquito, más bien como una vereda, que hace parte de un pueblo más grandecito que se llama La Balsa. Éste se ubica en Urama Grande, uno de los corregimientos del Urabá Antioqueño. Digo que era, porque todos los y las habitantes del pueblito fuimos obligados a abandonar nuestras casas y tierras porque así es la guerra. De esto hace casi 38 años. Allí la guerra continúa, pero desde 1999 vivo en Madrid y ya no me llaman «desplazada» sino «inmigrante».

* Pertenece en Colombia a la Red Colombiana por los Derechos Sexuales y Reproductivos y en Madrid a las asociaciones Génera y Enlaces

¹ AREPA: hace referencia a una manera común y popular de nombrar la vagina. La relación entre la arepa que es un producto típico hecho a base de maíz que es parte de la base alimenticia de gran parte de la zona andina de Colombia y su relación con los genitales femeninos llega al punto de calificar de arepona a una mujer con los genitales pronunciados. No está por demás decir que este cartel/aviso pegados en los algunos buses nos quiere decir que es a través de la sexualidad que las mujeres nos conseguimos el pan de cada día.

Pero a pesar de tantos cambios y movimientos, a pesar de la variación de los calificativos –o más bien descalificativos–, a pesar de ya no estar en el sur sino en el norte y de haber sobrevivido al desplazamiento forzado y estar en la sobrevivencia que implica la emigración, hay sombras que siempre a una la siguen, y es que como mujer seguimos siendo construidas como objetos para el deseo del hombre.

A veces, caminando por Alcobendas algunos hombres me miran y tan sólo ven esa latina que se imaginan caliente en la cama y sumisa en la casa. Aquí no puedo evitar relacionar cosas que me han pasado en el disque² primer mundo con las que me han pasado en el disque tercer mundo. Allí, en Medellín, cuando vendía cigarrillos en mi puesto del centro, los hombres que llegaban a comprar me decían *«niña vengase conmigo que yo la saco a vivir juiciosa»* y yo les contestaba, *«pero más juiciosa pa' dónde, por eso trabajo...»*. Ahora aquí en España me encuentro con lo mismo pues muchos hombres me siguen y me ofrecen dinero para que me vaya con ellos y algunos me dicen que me dan los papeles: *«Tranquila que yo le ayudo con los papeles»*. Yo me enojo y a algunos les insulto pero nunca me sale decirles gilipollas, siempre me salen los insultos a la colombiana, como por ejemplo *«y este malparido qué se cree, es que llevo el signo de puta en la cara o qué, respete que no todas nos venimos a putiar y si así fuera no me iría con usted ni a los mismísimos infiernos»*. La verdad es que no sé en qué se nos nota, a veces me reviso y me digo *«pero si hasta voy lo más de bien vestida»*, pues en invierno una parece un ropero andante, con bufanda, chaqueta, pantalones de lana y hasta guantes, ¿o será que tanto envoltorio también les excita? Al final no sé si es que llevo la P de Puta o la P de pobre en la frente.

Si bien una lucha por cambiar, parece como que todo sigue queriendo recordártelo: me vuelvo a sentir como una PUTA. Aunque mirándolo bien no sé si es por ser colombiana o es un mal de familia o es por ser mujer, ya que a mi madre le decían puta por

² Disque o dizque: Palabra del uso lingüístico popular y campesino que se usa para poner en duda lo que se dice, también se usa para desmentir una afirmación.

trabajar en una cafetería y vivir con un hombre que no era su esposo. Así transcurría mi infancia peleándome en la calle, defendiendo el honor de mi madre y ganándome la vida con la venta de empanadas, buñuelos y bolsas en el barrio. Más tarde, durante la adolescencia ya tenía mi puesto de venta de cigarrillos, confites, chicles y fósforos en el centro de Medellín.

A pesar que en aquellos momentos todavía no era consciente, ahora puedo decir con el tiempo que mis primeras luchas como mujer están relacionadas con la necesidad de huir de esa sentencia del bus con la que inicié este relato. Es decir, del sino que acompaña a una niña trabajadora de la calle a hacer la calle, a ganarse la vida con el sudor de su sexo. Es muy difícil salir del círculo «vicioso» que nos destina³ a seguir un camino dibujado por otros, pero es posible. Pues yo soy testiga que aunque una tenga todas las papeletas, es decir que posea todos los requisitos para cumplir con la sentencia que define el destino de la mujer, es posible cambiar el destino y dedicarse a otro oficio, Para seguir en la línea de actualidad, es algo así como decir que «otra mujer es posible». Esto suena como a una arenga, pero es verdad, pues, aunque una haga cosas que atenten contra una misma, contra el propio cuerpo y contra la salud, una puede reconducir la vida y transitar por vías distintas a las marcadas por un supuesto destino del que estoy segura se puede escapar.

Ahora, la pregunta que anda rondándome mientras escribo y usted lee esta corta y a la vez larga historia, es la de ¿cuáles son las condiciones, cuál es ese destino y cómo se escapa de ello?

Cuando digo que cumplía con los requisitos o condiciones para no ser nadie en la vida, estoy recordándome en retrospectiva. Me acuerdo de mi infancia, de mis viajes en bus, donde leía todos los carteles y pegatinas que advierten cosas que en la niñez no se entienden pero quedan sonando, como las canciones de amor y despecho. Recuerdo mi infancia sin padre y con una madre cam-

³ Destino, es muy gracioso ver el uso de este término en Antioquia, pues las mujeres para referirse a los trabajos domésticos dicen que están haciendo destino y, tanto las mujeres como las niñas, se autocalifican como juiciosas cuando cumplen con sus destinos. En otros contextos destino se relaciona con algo que no se puede variar y se afirma que «el destino lo quiso así».

pesina que creía que no podía criar a sus hijas sin un hombre al lado. Un hombre que nos explotaba, pues nosotras éramos las que trabajábamos. Mi casa siempre olía a empanadas, a fritos y a papas. Mis cuadernos, mi ropa y yo olíamos a cafetería. Nosotras trabajábamos moliendo el maíz, amasando la masa, pelando las papas, preparando los guisos, mientras mi mamá armaba las empanadas, fritaba y preparaba todo para que mi hermano y yo saliéramos a vender a la calle. Mientras, mi padrastro llevaba los encargos grandes a restaurantes y cafeterías. Él fumaba cigarrillos marlboro y muchas veces llegaba borracho de aguardiente Antioqueño. En fin, nosotras trabajábamos más, y él recibía la plata. Y cuando «disque» se «enlagunaba» se equivocaba de cama y se metía en la de mi hermana y yo. Es por esto que dormíamos con pantalones. Y mi mamá se lo llevaba a su cama, pues el pobre estaba borracho y al otro día no se acordaba de nada.

Pero no me quiero quedar en esta parte, sólo quiero ponerle un nombre que puede ser: «desprotección, trabajo infantil y acoso sexual en la casa». Pero quiero agregar que, a veces, para que me dejaran salir a jugar o a ir a una piscina con las amigas, aunque no supiera nadar, tenía que vender todas las empanadas, o si no, no me dejaban salir. Cuando terminé la primaria salí con conducta y disciplina regular, con lo cual la escuela no me recomendó para entrar en ningún colegio, sólo quedaba que de pronto me recibieran en un colegio privado, y eso era imposible, pues éramos muy pobres. Mi mamá siempre decía que lo único que nos podía dar era el estudio y, efectivamente, ella con un amigo que quería ser mi novio y tenía máquina de escribir, cambiaron este informe y me pusieron conducta y disciplina excelente. Y con eso me presenté a un colegio que se fundaba ese año y se llama Liceo Comercial Asamblea Departamental de Antioquia. Dado este paso delictivo se me arregló un poco la vida pues me salvé de dedicarme al trabajo callejero de tiempo completo, aunque eso supusiera un año comportándome como una angelita por miedo a ser descubierta.

En el nuevo colegio, ya en bachillerato, me enseñaban a ser buena secretaria. Teníamos las uñas largas y pintadas. Nos enseñaban contabilidad, a escribir muy rápido con la taquigrafía Gregg

y a ser muy discretas. Todo se me daba bien, sobre todo la contabilidad, pues en la calle una aprende rápido a engañar y no dejarse engañar en cuestiones de plata. Sin embargo nunca aprendí a escribir a máquina, no por falta de agilidad sino porque no tenía con qué escribir y practicar en mi casa. Y así pasaron cuatro años de mi vida, aprendiendo lo que era ser una buena secretaria, que como dice una canción de mocedades: «*secretaria, secretaria la que escucha escribe y calla*». Siempre se dice que la secretaria es la amante del jefe, la enfermera la amante del médico, las azafatas de los pilotos, y así sucesivamente, por lo que nuevamente, ya desde mi experiencia familiar, volvía a sentir que el destino de las mujeres era ser putas. Algo así como que importaba más la «arepa» que el conocimiento.

Para colmo, a mí me gustaba mucho cantar, me sabía muchas canciones que hablaban de historias y muchas eran sobre las prostitutas. Ahora me viene a la mente una que dice así: «*y era un pajarillo de blancas alas, de balcón en balcón, de rama en rama, vendedora de amor, ofrecedora para el mejor postor...*» No sé, pero para mí siempre fue una situación muy familiar que contemplé en las canciones y en la vida. A todas estas circunstancias o papeletas para no ser nadie, le sumo la más horrible que me ocurre cuando tenía 14 años. A esta edad ya no vendía empanadas en el barrio, ya tenía mi propio puesto de cigarrillos, chicles, fósforos y confites en el centro de Medellín. Preparémonos porque esto que sigue sí que es fuerte, pues resulta que un día mi mamá estaba vendiendo cigarrillos en su puesto del centro, en la calle Colombia. Y ella llamó a la casa de una vecina para que mi hermano bajara unos cartones de cigarrillos marlboro, porque se le habían acabado. Mi hermano no estaba, así que bajé yo. En mi casa ni siquiera había teléfono. Por esos días yo estaba sensualísima, con las hormonas alborotadas y pensaba en las relaciones sexuales. Yo me imaginaba cómo sería ese lecho de rosas como cualquier adolescente que siempre piensa en cómo será su primera vez... Entonces yo me fui a llevar el encargo a mi mamá, pero nunca llegué. Siempre creí que eso fue una trampa, pero aún no se lo he dicho a mi mamá. Ellos le tuvieron que pedir los cigarrillos a mi mamá y me esperaron antes. Yo siempre he tenido fama de ser

muy avispada y no fui nada lista ahí. Siempre he pensado que estaba como embobada. Yo me sentía culpable de haber deseado una relación sexual y en ese entonces pensaba que por eso me había pasado. Ahora, sé que cuando alguien te quiere engañar te engaña. Porque a mí me engañaron con que me iban a dar un trabajo. «*La necesidad tiene cara de perro*», decía mi abuela, pues, cuando una busca conseguir algo es capaz de no ver los peligros que entraña el camino y claro, así es muy fácil caer en las trampas tendidas para nosotras.

Por esos días había escuchado que habían violado a una chica y la habían matado. Así que después de un fallido intento de lucha y de recibir golpes y caricias (cada caricia es un golpe) yo me dejé, que hicieran lo que hicieran para que no me mataran. No quedé embarazada porque aún no había menstruado. En mi casa nadie me hizo nada, no lo denunciaron, no me llevaron a ningún sitio. Con el tiempo, cuando lo pregunto a mi madre por qué no lo denunció, ella me contestó que porque yo era muy inocente y ella muy ignorante. Ella tampoco sabía qué hacer. Con el tiempo, para poder contarlo tenía que emborracharme. Y era como una manera de disculparme por no ser virgen. Yo fui a la Universidad a recuperarme de mi historia, pero sólo fue una recuperación mental. Yo podía hacer una reflexión casi filosófica de mi vida, pero yo allí no me encontraba todavía. Yo seguía perdida, porque tuve mi cuerpo extraviado durante mucho tiempo. Por eso a mí el tema de la prostitución me interesa mucho, no tanto porque me sentí predestinada sino porque de alguna manera lo viví. Accedí a hacer muchas cosas, por ejemplo a tener relaciones porque sí, porque tocaba, si quedaba a comer con un tipo lo que seguía era acostarse, era una vivencia muy alejada del cuerpo.

Pero como siempre quería estudiar, yo seguía trabajando en el centro. Me levantaba a las 3, y a las 4 de la mañana ya estaba mi puesto abierto. Por ahí a las 10 u 11 ya estaba en mi casa arreglándome para ir a estudiar, sin embargo cuando entré a la universidad a estudiar español y literatura, a los 22 años, seguía trabajando como vendedora ambulante, pero esto ya duró poco pues comencé a vender libros y a buscarme la vida dentro de la misma universidad. Por entonces, trabajé en la biblioteca y en una cafetería de

la facultad de ingenierías. En la Universidad aprendí mucho, era casi como una filósofa que repensaba la vida, leía mucho sobre literatura y sexualidad de las mujeres, pues es y sigue siendo mi incógnita, pero la verdad es que no me encontraba bien del todo, seguía perdida en mí misma y con mucho dolor y rabia en mi vida. Bueno, pero ahora viene lo mejor, pues ya terminando en la Universidad y trabajando como profesora en una escuela privada comencé a estudiar en la Escuela Popular de Arte (EPA). Allí estudié danza y teatro, recuerdo como si fuera ayer los trabajos corporales, los masajes, los juegos, etc. Allí me descubrí, abrí mi sensación de corporeidad. Tenía que reconstruir mi cuerpo, mi vida. Lo hice porque lo que tenía no me gustaba, no me sentaba bien. No me hacía feliz. Y con eso me quedé un tiempo muy sola. Tenía un novio, pero me sentía alejada. Ya luego volví a renacer de mis propias cenizas, a amasarme y moldearme. No a planear, porque no soy una persona planeadora, no planeo quién quiero ser, ni lo tengo escrito, pero sí que iba probando a ser de otra manera. Ir cambiando. Cambié mucho. Tenía compañeras que lo notaron. Porque mis compañeras me querían de siempre, pero me decían que me veían bonita, suave, tranquila y cariñosa. Luego, junto al trabajo de recuperar el cuerpo, vino el aprender a luchar. Eso no me lo enseñaron en ninguna universidad, ni en la universidad de Antioquia ni en la EPA, fue en el movimiento social de mujeres que aprendí a luchar, a saberme feminista.

No sé decir qué es primero y qué es después, creo que todo se da paralelamente. Un paso siempre lleva a otro, como las olas, que siempre detrás de una viene la otra. Sí, fue con esa experiencia de movimiento que aprendí a salirme de muchos de los huecos en los que he estado. Estas mujeres a las que he leído y a las que he vivido me dieron muchas claves, otras formas y sobre todo me enseñaron otra dimensión política del género y de la sexualidad. Porque para mí, la sexualidad es transversal, es todo. Enseñar a aprender desde la sexualidad es entender nuestro género desde ese centro, desde lo que somos. Todo está marcado por la sexualidad, tanto si tienes hijos o no los tienes, si eres heterosexual u homosexual, etc. Por eso es muy fácil ser puta, todo está ahí y cuando se trata de descalificar a las mujeres el insulto sale fácil y va con-

tra nuestra sexualidad. Es entonces cuando vuelvo a sentirme puta, aunque no me gano el pan con el sudor de mi «arepa» sino con el de mi mente. Todo eso lo aprendí caminando y compartiendo conmigo misma, con los libros, con la gente y sobre todo con mis compañeras del Movimiento Social de Mujeres: Vamos Mujer, Mujeres que crean, COMBOS, que trabaja sobre infancia trabajadora y, sobre todo, con la Red de Mujeres por los Derechos Sexuales y Reproductivos que son unas luchadoras que no bajan la guardia.

Hoy, con mi vida puesta en otro país, vivo todas las dificultades de ser una mujer extranjera. Una indita latinoamericana que, como todos y todas las migrantes, se tiene que acoger a las miserias de una ley de extranjería a todas luces injusta. Sin embargo, esta «nueva lucha» por los derechos de los y las migrantes me ha traído muchas ilusiones, he aprendido a ser feliz y a combatir la tristeza del desarraigo con nuevas amigas tan diversas todas, tan lindas todas, que sólo me queda cantarles una última canción de Ana Belén, en agradecimiento a su apoyo y oportunidades compartidas: *«Y me rodean amigas... que transforman lo eterno en cotidiano, que conviven sin miedo con la muerte, que luchan cuerpo a cuerpo con la suerte hasta lograr que coma dulcemente de sus manos... dulce esperanza de la sed... valientes fugitivas del edén... saben coger la vida por los cuernos, pero también correr para no verse en el infierno».*

Ésta es una de las pequeñas grandes historias de una mujer, como cualquier otra, y en la que seguro también estuvo Eva, la del paraíso, que gracias a su encuentro con las luchas y resistencias de las mujeres, desde la mujeres, puede hoy decir que recondujo su vida y transita por vías distintas a las marcadas por un supuesto destino del que **E**stoy **sE**gura, **sE** **puE**de **E**scapar.

Sahara Occidental

Mi vida por Selma

Fatma El Mehdi*

Voy a contar mi historia sabiendo que es una historia más, que cuenta vivencias de mujeres en situaciones muy críticas. Nací en mi país, el Sahara Occidental, en su capital Aaiun. A los dos años mis padres se trasladaron a vivir a la ciudad de Elgelta, ya que mi padre trabajaba en una empresa española de Cubierta y Tejado. En este pueblo muy pequeño empiezan mis recuerdos de infancia. En mi barrio todos nos conocíamos, los niños y niñas jugábamos juntos al escondite, el cruro, el emdefina o edfenaha, etc., mientras los mayores charlaban y hacían todos los quehaceres diarios.

En diciembre de 1975, un día de invierno normal, a las cuatro de la tarde jugábamos en una casa apartada con la plena tranquilidad generada por la inocencia de la infancia, mientras la situación política llegaba a su momento más crítico. Los hombres habían empezado a organizar la evacuación de nuestra tierra.

Sobre las cuatro de la tarde aparecieron los aviones y con ellos empezó una lluvia de minas que prendió fuego por todas partes. Salimos corriendo aterrorizadas buscando a nuestros padres. Al no encontrar a mi abuela, cogí a mi tía de la mano y corrimos, no recuerdo si mis pies tocaban la tierra o no, cruzamos piedras y árboles hasta llegar a la cueva donde había mucha gente suplicando ayuda y socorro.

Yo llegué con el vestido roto y muchas heridas, pero eso no me importaba, lo que me preocupaba era el ruido de los aviones que bombardeaban sin cesar el exterior. A la una de la madrugada sa-

* Secretaria General de la UNMS (Unión Nacional de Mujeres Saharaui)

limos para ver qué había pasado y vimos que todas las casas estaban quemadas. Las madres empezaron a buscar agua y algo para comer entre los restos de las casas quemadas. Mi abuela consiguió una olla grande de 20 litros e hizo arroz con agua, sin aceite ni sal. Nos juntamos más de cincuenta personas para calmar el hambre. Éramos mujeres, niñas y niños, los hombres habían ido a buscar transporte, porque no se podía estar ni un minuto más y la huida era la única opción.

Pasada una hora llegaron tres hombres, entre los que estaba mi padre. El saludo, que siempre era larguísimo, se redujo a una sola palabra: «*salam alekum*», y sin esperar respuesta, dijo: ¡vámonos! ¡de prisa! Nadie se preocupó por saber a dónde íbamos, recogimos la olla de arroz y fuimos hacia los tres Land Rovers. En cada coche nos montamos 18 personas muy apretadas con lo que teníamos puesto, agua y algunas mantas. Nuestro viaje duró cuatro días y menos mal que en aquella época todavía no existían minas porque el coche andaba botando entre árboles durante la noche y la gente buscaba sitios para esconderse entre los árboles y las montañas durante el día.

Fue el viaje más duro y largo de toda mi vida. Por el camino había mucha gente que huía a pie, sobre todo mujeres con niños.

De toda la tragedia que viví durante aquel viaje, el momento más dramático fue cuando mi prima Safia dio a luz. Tradicionalmente la mujer saharauí no solía hablar de su embarazo ni siquiera con su propia madre y mi prima sufría en silencio. A las 17.00 horas, mientras las mujeres preparaban la comida y los pocos hombres que había cogían leñas, agua... de repente se oyó un grito muy fuerte. Al escucharlo toda la gente corrió hacia los árboles pensando que venían los soldados marroquíes. A las dos horas nos dimos cuenta que faltaba Safia. Mi tía entonces pensó que podía estar dando a luz y pidió que le acompañaran mujeres a buscarla. Cogimos una manta, trapos, agua, y fuimos corriendo hacia el lugar donde se había escuchado el grito. Cuando la encontramos estaba tan cansada que parecía muerta. El parto no fue nada fácil porque a las malas condiciones del momento había que sumar que el feto llevaba varias horas muerto y a ella no le quedaban fuerzas

para expulsarlo. Fue muy doloroso y aún mas crítico cuando por fin nació una niña preciosa, pero sin vida.

El cuarto día, a las 23.00 horas, llegamos al desierto argelino de la Hamada, que en mi idioma significa lugar muy duro y falto de recursos; en este lugar sólo existen dos estaciones: verano con 52 grados e invierno con 1 grado bajo cero. Aquí instalamos los campamentos los refugiados saharauis. Parte de mi familia, parientes que vivían en ciudades más grandes como el Aaiun, no pudieron salir y están viviendo en las zonas ocupadas hasta hoy en día. Llevamos más de 30 años sin saber casi nada de ellos. Del fallecimiento de mi abuelo, en una de las cárceles en las zonas ocupadas, nos enteramos tres años más tarde de que ocurriese

Los primeros momentos en la Hamada fueron muy difíciles porque no había comida, ni agua, ni vivienda. Mi abuela y mi madre juntaron varias melfas (la vestimenta de las mujeres saharauis) y mantas para hacer nuestro primer refugio, una jaima para toda la familia; dormíamos todos juntos, bebíamos en el mismo cuenco y comíamos en el mismo plato. La comida consistía en un solo plato de arroz con aceite y sal o, en algunos casos, pan con aceite.

Al cabo de unos meses el Frente Polisario empezó a crear un sistema de enseñanza para niñas, niños y adultos. Las mujeres ofrecieron sus jaimas para dar clases y se convirtieron en maestras cuando ni siquiera habían terminado el tercero de primaria, lo que les obligaba a aprender la víspera lo que tenían que enseñar el día siguiente. Otras mujeres, ante esta nueva situación, tuvieron que empezar a hacer ladrillos de adobe con arena para construir escuelas, centros sanitarios. Yo entonces tenía siete años y al ser la mayor de la familia tenía la obligación ayudar a mi abuela y a mi madre. Mi padre tuvo que ir al ejército, como todos los hombres. En la Hamada sólo estábamos las mujeres, la población infantil, los ancianos y ancianas y los heridos de la guerra que llegaban a cada instante.

Tras un brote de epidemia en el que murieron muchos niños y niñas de mi barrio, a los supervivientes nos mandaron a estudiar a Argelia, Libia o Cuba. A mí me tocó ir a Libia, país árabe en el que pasé nueve años. Luego estuve otros dos años en Argelia.

Durante este tiempo regresamos a visitar a nuestras familias sólo cada dos años. Durante los veranos hacíamos muchas actividades en los campamentos: programas de alfabetización, deporte, teatro, etc. El verano de 1982, con trece años, fui a los campamentos a pasar el verano con la familia. Cogimos el avión militar desde Trípoli (Libia) hasta Tindouf. Al llevar varios años sin tener noticias de mi familia teníamos todas y todos mucha ilusión, tanta que al llegar todas las mujeres me parecían iguales: con melfas, delgadas, su piel tostada, gritando de alegría. Fue para mí muy difícil distinguir a mi madre hasta que me nombraron en la lista y salió una mujer muy morena a abrazarme, y darme besos llorando de alegría.

De camino a casa no pudimos entender por qué mi madre tenía tanta prisa por llegar a casa de los abuelos, ni siquiera paramos a tomar un vaso de agua. Parecía que nos estaba esperando alguien importante. Cuando llegamos a casa de los abuelos, llamó a mi abuela y dijo «están aquí las niñas». Mi abuela encendió la luz de butano, nos abrazó y empezó a hablar de mi padre, nos dijo que era una persona muy valiente, que había luchado mucho contra el enemigo en una gran operación militar donde fue mártir junto con otros 11 saharauis. Fue una pérdida profunda que me obligó a replantearme todo ante la nueva situación de mi madre: sola, con los niños y sin nadie que le ayudará. Me quedé en una situación de confusión sin saber exactamente qué hacer: dejar a mi madre y mis hermanos solos o abandonar los estudios. Al final decidí abandonar los estudios y quedarme en casa para ayudar a mi madre. A los 16 años me casé y fui a una escuela de formación para maestras de primaria del Campamento 27 de Febrero. Estuve dos años allí y luego empecé a dar clases en la escuela del campamento donde vive mi familia, en la Wilaya de Smara.

A los pocos meses nació mi primera hija Selma, yo tenía entonces 18 años, le llevaba a la guardería de mi colegio desde los 6 meses. Era una preciosidad. A los 11 meses tuvo polio, fue la primera epidemia en los campamentos y no había infraestructura suficiente para atender este problema. Mi hija llevaba dos días con fiebre tras tomar una vacuna que estaba mal conservada por el calor. Al ir al hospital regional no se detectaba el virus ya que

Selma había sido el primer caso, al menos en el campamento de Smara. Al ver que la fiebre no bajaba, ni siquiera con tratamiento, me mandaron al hospital nacional. Fue terrible, las habitaciones estaban llenas de niños afectados, muchos no duraban ni 24 horas. Nos dijeron que los niños que sobrevivieran 24 horas podrían vivir, pero con minusvalía.

Selma, mi hija, fue uno de los casos más graves. Sólo movía los ojos, el resto del cuerpo lo tenía inmóvil. Murieron miles de niños, fue el año que hubo más mortalidad infantil. A los que sobrevivieron los llevaron al hospital infantil. Eran 85 niños y sus familias estuvimos viviendo 6 meses en aquel hospital. Durante ese tiempo no hubo mucho avance por lo que al final nos mandaron a nuestras casas. El mismo día que mi hija se puso enferma yo estaba embarazada de tres meses de mi segundo hijo. Cuando mi hija tenía un año y cuatro meses ya había nacido Jabubi. Fue la época más dura y complicada de mi vida, donde comprobé lo difícil que es la vida. Lo peor para mí fue que tenía que llevarlo todo sola, mi marido estaba en el frente y venía sólo para 10 días cada año y mi madre tenía suficiente trabajo cuidando a mis ocho hermanos.

Viví aquella época en una situación de aislamiento total, muy atareada todo el día, no tenía tiempo para descansar, ni para leer, ni para ver a las amigas. Pasé dos años así hasta que mi hijo empezó a andar, era pequeñito y débil, pero andaba. En cambio la mayor no, tenía que llevarla en brazos a cualquier sitio ya que no había sillas de ruedas.

Decidí reincorporarme al trabajo, al menos para mejorar mi situación moral e intentar hacer algo para mi pueblo, aunque sea desde mi casa. Empecé a colaborar en trabajos informativos y de investigación para la escuela donde trabajaba. Al cabo de un tiempo me encontré con Mama, una colega del curso de formación en la Escuela 27 de Febrero. Fue una gran alegría verla. Me preguntó por mi vida y le conté todo lo de mi hija y las dificultades que tenía para trabajar. Me sugirió contactar con la Unión Nacional de Mujeres Saharais (UNMS) donde yo podría hacer más cosas de las que estaba haciendo y mis hijos estarían en una guardería sin

ningún problema. Al final, ella se ofreció a ponerme en contacto con esa organización.

A las dos semanas, estando en mi casa, vino una mujer que llevaba un traje militar, me saludó calurosamente, cogió a mi hija en sus brazos y luego se presentó. Me dijo que era Senia Ahmed, la Secretaria General de la UNMS. Me dijo que le encantaría que yo fuera a trabajar con ellas y que ella buscaría una persona que se encargase de mis hijos en la guardería. En ese instante me saltaron las lágrimas, sentí que aquella mujer tan agradable iba a ser mi salvación final y enseguida le dije que aceptaría, pero que necesitaba dos días para consultarlo con mi madre.

Tres días más tarde vino un camión con cuatro mujeres de la Dirección de la UNMS, recogieron mi jaima y me llevaron a la Escuela 27 de Febrero, lugar donde se encontraba la sede de la UNMS. Me ayudaron a montar la jaima de nuevo y me ofrecieron ayuda. Al día siguiente vino Senia Ahmed y me presentó a la chica que me iba a ayudar para llevar a mis hijos a la guardería. Se llamaba Lita. Una mujer muy alegre a la que luego mi hija llamaría su segunda madre. Me instalé como administrativa general para la oficina de la UNMS, eso fue en 1989. Esto me ha llevado a asumir diferentes cargos: encargada de la oficina general, encargada del Departamento de Cooperación y, al final, Secretaria General de la UNMS, cargo en el que llevo tres años. Durante muchos años mi trabajo en la organización fue con personas discapacitadas, invidentes y personas mayores, aparte del trabajo para fomentar la presencia y la participación de las mujeres a nivel en las instituciones saharauis. Mientras mi hija iba a la guardería, Senia se había ofrecido para arreglarle un pasaporte para buscar tratamiento en el exterior. Luego contactó con una Delegación Saharai en Andalucía (España) para buscar una familia que pudiera hacerse cargo de la niña mientras recibía su tratamiento. Así fue.

Yo no tenía pasaporte, así que Senia tuvo que buscar otra mujer con pasaporte para acompañar a mi hija. A mí, por un lado, me dolió no poder acompañarla porque Selma sólo tenía tres años, pero por otro lado, su salud era lo que más me importaba, así que tuve que aceptar que fuera sin mí.

Si fueras mi madre hablarías igual que yo

Pasó un año sin tener noticias. Durante todo ese tiempo no recuerdo una noche sin que el rostro de mi hija pasara por mi mente. Me venían muchas preguntas: cómo estaría, en qué condiciones, con qué familia, si estaría contenta, si estaría mejor de salud, cómo era la familia... Un día, mientras estaba trabajando en mi despacho con Senia, le dije que tenía muchas ganas de hablar con ella y le pregunté si me podía ayudar para comunicarnos. Me dijo que era difícil pero me planteó ir con ella esa misma noche a la MINURSO (Misión Internacional de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental). Estaba tan ilusionada con escuchar su voz que no me había dado cuenta que mi hija sólo hablaba castellano. Cuando llegó la hora fijada, fuimos las dos e hicimos la solicitud y nos pidieron el teléfono de la Delegación Saharaui en Andalucía para conseguir el teléfono de la familia con quien vivía mi hija. Unos minutos más tarde nos dieron el teléfono de la familia, pero ninguna de nosotras hablaba castellano. No podíamos entendernos con la familia y tuvimos que buscar una chica que trabajaba allí para ayudarnos. La chica cogió el teléfono y le explicó a la familia que yo era la madre de Selma y que quería hablar con ella. Cuando me pasó el teléfono estaba tan nerviosa que tenía dificultades para iniciar la conversación. Al final dije «Selma ana mamá» queriendo decir que yo era su madre. Ella no me entendía nada, se quedó un rato repitiendo qué, qué, qué...

Pasamos casi 15 minutos sin llegar a entendernos, al final la chica cogió el teléfono intentado explicarle a mi hija que yo era su madre pero que no podía entenderme con ella. Mi hija le dijo «no entiendo, si fuera mi madre hablaría igual que yo». Ha sido una frase que a mí me ha torturado realmente, sentía perder a mi hija. Estuve dándole vueltas al asunto y me he dado cuenta de que en esta vida todo requiere sacrificio. Además fue algo que me ha obligado a estudiar el castellano para poder comunicarme con mi hija y la familia.

Ahora mi hija está con la familia española, lleva 14 años (desde 1991). Esa familia para mí ha sido un ejemplo de entrega y solidaridad. Estaré siempre muy agradecida por todo el esfuerzo

que hicieron para hacer que mi hija sea una persona con muchas aspiraciones en la vida. Gracias a su labor he aprendido que la solidaridad lo es todo y que realmente no existen barreras para impedir una convivencia más duradera y solidaria.

Luchando por los derechos de la mujer en la costa norte de Honduras

Tres mujeres de Casa Luna*

Introducción

En 1974, como resultado de la catástrofe causada por el huracán Fifi, nacieron en la Diócesis de Trujillo, en la costa Norte de Honduras, los Clubes de Amas de Casa como medio para poder distribuir víveres, semillas y ropa a las familias necesitadas. En general esos clubes se caracterizaron por su servicio a la comunidad y sus pequeños proyectos económicos para mejorar la condición del hogar. Aunque su desarrollo no tomaba en cuenta las necesidades estratégicas de las mujeres en sí, muchas mujeres crecieron en autoestima y en liderazgo como producto de estos clubes.

En los años ochenta, las parroquias de Sonaguera y Tocoa invitaron al PAEM, (Programa Alternativa de Educación para Mujeres) a acompañar la promoción femenina. Bajo la dirección de María Ester Ruiz, dio un giro hacia la formación de las mujeres mismas: su auto-conocimiento y su reconocimiento de su situación como mujeres. Se puede decir que se dio inicio a un proceso feminista campesino basado en la realidad de las mismas mujeres.

Desgraciadamente, la coyuntura entre 1987 y 1992 no permitió una apertura a esta línea, dado que la prioridad en la zona fue la unificación del movimiento popular para la justicia social (no necesariamente incluyendo la equidad de género). Al comienzo

*Casa Luna es una Asociación de carácter privado e independiente, sin fines de lucro. Tiene como domicilio la ciudad de Tocoa, en Colón, Honduras.

de los noventa se armaron varios debates en las parroquias que se pueden definir como «mujer para otros vs. mujer para sí», lo cual obligó a las mujeres a elegir entre el PAEM y la Iglesia, desarticulando o debilitando seriamente la Promoción Femenina. Este suceso etiquetó el trabajo con mujeres como «problemático» y culminó con la incorporación de las mujeres en las demás pastorales sin una atención específica a la situación de la mujer para evitar conflictos.

En 1994, las Parroquias estaban preguntándose: la Promoción Femenina: ¿Para qué? ¿Hacia dónde? Por esa misma razón, los esfuerzos de mantener viva la Pastoral De La Mujer y consolidar objetivos viables y liberadores en unas parroquias han encontrado indiferencia o resistencia entre las mismas estructuras parroquiales y laicos/as. Como es frecuente, las mujeres hemos tenido que ir ganado nuestro espacio.

A raíz de las necesidades priorizadas en una Asamblea Parroquial celebrada en 1993 donde la desintegración familiar se presentó como un problema sentido por todas las familias que conforman la parroquia de Tocoa, para dar repuesta a esta necesidad se pensó en buscar a Jennifer Cassolo. Esto fue iniciativa de Ricardo Falla porque ella era su amiga y la invitó para trabajar con mujeres aquí en Tocoa. Así fue como, en 1994, llegó Jenny a Honduras y en un Consejo Parroquial de ese año se presentó Jennifer y ahí mismo se empezó a buscar personas con deseo de trabajar con mujeres. Y se inició el trabajo, empezando Loly Pineda con Jenny a visitar comunidades con el objetivo de rescatar a algunas mujeres que antes habían estado organizadas, llegando esta vez a las comunidades de Chacalapa, Chichiguite, Punta De Rieles, Abisinia, La Esperanza, El Tamarindo, Sta. Elena.

En 1995 integraron al equipo de la Pastoral de la Mujer, Lastenia Méndez y Eliselda Guardado, siempre visitando comunidades y los grupos de mujeres. A finales del año 1995 se integró al equipo Marina Ramírez y María de la Luz Sarmiento. En este año se empezó a coordinar con CDM (Centro De Derechos de la Mujer), con las clases de Promotoras Legales yendo a capacitarse a Tegucigalpa las compañeras Loly, Eliselda, y Marina Ramírez para luego reproducir lo aprendido: así nace la Escuela de Promotoras/es

Legales. En 1996 se da la primera «Promoción de Escuela De Promotoras Legales» que contó con un número de 30 mujeres quienes fueron seleccionadas por los grupos de mujeres y equipo de Pastoral de La Mujer con el compromiso de reunir a las mujeres de su comunidad que tienen problemas de tipo familiar, legal, violencia doméstica, abandono y reproducir lo aprendido en su grupo de mujeres. La formación de esta promoción tuvo una duración de nueve meses con una clase por semana de ocho horas cada clase comprendiendo los siguientes temas: sexo-género, autoestima, el Código de Familia, más conocimientos de violencia doméstica, ciertas clases del Código Penal como la violación, etc. La primera promoción culminó en el mes de enero de 1997 con un número de 25 mujeres.

En 1997 se continúa con la escuela de promotoras legales «segunda promoción», incorporándose la compañera Mariana Mejía.

1998 será siempre recordado en Honduras como el año del huracán Mitch. Después del desastre generado por el huracán todos los programas de la Pastoral Social se redefinen, pasando a programas de atención a la emergencia. Las compañeras de la Pastoral de la Mujer son integradas en equipos de trabajo mixtos. Se diluye el trabajo desde y para la mujer.

En abril de 2000 se crea Casa Luna como una parte del programa de la Pastoral Social, como un espacio para la mujer donde se continúa con la atención de los casos de violencia contra la mujer y la formación de las promotoras legales. Los conflictos se agudizan al interior de la Pastoral Social pues no se entiende la función primordial del espacio propio de la mujer, desde el que fortalecernos en la lucha contra el sistema patriarcal opresivo. En 2002 nos independizamos definitivamente de la Iglesia Católica iniciando un proceso como Asociación Casa Luna. Ha sido todo un proceso de cambio tanto colectivo como individual en el que hemos ido adquiriendo y fortaleciendo nuestra conciencia de mujeres que quieren ser libres.

Estos son algunos de los testimonios de las compañeras que integramos la Asociación que esperamos puedan servir de apoyo para otras mujeres que se encuentren en procesos semejantes.

Historia de Elicelda Guardado Martínez. Una Bruja sin Brújula.

Soy Elicelda Guardado Martínez, una de las tantas mujeres en el proceso de reencontrarnos para reconstruirnos nuevamente en el camino de la vida de las mujeres. Un camino en el que sólo nosotras mismas podemos apoyarnos, con algún que otro hombre. Pero lo más importante es sanarnos a nosotras mismas para poder sanar a las y los demás.

Soy parte de este proceso desde el mes de julio de 1990. Inicié en grupos de mujeres en la comunidad de Las Lomitas, Olanchito Yoro a mis 18 años de edad, pero ya siendo madre de un hijo de siete meses. Quienes nos visitaban eran dos compañeras de la Parroquia de Sonaguera ya que en esa época, como hasta ahora, esa comunidad por cuestiones eclesiales ha sido asignada a Sabá Colón, siendo en ese entonces Sonaguera y Sabá una sola Parroquia. Quienes nos visitaban eran Angélica Andrade y Nicolaza Carranza. Recuerdo que traían un folleto que se llama «Conociéndome a mí Misma».

Empecé como una miembro del grupo solamente pero, en la medida que fue creciendo, logré ser la promotora del grupo. Teníamos encuentros sectoriales o intercambios parroquiales y una que otra actividad económica en algunos grupos, ya que la fuente del programa era más la parte de formación. A ese grupo pertencí por tres años. En octubre de 1993, tuve que trasladarme a Tocoa por motivos de trabajo de mi esposo, llegando al barrio La Ceiba de esa ciudad. Fue un poco difícil ya que en ese lugar no existía el trabajo con mujeres.

En el mes de noviembre comencé un trabajo de aseadora de la iglesia católica central de Tocoa. Allí fui dándome cuenta de la experiencia que había con las mujeres, la cual lastimosamente estaba paralizada. Era bastante triste ya que las compañeras que habían estado trabajando en esa época lo que más expresaban en sus pláticas eran frustración y resentimiento. Conversé con algunas compañeras del Programa Parroquial como Crusita Velásquez, Neri Cardoza, Mariana Mejía y Gela, todas excelentes mujeres. Por fin aparece una oportunidad, nuevamente, al aparecer en mi vida una

muy querida amiga y eslabón de mi vida: Jennifer Casolo, una norteamericana en proceso de querer hacer algo. Jennifer fue providencial, por su claridad de ideas; era la que mejor podía apoyarnos, con la ayuda de Ricardo Falla un sacerdote jesuita que en ese momento era párroco.

Jennifer empezó «pescando» tres mujeres con deseos de hacer un trabajo con mujeres. Ellas eran Loly Pineda, Lastenia Méndez y Justina Palma y luego cayó Eliselda en esa red. De la cual me enamore y sigo enamorándome. Adoro mi trabajo y estoy orgullosa de poder identificarme con lo que hago. Jennifer tuvo que enamorar a mi marido para que yo pudiera entrar a formar parte del proceso; el mayor pretexto que él ponía eran los niños y la niña, que cómo los iba a dejar solos, que nadie los podía cuidar como yo, que cómo yo iba a andar en las comunidades... Pero por fin, un día logré que me diera permiso de ir a una comunidad, Chichiguite. Yo estaba feliz de haber logrado aquello, pero me esperaban sorpresas. Como el programa había surgido hacia la carrera y lo de presupuesto era difícil, nos tocó viajar en bicicleta desde Tocoa hasta El Chichiguite, una distancia de más o menos de dos a tres horas. Nos agarró la noche y yo venía muy preocupada ya que había abusado del permiso y corría el riesgo de no volver a salir a las comunidades, pero no había de otra que poner la cara y enfrentar la situación; él no dijo nada, sólo permaneció bien serio por dos días y yo que no me atrevía a pedir otro permiso, pero de vez en cuando lo lograba y así fui hasta que él aceptó que yo visitara las comunidades dos o tres veces por semana, con la condición de llevar al niño más tierno a las visitas. Me levantaba oscuro para dejar todos los oficios hechos de la casa, más la comida del día preparada, y él se llevaba los otros dos niños al trabajo. Así estuve un tiempo. Luego logré incorporarme a medio tiempo, ganando Lps. 20.00 (1 Euro) por día de trabajo, sin derechos laborales ni viáticos para comer y para el transporte muy restringido.

Recuerdo que mi visión era la nutrición de las familias con las prácticas de las hojas verdes y el uso del frijol soya. Se capacitaron varios grupos de mujeres por ejemplo en Las Pilas, Chichiguite, Punta de Rieles, Chacalapa y otros. Así seguimos por unos meses

y luego empezamos a diseñar una serie de temas de formación en períodos que comparamos con el tiempo de embarazo. Eran nueve meses de formación, dando luego a luz un proyecto económico, por ejemplo una pequeña tienda en Punta de Rieles, y otra en Remolino. Otros grupos trabajaron con huertos familiares y algunas actividades económicas individuales. Estábamos llevando un programa radial llamado «siempre vivas», coordinado con la asociación ANDAR de Tegucigalpa. De allí surgió la idea de capacitarnos para los programas radiales que ya estábamos manejando las mujeres.

De todo este recorrido tengo muy buena experiencia, pero momentos amargos también. Recuerdo las veces que nos atacaban desde los consejos parroquiales. Era tanta la presión y la burla, que era difícil soportar estar en las reuniones y una vez casi me da un infarto. Los curas, a la hora de celebrar la misa, primero se fijaban si había una de nosotras de la pastoral de la mujer, para mencionar «hermanos y hermanas», y así muchas cosas más, ellos y ellas, los damos y damas. Era fatal, pero pasamos la prueba logrando que en las reuniones se empezara a hablar un lenguaje que incluyera a hombres y mujeres. Éramos mal vistas, e incluso me atrevo a decir que somos mal vistas todavía por algunas personas, porque consideran que buscamos mandar a los hombres, darle vuelta a la tortilla.

Déjenme decirles que no es fácil ser mujer cuando se trata de defender nuestros derechos y querer ser nosotras. Mucha gente lo ve como un pecado, como algo ilógico que no puede ni debe ser, pero es admirable lo que hemos logrado. Para mí lo más importante es ver cuánto he crecido, cuánto he avanzado. Tengo una familia en proceso de ser mejor. Ya somos bastantes las mujeres organizadas que estamos defendiendo nuestros derechos en las casas, en las iglesias, en todos los espacios públicos que nos toca enfrentar. Ya hemos logrado con el proceso de participación ciudadana sentar a las autoridades municipales y algunas instancias del gobierno nacional e internacional.

Actualmente he recuperado uno de mis sueños: estoy estudiando, cursando la secundaria, y espero graduarme en dos años. También he comenzado a incursionar en los espacios políticos donde

predominan esquemas manejados por los hombres, no es nada fácil, pero creo que es necesario intervenir en ellos.

Tengo mucho que contar. El precio que he pagado por hacer mi camino de libertad ha sido bastante caro; en poco tiempo me veo divorciada, pero en un proceso de crecimiento y de reconstruirme, viviendo la vida. Esa vida que sólo se encuentra en el manantial de ser mujeres. Si la vida me permite, en el futuro, publicaré mi historia.

Mujeres, tengamos presente que debemos sumar no restar, todas para adelante, nada para atrás. Las quiero.

La mujer en el Aguan. Esto pasó en el año 1995 en adelante.

Un buen día llovía temprano, y como caída del cielo entró una mujer, acompañada de dos compañeras suyas. Era una mujer que tenía sueños para las mujeres y que enseguida me enamoró y me robó. Me hizo propuestas y me entregué. Ah! Mi nombre es Mariana Ramírez. Como las reuniones eran o se daban en la Iglesia, creí que estas mujeres eran entregadas en su fe. Así es que acepté asistir a un taller que se iba a impartir en Tegucigalpa y fue allí en donde yo empecé a reaccionar diferente. El taller era sobre teología femenina de Dios. Yo llevaba mi Biblia y cuando descubrí lo que la misma sociedad ha hecho de nosotras, sentí furia y me convertí en una especie de activista, defendiendo a las mujeres a capa y espada, promoviendo nuestros derechos, reportando casos de violencia y formando a las mujeres en las comunidades.

Me incorporé en cuerpo y alma a la lucha por la igualdad entre el hombre y la mujer, y así fuimos capacitando mujeres que se fueron organizando. Fuimos como la levadura que poco a poco empieza a hinchar la harina. Pero bueno, lo interesante es que sepan cuál fue la reacción de la gente.

Para que se hagan una idea voy a comparar lo que pasó con la mujer adúltera en los tiempos de Jesús. La gente nos empezó a insultar con estas frases: ¡Como no tienen marido no tienen qué hacer!, ¡quita-maridos!, ¡brujas!, ¡descompone-hogares! En fin, para las mujeres nosotras fuimos como su consuelo, pero para los

hombres siempre fuimos las ovejas negras, las que no teníamos qué hacer.

Nosotras nunca hicimos caso a esos insultos y pasaron los años. Luego conseguimos que el INFOP (Instituto de Formación Profesional de Honduras) capacitara a mujeres en oficios. También se incorporaron algunos hombres y así aprendieron a vernos la cara; las grandes hambreadas y el compartir los huevitos fritos y los frijolitos con las mujeres es uno de los mejores recuerdos de mi vida. Por eso quiero dar siempre gracias a toda mi gente, las Amo y las Extraño.

Una mujer soñadora y rebelde

Mi nombre es María de la Luz Sarmiento. Tengo 43 años, mi historia es larga. Comenzaré por el año 1993, para ser exacta un 28 de junio, día en que regresé a Bonito Oriental a casa de mi mamá, como la hija pródiga sin dinero, pero con cuatro hijos, un recién nacido de cuarenta días Kevin, uno de tres años Iván, otro de seis años Gervin y el mayor de ocho años Oscar. Hacía quince años me había marchado del pueblo y ya no conocía dónde quedaba la casa de mi mamá; tenía una referencia por donde está Hondutel. Cuando llegamos a Bonito Oriental dice el ayudante del bus «ya llegamos a Bonito, ¿dónde se queda?». Me bajo y empiezo a preguntar si conocen a mi mamá. Nadie la conocía, pero cuando menciono el nombre del marido de ella a él si lo conocían. «Pero ellos no viven aquí, viven en el Antigüal», «pero aquí vive un hijo de él, el profesor». Mientras una muchacha va en busca del profesor, pido un vaso de agua a una señora y me lo ha negado, es que la escena de una mujer con cuatro niños y unos sacos y cajas de cartón daba pena.

No sé cuanto tiempo esperé, pero al fin llegó mi hermana Tita a recogerme con su marido en un carro. Me llevó donde la suegra de ella y me dieron agua para mí y los niños, ¡cuánto se lo agradecí! Luego me llevó a su casa, allí en Bonito. Esa noche, como ya era bastante tarde, me invitó a quedarme en su casa. Me dijo que al día siguiente vendría mi mamá y que se llevaría la gran sorpresa de verme de regreso. Esa noche no nos alcanzó para hablar de

tanto tiempo sin vernos, sin saber nada una de la otra, no dormimos de tanto platicar.

Pero la sorpresa me la llevé yo. Mis hijos no conocían a mi mamá y Tita la divisa y les dice «allá viene su abuelita, vayan a encontrarla y díganle bendita abuelita». Así lo hicieron. Ella no los conoció y cuando llega, lo primero que dice es «eh, y vos la que yo esperaba no se vino y la que no esperaba se vino».

Llegué al Antigüal al día siguiente de haber llegado. Me estaba esperando. Allí había dejado dos hijos, una niña y un niño. Ya están grandes. Están con sus mejores galas esperándome. También están mis hermanos. Es fiesta, hay alegría y lágrimas pero no hubieron regalos. La mamá venía pobre, lo único que traía eran más hermanos. Empieza otra vida de trabajos, sinsabores, sólo con la tranquilidad de tener techo, comida segura para mí y los niños. Voy a obviar muchas cosas dolorosas que me tocó vivir.

He sido muy observadora y pude darme cuenta que las mujeres de esta comunidad no eran felices. Vivían en una pobreza tremenda, enfermas, sin dientes una que otra. No salían a ningún lugar, sólo a la iglesia y al Centro de Salud de Bonito, todos los días lo mismo, el quehacer de la casa.

Al poco tiempo de haber llegado empecé a ir a las misas y celebraciones de la palabra de Dios. Algo que me llamó la atención es que el cura hablaba que el amor de Dios era como el amor de una madre que nos quiere a tod@s por igual, que sufría más por l@s hij@s extraviados que por l@s hij@s que estaban bien. En aquel tiempo yo estaba en huelga con la iglesia, hasta con Dios, y esto me hizo regresar a la iglesia. Sólo los hombres opinaban y las mujeres no decían nada, sólo escuchaban calladas. En la aldea hacía nueve años que no había catequesis, así que propuse dar catequesis pero no me hicieron caso. En una de las misas del mes, el cura propuso que hubiera voluntarias que quisieran dar catequesis a l@s niñ@s. Nadie dijo nada. A la salida de la misa me acerqué al cura y le comenté lo que había propuesto, lo cual dejó al animador con la boca abierta por el atrevimiento de mi parte de acercarme al cura y decirle que yo estaba dispuesta a dar la catequesis a l@s niñ@s de la comunidad. «Ves Mauro» dijo el cura, «ya tienen la catequista, que vaya al taller y asunto arregla-

do». Y Mauro tuvo que aceptar de muy mala gana porque el cura le ordenaba.

Empecé otra etapa de mi vida, en la cual disfrutaba de trabajar con los niños y niñas de la comunidad y de conocer otras gentes. Poco a poco fui conociendo por dentro la iglesia católica; platicaba con los hombres de la iglesia sobre lo bueno de que las mujeres nos juntáramos para hablar de l@s niñ@s, de hacer huertos familiares, que hiciéramos actividades de venta de golosinas para tener algún ingreso extra. A ellos les parecía bien. En esos días se oía el rumor de una gringa que andaba trabajando por las mujeres y empecé a preguntar por ella. Me fui empapando de todo de los programas que tenía la iglesia. Venía a Tocoa a cuanto reunión o actividad se hacía y una de esas actividades que marcó mi vida fue la celebración del 25 de noviembre, el día internacional de la no violencia contra la Mujer. La Pastoral de la Mujer de la parroquia de Tocoa conmemoraba ese día. Me acerqué, pregunté y me contaron las actividades y me metí en ellas. Ese día encontré lo que hacia 31 años buscaba y me quedé. No ha sido fácil la lucha.

Empecé a capacitarme y al mismo tiempo a invitar a las mujeres a que nos formáramos como grupo de mujeres. Los hombres contentos porque creían que iba a haber dinero para las mujeres, porque una de las primeras actividades que se hacían era el pequeño morralito, donde cada ocho días que nos juntábamos se ahorra desde un lempira o más. Se fomentaba en la mujer el hábito del ahorro.

En el mes de enero de 1997, 25 mujeres nos graduamos y obtuvimos un diploma de Promotora Legal. En este tiempo las promotoras legales acompañábamos a mujeres que se decidían a denunciar los casos de violencia doméstica a las autoridades competentes, no siendo muy bien recibidas. Nos preguntaban quiénes éramos, que quién nos autorizaba y cuando decíamos «somos promotoras legales», nos seguían preguntando dónde habíamos estudiado y que si esa carrera era reconocida por el Estado. Muchas veces tuvimos que gritar y no irnos hasta que éramos atendidas. Usábamos toda la influencia de la Iglesia, del socorro Jurídico y cuando para noviembre de 1997 fue publicada en la gaceta la Ley contra la Violencia Doméstica, la comenzamos a llevar como

nuestra Biblia bajo el brazo y la mostrábamos y preguntábamos si la conocían. Se quedaban desconcertados porque no la conocían y entrábamos en acción.

Muchos casos no fueron resueltos: de cada diez casos, uno o dos eran resueltos. Tuvimos que hacer luchas continuas en medio de amenazas de muerte de parte de los hombres, burlas de los policías, quejas de varios hombres en los buses «imagínense que ya no se les puede hacer nada a las mujeres, porque lo meten preso a uno», «hasta el derecho de pegarle a nuestra mujer no están quitando». Sólo quince promotoras éramos las activas, las demás no podían por muchas razones; una de esas razones era que sus compañeros no estaban de acuerdo con la formación recibida, mucho menos que acompañaran a las mujeres. El Socorro Jurídico se encargaba de llevar la parte legal de los casos de reconocimiento forzoso, pensión de alimentos, paternidad responsable, embargo, violaciones, y divorcio.

Remitíamos a las mujeres, cuando peligraban sus vidas, a casas refugio en Tegucigalpa y llevamos los casos con los Juzgados y Socorro Jurídico. A lo largo de todo este proceso se analizaba que era una limitante trabajar dentro de la Iglesia por lo cual se pensaba en una Casa de la Mujer y tener nuestra propia personería jurídica. En este hermoso sueño estábamos cuando nos llega el desastre natural del Huracán Mitch. A raíz de este desastre natural se da prioridad a la emergencia y todo el equipo de la Pastoral de la Mujer se disgrega en varios componentes a nivel diocesano; fue una crisis profunda y dolorosa porque no queríamos que el trabajo que veníamos realizando con los grupos de mujeres volviera a desaparecer como había desaparecido en dos ocasiones anteriores. Nos dijeron: «Hacen la emergencia o se quedan sin trabajo». Todo mundo agachó la cabeza y se aceptó la propuesta que el trabajo con la mujer se implementara como un eje transversal de Género que debía estar presente en todas las actividades. Aunque aceptamos el famoso eje, tuve fuertes confrontaciones con los curas y los que tomaban las decisiones ya que yo formaba parte del equipo, logrando que en el proyecto global de la pastoral social que se estaba elaborando, en el componente de Gestión y Educación de Salud, se incorporara un espacio de sanación inte-

gral para hombres y mujeres. Se darían masajes, consejería familiar, un día de sanación con visualizaciones creativas a los agentes de pastoral social, un día con mujeres y otro día con hombres mediante capacitaciones en las diferentes parroquias.

Sin embargo, nos pidieron no seguir trabajando con los grupos de mujeres, ni visitarlas. Pero nosotras pusimos en práctica la frase de «si Mahoma no va a la montaña que la montaña venga a Mahoma» y continuamos capacitando a los grupos de Mujeres, haciendo trabajo de sensibilizaciones y socialización de la problemática de la mujer. De modo que seguimos apoyando a las sobrevivientes de violencia doméstica.

El año 2000 fue la marcha Mundial de las mujeres, el 17 de octubre, y como siempre nos enteramos de últimas. «Me acompañan o marcho sola», les dije a las compañeras. Ese día salimos 200 mujeres vestidas de negro y con las ollas vacías. Ese mismo día se hizo realidad otro sueño de organizarnos como una Red de Mujeres para el desarrollo del Aguan y Sico Paulaya y la Costa Garífuna. Gracias a que yo era la Coordinadora de Casa Luna peleé tan fuerte que ordenaron que no se metieran conmigo, que me dejaran hacer lo que yo quería. Cuando venían los auditores salían confundidos porque de salud tradicional, lo que ellos estaban acostumbrados que se hiciera no se hacía. No entendían que era eso lo que nosotras hacíamos. Se iban y no volvían.

En el año 2001 empezaron los recortes de presupuesto y personal en la pastoral social. Uno de tantos hombres que no nos podía ver propuso cerrar la casa y que la convirtiéramos en guardería para niños de la calle, a lo cual me opuse fuertemente que casi me lo como vivo y le dije hasta del mal que iba a morir. Hasta el día de hoy ese hombre es adversario mío y de la Casa Luna. Este mismo año comenzamos a negociar con Médicos del Mundo, con monseñor Virgilio López, a invitar a las demás compañeras que estaban en los otros componentes a que nos juntáramos para que toda la lucha que se había venido haciendo por tantos años se continuara desarrollando y no volviera a quedarse en el olvido. Desde el 28 de febrero de 2002 hasta la fecha ha sido una constante lucha para poder lograr lo que hasta la fecha he logrado: formar una relación de pareja negociada y ser una de las fundado-

ras de la Asociación Casa Luna. Mi trabajo ha sido *ad honorem*. No ha sido fácil ser ama de casa de dos casas (mi casa y Casa Luna). Así me he sentido muchas veces con las dos casas, pero ha valido la pena todo. Cuando miro atrás y veo muchas mujeres capacitadas saliendo adelante, mujeres estudiando, mujeres jóvenes con una nueva relación de pareja, yo misma reconstruyéndome a mí misma todos los días, siento que estoy cumpliendo.

Nicaragua

Y cuando se nos movió el piso...

*Entre flores y mujeres es Masaya una ilusión,
Coyotepe y la Barranca son historias del valor
donde todos los Masayas defendieron la Nación
Monimbó tierra bendita,
donde el indio invita a vivir y amar...
Corrido a Masaya*

Antiguamente nuestros ancestros, que supieron convivir tan de cerca con la naturaleza, sabían cómo actuar cuando ocurrían desastres naturales. Por eso las casas eran ligeras como plumas y en el caso de ser destruidas por los temblores no sufrían daños físicos de importancia, si se encontraban en el interior de ellas.

Para reparar los daños emocionales estaban «Las Chamanas», mujeres sabias, poetas y con conocimientos de botánica. Aconsejaban a la población y recetaban pócimas para subir el ánimo a la gente.

El conquistador español nos cambió las costumbres y las casas se hicieron más pesadas; nos mataban si estábamos dentro de ellas, durante los temblores nos dejaron solas, con nuestras emociones rotas. Nadie nos ayudó más, porque nuestras Chamanas fueron quemadas en hogueras, dijeron que eran «brujas».

Colectiva de Mujeres de Masaya*

Masaya es la capital del Folklore Nacional, el departamento más pequeño y el que presenta una mayor densidad poblacional de Nicaragua, conocida nacional e internacionalmente por sus

Es una organización feminista de mujeres que trabaja con grupos de mujeres urbanas y rurales. Recopilación: Maribel Otero

artesanías y lugares turísticos, como también por su valentía y arrojo en la lucha contra la dictadura somocista.

Con una historia de gente aguerrida por la presencia de la Comunidad Indígena de Monimbó dentro de su territorio, pero también muy expuesta a desastres naturales como casi todos los departamentos del país. País de lagos y volcanes como se le conoce a Nicaragua. La que dicho sea de paso está asentada en el cinturón de fuego del pacífico. Estamos hablando de un lugar como muchos en el mundo donde se juntan los extremos: una riqueza cultural heredada de sus ancestros, y un ambiente sereno y relajado con posibilidades muy fuertes de ser destruida por tener un volcán en permanente actividad (El Santiago) y dos lagunas de origen volcánico (Masaya y Apoyo). Masaya tiene un gran espíritu de ciudad rebelde, pero a la vez es muy hospitalaria y muy cálida.

En Masaya ha habido erupciones volcánicas. Según cuentan, la ocurrida hace dos siglos fue la más catastrófica. Ha habido terremotos en diferentes puntos del país, en 1972 ocurrió uno que destruyó Managua, la capital, situada a 27 kilómetros y que afectó Masaya no tanto materialmente, pues tuvo que recepcionar a miles de personas damnificadas que habían perdido familiares y todos sus bienes.

En el año 2000, los días 6 y 7 de julio, dos terremotos estremecieron Masaya; el primero tuvo como epicentro la Laguna de Apoyo y el segundo, al día siguiente, con epicentro en el cerro el Coyotepe al norte de la ciudad. Estos terremotos, que de alguna manera dejaron al descubierto la vulnerabilidad, tanto económica como política, de la población, también visibilizaron la vulnerabilidad emocional, ya que ni hombres ni mujeres estamos preparados para enfrentarlos.

Por un lado tenemos una población con serios problemas económicos, producto de la depresión económica que mantiene a la mayoría de la población en una situación que va de la pobreza a la pobreza extrema. El gobierno no cuenta con programas de vivienda, salud, etc., especialmente en situaciones de desastre, es más, en ese momento de la catástrofe ni siquiera se declaró un estado de emergencia a pesar de la situación generalizada de desesperación, lo que pudo haber dado un respiro a la población para que

podiera recibir ayuda tanto del nivel gubernamental como de la solidaridad.

En todo esto las mujeres, que somos un poco más de la mitad de la población (52%), fuimos las más afectadas por estos terremotos, pues como suele suceder en estos casos nos toca la mayor parte de las responsabilidades que tienen que ver con preservar la seguridad física, emocional y alimentaria de las personas del núcleo familiar. Esto es así como producto de la construcción genérica que nos ha correspondido por los siglos de los siglos, asumir los roles de reproducción tanto de la especie como de las ideas prevalecientes en la sociedad, y por ende somos las cuidadoras de los niños, niñas y personas ancianas de la familia.

Nosotras, en La Colectiva de Mujeres de Masaya, una organización feminista que trabaja con grupos autónomos de mujeres en comunidades urbanas y rurales, en programas de alfabetización, llevamos también procesos organizacionales y de toma de conciencia de la condición de la mujer y de cara a denunciar y a buscar alternativas de lucha en contra de la violencia basada en el género y a demandar el acceso a la salud y educación. Al momento de ocurrir el primer terremoto nos vimos desarmadas y, como decimos popularmente, «se nos movió el piso»; lo que implica tambalearse emocionalmente. Pero fue que se nos tambaleó físicamente el piso y emocionalmente ese tambaleo se elevó a su máxima expresión debido a la sensación de inseguridad total y completa que tuvimos en ese momento por no estar preparadas para estos eventos.

Nos fuimos a las comunidades a levantar censos de los daños que habían sufrido las mujeres. Afortunadamente no eran pérdidas de vidas sino más bien en el ámbito material. Recogimos datos y llevamos palabras de aliento para ellas, pero al día siguiente hubo otro terremoto, el que fue ya en el casco urbano de la ciudad; esto fue el detonante para detenernos a pensar qué estaba ocurriendo realmente.

Reflexionando sobre la situación vivida, tomamos conciencia de que las acciones nuestras tenían que ir dirigidas a resolver por un lado la falta de comida, techo, y por otro el aspecto emocional. Pensamos que la forma de apoyar a las mujeres para que éstas

recuperaran las ganas de vivir, de sonreír, de enfrentarse a la cotidianeidad en otras condiciones, en otras palabras recuperar la seguridad y la confianza en ellas mismas y en su entorno, pasaba por una atención emocional. Pero a la vez de enfocar las acciones de cara a resolver los problemas de las mujeres en las comunidades, algo hizo clic y tuvo que ver con esos procesos de reflexión de no ver sólo hacia fuera sino de voltear la mirada hacia nosotras mismas. Fue el momento de definir que no éramos las mujeres tradicionales listas para servir a los y las demás, sino que también nosotras estábamos en la misma situación, también a nosotras se nos había movido el piso y éramos damnificadas igual que las otras mujeres; algunas habíamos perdido la casa, se nos había caído el techo y el propio edificio de la Colectiva también había sufrido daños en su estructura.

Esto significó una primera constatación: habíamos dejado de ser mujeres a la medida de la sociedad, habíamos cambiado. Éramos más bien mujeres en la búsqueda de una nueva identidad que nos situara como seres humanos con derechos, con vivencias, con dolores y no estábamos sólo para servir y/o a vivir en función de los y las demás. La decisión número uno tomada en ese momento fue iniciar un proceso de recuperación emocional desde nosotras y estar en mejores condiciones para apoyar y facilitar los procesos que las mujeres estaban requiriendo como producto de estos eventos telúricos. Por supuesto que ello incluía continuar con la búsqueda de fondos para hacerles llegar a las mujeres algunas acciones y poder mitigar los efectos del desastre como la ayuda alimentaria, entrega de plásticos, hojas de zinc para reponer el techo, atención médica, etc.

Sabemos que en la teoría de las crisis éstas pueden representar una oportunidad. Para el Equipo de la Colectiva en la realidad fue una verdadera oportunidad de aprender e incursionar en nuevas tareas que demandó el momento de la emergencia, así como para las mujeres de las comunidades, con el proceso de facilitación de su recuperación emocional, fue el poder identificar en ellas nuevos valores y capacidades. Nos propusimos un proceso de talleres de recuperación emocional, tanto internos con el Equipo de la Colectiva, como con las mujeres líderes de los grupos, con el apo-

yo de una compañera mexicana con experiencia en estos asuntos y en terapias alternativas. Nos preparamos en terapia floral, reiki y otras, con el objetivo de iniciar nuestros procesos de sanación personal. Compañeras de la Red de Mujeres contra la Violencia, quienes habían realizado un proceso con mujeres de las zonas afectadas por el huracán Mitch, nos apoyaron para los talleres con las mujeres de las comunidades.

Estas acciones fueron de una riqueza increíble, por ejemplo las definiciones que las mujeres daban de recuperarse emocionalmente iban desde: *«reconciliarse con la familia; tener fortaleza para controlar las tristezas; tranquilidad sin sentirse oprimida; compartir; tener confianza en las otras mujeres o con la familia; recuperarse de los traumas por violación, maltrato físico o emocional; sanarse de una relación de maltrato en la pareja; emocionadas al trabajar en el terreno y vernos todas las mujeres unidas; cuando una expresa o comunica sus malestares y se comparten con otra persona; sentirme importante y satisfecha; salir de los problemas que nos atormentan; contarnos lo que andamos cargando en el corazón; ver las plantas frescas, cómo se reproducen; sentirse diferente, con ganas de vivir; conocer más a fondo nuestro cuerpo, aprender a respirar mejor; sanarnos de los dolores de la mente, el cuerpo y el espíritu; sentirse bien cuando se acercan a nuestra casa para conocer nuestros problemas y apoyarnos si nos sentimos solas; fortalecernos, quitarnos el peso y las ataduras que llevamos encima...»*

Estas definiciones nos movieron a indagar más en cuanto a lo que las mujeres consideraban de otros desastres que habían vivido a lo largo de sus vidas: *«El maltrato que dan los hombres a las mujeres y también a niños y niñas; la soledad (ser madre soltera); la discriminación en el trabajo; la falta de recursos económicos; la falta de unión en la familia; la falta de atención médica; el desempleo; la falta de educación; y la pobreza».*

En cuanto a los pensamientos que las mujeres habían tenido en relación al terremoto, una buena parte de ellas lo relacionaban con lo mítico o que era castigo de Dios, o con las señales de que habla la Biblia; pocas eran las que decían que era un desastre natural y que había que estar preparadas para próximos eventos. Entre

los sentimientos que aparecían más a menudo era el miedo, la rabia, la impotencia, la tristeza, la amargura, el dolor y el pesar, sólo en un caso estaban presentes las ideas suicidas.

Entre los síntomas que las mujeres podían identificar en los momentos post-terremoto estaban los siguientes: dolores de cabeza, insomnio, nervios, temblor en la boca del estómago, vómitos e inflamación del estómago, falta o demasiado apetito, pesadillas, problemas de presión baja y alta, dificultad para expresar lo que ocurría, tristeza, depresión, dolor de columna, dolor cervical, comezón en la cabeza, diarreas, dolor en el pecho, entre otros. Todos estos síntomas son compatibles con lo que la Asociación Americana de Psiquiatría define como el desorden de estrés postraumático. En consecuencia, estábamos frente a traumas en los que el terremoto no había sido más que un disparador y que los verdaderos eventos traumáticos eran más bien la cantidad de duelos no resueltos de las mujeres, las pérdidas y las vivencias de violencia de ellas a lo largo de sus vidas: otro terremoto más devastador.

Para su abordaje había que plantearse técnicas que desde la práctica psicológica habíamos venido implementando con las mujeres que habían tenido vivencias de violencia de parte de su pareja, abusos sexuales y otros. Como, por ejemplo, la escucha activa, intervenir en la crisis planteándose posibles salidas, evitando la visión en túnel¹, ejercicios de relajación, de respiración, de reconocimiento de nuestro cuerpo y los llamados que nos hace, aprender a cuidarnos, fortalecer nuestra autoestima, etc. Con las nuevas técnicas aprendimos que las mujeres iniciaran procesos de autosanación, pero todo esto trasladado al plano grupal ya que no nos era posible atender a todas las mujeres que presentaban esta problemática de forma individual.

Esto fue el punto de partida de los grupos de autoayuda que desde aquella fecha se han venido implementando con mujeres que han vivido situaciones de violencia con su pareja y niñas, adolescentes y las madres de éstas que han vivido abusos sexuales, en donde las mujeres aprenden a identificar situaciones de

¹ Visualizar la luz al final del túnel como posible salida.

violencia en sus vidas, también aprenden a poner límites para no tolerar abusos de ningún tipo en su contra. Al realizar nuestra evaluación anual y ver los resultados de la recuperación emocional y cómo la valoraron las mujeres en las evaluaciones de los grupos, tomamos la decisión de incluirla en todas las acciones de la Colectiva como un eje transversal de todo nuestro quehacer.

En general la recuperación emocional la consideramos como un proceso esencial para que las mujeres enfrenten las situaciones de crisis vividas durante las diferentes etapas de su vida, reflexionen alrededor de los sentimientos como la culpa, la indefensión aprendida, etc., lo que nos da como resultado una baja autoestima que luego incide en sus posibilidades de empoderamiento. Podemos señalar entonces el logro por el cual las mujeres construyen una nueva conceptualización de la recuperación emocional desde ellas, la que está basada en la identificación de sus traumas, posibilidades personales de salida y la potenciación de espacios colectivos de autoayuda.

Colombia

Mujer niña de 15 años del Cacarica

Si me permiten hablar

Yajaira Salazar

Yo soy una niña de 15 años que hace parte de la Comunidad de la Cuenca del Cacarica en Colombia. Formo parte de la organización CAVIDA, que es una sigla que significa Comunidad de Autodeterminación, Vida y Dignidad y aquí me desempeño en labores cotidianas y en la etnoeducación.

Lo que yo he vivido es un forzoso desplazamiento en el cual hubo muchas masacres y sufrimientos. También dejó secuelas y traumas en la vida de muchas personas. Los responsables de dicho desplazamiento son los paramilitares, civiles armados que actuaron con la Brigada XVII dirigida por el General Rito Alejo del Río. Hubo 85 asesinados y desaparecidos, yo en ese entonces tenía 7 años. Era el año 1997.

Yo me acuerdo que llegamos al coliseo de Turbo donde la gente vivía de una forma inhumana. Éramos 500 familias y todas dormíamos en ese coliseo. Nos tocaba dormir sentadas, otros acostados muy apretados con otros y la policía prendía la luz toda la noche. En ese momento parecíamos pollos en galpón. También la policía, al principio, no nos quería dejar salir de allí y muchos niños y niñas empezaron a desnutrirse porque no teníamos un apoyo, ni teníamos dónde preparar la alimentación.

Luego de una fuerte sublevación de la comunidad hacia la policía nos dejaron salir y cocinar en cinco ollas comunitarias para tanta gente. Muchas niñas y niños iban desayunando a las tres de la tarde. Allí empezaron a morir de desnutrición pa-

triarcas, matriarcas y población infantil por la irresponsabilidad del Estado.

En ese entonces llegó una organización de Derecho Humanos llamada Justicia y Paz. Al principio el acercamiento fue muy difícil pues con todo lo que estábamos pasando era poca la confianza que quedaba en la gente externa; pero estas personas nos mostraron que también teníamos derechos y debíamos luchar por ellos. Allí decidimos conformar una organización y darle el nombre de CAVIDA que ya anteriormente les dije el significado.

Yo empecé a participar por medio de trabajos que hacían con los niños y niñas y aportando mis ideas y opiniones, no sólo para que se quedaran con las mías sino para unir las a las otras opiniones de la comunidad. En ese momento fue cuando aprendí que ser crítica construía y ayudaba a ver las cosas desde la realidad, a conocer la verdad de nuestras propias vidas. Así, con estas palabras que se nos descubrieron en hechos, hicimos unos principios que son VERDAD, LIBERTAD, JUSTICIA, SOLIDARIDAD y FRATERNIDAD, cada uno de ellos representado con un color y un dedo de la mano.

Con el granito de arena que aportamos todas y todos decidimos retornar a nuestra comunidad. Ahora estaríamos más unidos y con unos criterios. Ésa es la mejor manera de enfrentar y resistir al paramilitarismo, pues no hay que olvidar que la unión hace la fuerza. Ellos, los militares, los grandes empresarios y el propio Estado dicen «divide y vencerás». Pero nuestra comunidad se fortaleció uniéndose, así es que era su palabra contra la nuestra. Su poder contra nuestra resistencia pacífica como afrodescendientes y mestizos, mujeres, niños, niñas, jóvenes.

Recuerdo que cuando retornamos en el año 2000, regresamos con un título colectivo obtenido durante el gobierno de Ernesto Samper Pizano, en el que hay el reconocimiento legal de 103.024 hectáreas con 24 metros, protegidos por la ley 70 de 1993, aprobada por el presidente Gaviria. Nosotros pensábamos que como el Estado ya había reconocido esto, como de la propiedad de la comunidad, todo iba a ser diferente, feliz y alegre como antes del desplazamiento.

Pero todo cambió cuando desde 2001 llegaron de nuevo los paramilitares y militares y empezaron a hacer una guerra, ya no con armas sino una guerra socio-política y psicológica en la cual estamos involucrados porque somos la población afectada. Lo que me ha pasado a mí, como mujer y como niña, es que ha habido muchos hostigamientos y he tenido que enfrentarme a la propuesta de convertir nuestra zona en lugar de prostitución y convertirnos a nosotras en Red de Informantes. Se aprovechan por la situación económica, que por culpa de ellos no es la mejor, y allí es donde juega la conciencia de cada uno y de cada una. Algunas personas que no son de nuestro proceso, pero sí familiares nuestros, ceden a ellas y tratan de involucrarnos. Allí es cuando empieza a haber la división. Retornamos a dos zonas humanitarias: Nueva Vida y Esperanza en Dios. Y por causa de la división nos tocó hacer un nuevo espacio con las personas que quieren un mundo nuevo con la verdad, la justicia, la dignidad, libertad y amor. Y allí estamos con una fuerte presencia paramilitar, pero aún en medio de esta guerra contra nosotras y nosotros, nuestro grito está presente.

Lo que vivimos es por los grandes intereses económicos que hay sobre nuestras tierras, de parte del Estado y de empresas como Maderas del Darién que es lo mismo que Pizano S.A. En nuestra zona quieren hacer el Canal interoceánico, canal seco, y la nueva carretera Panamericana. Todos estos proyectos van de la mano por un mismo rumbo. El objetivo de ellos es adueñarse de nuestro territorio colectivo de las comunidades afrodescendientes y todo esto causa un gran impacto ambiental en la biodiversidad.

Pero resistimos. Toda esta resistencia no sería posible sin las mujeres, mi madre por ejemplo es una mujer que ha emprendido, junto con la comunidad y otras mujeres, una gran lucha, asumiendo el liderazgo en la coordinación general. Le toca afrontar muchos problemas y situaciones que no son fáciles de asumir. Las mujeres, no sólo asumimos la responsabilidad de un hogar, sino que también ponemos la frente en alto en un proceso de resistencia.

Nuestra propuesta de resistencia se lleva a cabo por medio de la etnoeducación. Desde la etnoeducación empezamos a hacer una recuperación histórica de nuestra cultura y a tener presente todo

lo que nos pasó. Desde la infancia, nuestra comunidad afrodescendiente tiene conciencia de la realidad, ya que desde que nacemos nos toca presenciarla, realidad de todos los hechos cometidos con la cara aparente del Estado y todas sus falsedades. Desde lo organizativo nos fortalecemos por medio de reuniones o asambleas, donde cada quién puede dar su opinión y esa opinión es respetada. Así empieza nuestra democracia en la que podemos elegir todos y todas desde las niñas hasta los ancianos. En las comunidades que no son del proceso, juegan balón los militares, hablan con la gente, sobornan a la gente, mantienen un control y por medio de ellos, nos pretenden controlar. A estas comunidades las están poniendo en gran riesgo, aunque supuestamente ellos protegen, pero su presencia las convierte en objetivo militar.

Tenemos mecanismos de protección que son las alertas tempranas, por medio de organizaciones como Justicia y Paz y PBI, que también nos dan acompañamiento permanente. Otro mecanismo es la malla de la vida, la llamamos así por que si el Estado respeta nuestros derechos y nuestros criterios, allí podemos estar con límites en los cuales no se permite ninguna clase de actores armados y aún así, siguen violando nuestros derechos.

Otro mecanismo de protección son los hermanamientos que se hacen por medio de encuentros. En estos compartimos con otras comunidades en resistencia sobre las situaciones actuales y trabajamos para fortalecer nuestra coordinación y apoyo mutuo. Nos reunimos con organizaciones internacionales que son observadoras y testigos de lo que allí se dice y se vive, por ejemplo organizaciones de Estados Unidos, de Brasil como el Movimiento Sin Tierra, de México con la Sociedad Civil de las Abejas, los de Oaxaca, de Argentina como las Madres de la Plaza de Mayo, con el movimiento Hijos, con amigos de Valencia, España, que han hermanado nuestro nombre y se llaman Colectivo Sur Cacarica, también con los expresos políticos de Chile. Nuestro amigo de Chile me regaló uno de los libros de la primera edición de poemas de Pablo Neruda, «*20 poemas de amor y una canción desesperada*», este libro él lo guardó durante 20 años, lo acompañó cuando era preso político por la dictadura de Augusto Pinochet y lo llevó al primer encuentro Internacional en el Cacarica y me lo regaló

porque le llamó la atención las poesías que yo escribo desde que tenía 8 años. Lo que me llevó a hacerlas fue ver todas las injusticias que desde niña he vivido y pensé que por medio de ellas podía y puedo expresar y dar a conocer lo ocurrido. El libro de Pablo Neruda se me perdió en la primera incursión después de que retornamos en el año 2001 por parte de militares y paramilitares, porque nos tocó correr a dormir en el monte y el libro quedó guardado allá y cuando decidimos regresar, porque al enemigo hay que darle la cara, ya mi libro y muchas mas cosas se habían perdido.

En el Cacarica hemos hecho seis encuentros internacionales desde 1999 hasta 2004, los cuales nos ayudan a fortalecer nuestras resistencias por la vida y el territorio. Una lucha que no es sólo para nosotras sino para todo el mundo. Los encuentros nos permiten dar a conocer lo que muchos no conocen por los medios de comunicación. A partir de estos encuentros conformamos la Red de Alternativas a la Globalización y a la impunidad. Aquí está reflejado nuestro proyecto de vida y el de muchos que es defender la vida y el territorio.

Una de las exigencias que estamos haciendo es que cumplan con la reparación, no desde lo económico ni con objetos materiales, sino que se reconozcan los 22.000 crímenes de lesa humanidad cometidos en Colombia, que los responsables paguen y estos crímenes no se vuelvan a repetir, aunque es claro que la vida es irreparable, pero sí se pueden hacer acciones que ayuden a no repetir lo sucedido y crear un mundo mejor. Que a las familias campesinas les devuelvan las tierras. Queremos que las empresas y sus secuaces reconstruyan todo el territorio que hoy en día parece un desierto de humedales por la desertificación que han provocado las empresas que han venido haciendo daños la naturaleza. Queremos que el Estado cumpla con sus obligaciones de proteger a la naturaleza y de reconocer todos los derechos de las comunidades. Reclamamos que haya igualdad y justicia y funcionen realmente los instrumentos nacionales e internacionales, como el convenio 169 de la OIT que reconoce los derechos de los pueblos afrodescendientes e indígenas. Que la tasa de desempleo, de analfabetismo y la de mortalidad desaparezca.

Estamos proponiendo que se conforme una Comisión Ética que informe al mundo qué es lo que realmente está pasando con la desmovilización de los paramilitares, pues lo que el gobierno está haciendo es legalizarlos y premiarlos. Que salga público a través de esta comisión lo que está pasando en nuestras tierras. El gobierno está impulsando un repoblamiento con personas trasladadas de otras partes de Colombia que no son ni afrodescendientes; lo hacen para que trabajen en los proyectos productivos montados por los paramilitares con el apoyo del paraestado.

El Salvador
ADEMUR *

Una historia de perseverancia

El domicilio de ADEMUR está localizado en el cantón Las Marías, municipio de Chinameca, departamento de San Miguel, al oriente de El Salvador. Lo habitan 192 familias con un total aproximado de 960 habitantes. Por su ubicación está mucho más cerca de la ciudad de Jucuapa, departamento de Usulután, a donde acuden a realizar diversas gestiones: compra de víveres, insumos, enseres domésticos, pago de recibos, etc. Para ir a Chinameca o a cualquier otro destino deben pasar primero por Jucuapa.

Sus pobladores y pobladoras son agricultores cuya actividad principal es el cultivo del café, —la zona en que se ubica el municipio se caracteriza por ser cafetera. También realizan otras actividades productivas complementarias, como la venta de leña que resulta de la poda de la sombra del café, la crianza y venta de animales domésticos, el cultivo de frijoles y maíz para el consumo y venta; y las mujeres, en especial las socias de ADEMUR, la crianza de las ovejas pediguey. Uno de los problemas que enfrenta esta comunidad es la falta de tierras para el cultivo de granos básicos por lo que se ven obligados a alquilar tierras a medianos propietarios de la zona.

Las Marías está constituida por un grupo poblacional bastante heterogéneo, integrado por familias que por generaciones han habitado la zona. Aquí se encuentran familias de ex miembros de

* Asociación de Desarrollo de la Mujer Rural (ADEMUR), del cantón Las Marías del Municipio de Chinameca

las Fuerzas Armadas, de excombatientes guerrilleros y familias de base social del Frente Farabundo Martí (FMLN). Antes de la guerra toda la actividad agrícola giraba alrededor del beneficio del café, ubicado en el corazón del cantón que recibía el café que se producía en la zona. Durante la guerra este territorio fue uno de los escenarios de enfrentamientos armados y su actividad productiva se redujo totalmente y con ello mucha de su población emigró a otros lugares del país. Con los Acuerdos de Paz, el Programa de Transferencia de Tierras (PTT) compró el beneficio y las tierras circundantes a él, las cuales conforman el cantón Las Marías, y las repartió entre excombatientes y base social de las guerrillas. Algunos eran originarios de la zona, otros provenían de varios municipios de Morazán como Juateca, Torola, Cacaopera, Jocoaitique, Meanguera, La Villa del Rosario y Osicala; Nueva Esparta de La Unión; y Jucuaran de Usulután. El proceso de repoblación de Las Marías se inicia en 1992 y culmina en 1993; se formaron dos colonias, una la «Elia Castro» de sólo excombatientes y sus familias y la otra la «Santa Rosa» de familias de base social que estuvieron, muchas de ellas, en el refugio de Colomoncagua en Honduras.

El PTT compró la hacienda cafetalera «Humberto Recinos» en donde está ubicado el beneficio y con ayuda de la Comunidad Europea se mejoró el pozo de agua, se instaló una bomba, un tanque y la acometida de agua domiciliar para 200 familias. A todas las familias el PTT les dio una porción de tierra cultivada de café y un lote para vivienda; el beneficio fue entregado bajo la forma jurídica de *pro indiviso* exclusivamente a los excombatientes.

Al margen de estas dos colonias existen otros caseríos integrados por familias originarias del lugar, quienes veían con malos ojos a estos nuevos pobladores; en los primeros tiempos se referían a ellos como la «*gente mala de Morazán*»² y los otros les decían «*los pasmados*» pues no tenían la trayectoria organizativa de ellos. A partir de los resultados positivos que ha brindado el

² Todas las citas de los siguientes apartados que están en cursivas son extraídas de tres entrevistas realizadas a Mabel Reyes, fundadora de ADEMUR.

trabajo a lo largo de estos años, muchas veces unidos, otras no, se han limado las asperezas y hoy la convivencia es bastante cordial.

La religiosidad es un elemento de gran incidencia sociopolítica. Coexisten la iglesia católica y varias sectas religiosas, todas de un fuerte conservadurismo, lo que constituye un gran obstáculo para la organización de las mujeres. Contradictoriamente, muchas de estas gentes fueron base social del frente guerrillero y hoy pertenecen a las sectas más conservadoras; en las pasadas elecciones presidenciales, personas que nunca había ido a votar fueron en camiones a emitir su voto, inducidas por sus iglesias.

La comunidad cuenta con una escuela que atiende hasta el 9° grado de educación básica, una unidad de salud que no da atención médica todos los días, servicio de energía eléctrica y de agua, esta última es suministrada a través de dos fuentes: una del pozo del beneficio y otra de un tanque que recibe el agua del cantón vecino Ojo de Agua.

A nivel organizativo en el cantón están domiciliadas la «Cooperativa Luz en el Horizonte», surgida en 1986, como parte de la repartición de tierras de la primera fase de la reforma agraria que expropió la Finca La Mesa y se la dio a los colonos; la «Cooperativa Marías 93» formada por excombatientes y base social, «El beneficio» propiedad sólo de excombatientes, la ADESCO³ en donde hay representantes de las colonias y caseríos del cantón, y ADEMUR. La Comunidad cuenta con una representante en el Concejo Municipal de Chinameca, Mabel Reyes, fundadora y ex presidenta de ADEMUR, quien logró integrar la planilla municipal por presión de la comunidad.

El nacimiento de la organización de mujeres en Las Marías

No se puede hablar de ADEMUR sin mencionar a una mujer campesina que ha heredado la fuerza y la grandeza de una Ceiba, llamada Mabel Reyes. Desde los 17 años realiza trabajo organizativo,

³ ADESCO, Asociación para el Desarrollo Comunal, expresión organizativa de las comunidades que debe ser autorizada por la Alcaldía Municipal.

primero de tipo político-militar, después, a partir de 1986, cuando sale herida y tiene que trasladarse al refugio de Colomoncagua en Honduras, se dedica a la organización de lo que en ese momento se llamaba la base social del FMLN. Mabel tiene 42 años, es casada con «Payin», excombatiente y hoy dirigente del beneficio de café, con quien ha procreado dos hijos, un varón de 22 años que actualmente estudia agronomía y una niña de 6 años, su hogar hoy está en Las Marías. Como ella dice *«Él es el amor de mi vida, nos acompañamos cuando yo tenía 20 años, muchas cosas han pasado, pero estamos juntos, yo lo apoyo y él me apoya»*

Mabel tiene una larga experiencia organizativa. Cuando estuvo en el refugio de Colomoncagua en Honduras fue una de las organizadoras de la repatriación de más de ocho mil refugiados. En 1989 se viene a El Salvador y es parte de la población que fundó el asentamiento «Segundo Montes» en Morazán. Allí organiza a las mujeres en la Asociación para el Desarrollo Integral de la Mujer, ADIM; entre los muchos proyectos que impulsó están el mercado, la acometida del agua, las campañas de sensibilización sobre los derechos de la mujer, en especial el de gozar de una vida libre de violencia; peleó por que la tenencia de la tierra también estuviera a nombre de las mujeres, buscó la alianza estratégica con otros organismos de mujeres como la Coordinadora de Organismos de Mujeres, con quienes impulsaron muchos proyectos, sobre todo de capacitación. Mabel nunca estuvo *«aquietada»*, reunía a las mujeres, participaba en los asuntos de la comunidad, del movimiento de mujeres, ayudaba a quien podía y organizaba a toda aquella mujer con la que platicaba.

Casi ocho años estuvo Mabel dando toda su energía organizativa a la Segundo Montes, pero llegó el momento de mirar hacia su familia y, con su esposo, quien vivía en Las Marías, decidieron que ya era tiempo de vivir juntos y tener otra criatura.

Según palabras de Mabel *«Me vine (de la Segundo Montes) en agosto de 1998, allá había otro ritmo de trabajo, toda la comunidad estaba organizada, aquí yo me sentía toda rara, aburrida, porque prácticamente vine a ser ama de casa, a hacer las cosas de mi casa, a criar a mi hijita, no hallaba puesto.»* Sin embargo el gusanito de organizar a las mujeres la roía todo el tiempo y apro-

vechando la circunstancia de que asistía a una reunión mensual de seguimiento de un curso de «Promotoras Legales de los Derechos de la Mujer», impartido en 1997 por la Procuraduría Adjunta para la Defensa de los Derechos Humanos de la Mujer, en la cual informaban sobre los casos que atendían se le ocurrió *«plantearles a mis vecinas que nos organizáramos con la idea de que entonces tendría algo que reportar, pero encontré una gran apatía, ellas no querían saber nada de organizarse, habían tenido una mala experiencia. Pues firmados Los Acuerdos de Paz, los dirigentes gestionaron fondos a nombre de las mujeres para una guardería, ellas se organizaron, pero como no eran ellas las que habían gestionado y nadie las acompañó con capacitaciones de género, no se habían empoderado y cuando empezaron los problemas internos en el partido, se llevaron de encuentro a las mujeres. Ellas no supieron defender lo que se había gestionado para ellas como mujeres, la guardería dejó de funcionar, estaba bien equipada pero desapareció.»*

Con los Acuerdos de Paz y el cumplimiento de los puntos relacionados con el otorgamiento de tierras para ex combatientes de ambos lados y base social del FMLN, surgieron a lo largo del territorio nacional asentamientos que hasta este momento forman cantones y comunidades totalmente constituidas. Esto no ha sido un proceso fácil, pasar de una organización militar o de campamento, caso de los refugiados, a una organización civil en donde la capacidad de reorientar la organización anterior a una comunal, democrática y participativa era y sigue siendo todo un reto. Especialmente difícil ha sido para las mujeres pues las estructuras militares eran eminentemente masculinas, aunque con muchas mujeres incorporadas a ellas. Al término de la guerra muchos hombres esperaron que las mujeres volvieran como por arte de magia a desempeñar sus roles domésticos. La realidad fue compleja, pues por un lado las mujeres ya sabían lo que era realizar otros trabajos que no fueran los que tradicionalmente conocían; habían experimentado la convivencia de la comunidad y podían contraponerla al encierro y aislamiento que significa, en muchos casos, la casa. Los organismos de mujeres y la cooperación internacional apoyaban cuanto esfuerzo fuera posible de organizar a las mujeres y

proveerlas de herramientas de conocimiento sobre sus derechos, la discriminación de género, la violencia contra la mujer y otros temas.

Pero no en todos los lugares estas estrategias tuvieron éxito. Las mujeres sufrieron mucha decepción en aquellas zonas en donde se manifestaron los conflictos al interior de las cinco tendencias que componían el partido FMLN. Entre las zonas más afectadas están Las Marías, cuya población había militado en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), quien junto a la Resistencia nacional (RN) rompen con el FMLN. Los proyectos quedaron en el aire y el proceso de organización comunal iniciado se vio seriamente afectado por las desavenencias, intolerancias y falta de ejercicio democrático de la cúpula del FMLN.

Dice Mabel: *«Muchas de ellas eran ex combatientes, les conté mis experiencias de organización con las mujeres en Morazán y con unos juegos que me dieron en la reunión de seguimiento de la Procuraduría empecé. Recuerdo uno que era de dados y uno recorría el camino de sus derechos, muy bonito y entretenido. Así fue como las fui motivando, en ese entonces éramos siete mujeres. Donde vivíamos no había luz, así que las animé a que fuéramos a la Alcaldía Municipal a gestionarla y fuimos, pero nos dijeron que no se podía porque no teníamos personería jurídica. Nadie en el cantón tenía, pues como todos éramos o excombatientes o repobladores, la Alcaldía, que era de ARENA, no autorizaba la ADESCO, ponía trabas y nadie había conseguido nada.»*

Entre otras actividades, en esta etapa, hicieron un vivero de café de 10 mil plantitas, y una parcela de loroco. Esta actividad fue apoyada por la iglesia italiana Tavola Valdese. Un excombatiente que conocía a Mabel la presentó al representante de la iglesia y decidieron apoyarla. Este proyecto permitió que de siete que eran llegaron a 32. Después la Fundación para el Desarrollo (FUNDE) hizo una investigación, financiada por Oxfam, sobre organizaciones de mujeres rurales, y la investigadora licenciada Candelaria Navas que conocía a Mabel le propuso que participara. Como resultado de esa investigación Oxfam financió un proyecto con dos componentes: uno de capacitación sobre los derechos de las mujeres que ejecutó el IMU y el otro para el mantenimiento de 17

parcelas de café, propiedad de las mujeres, ya que éstas no podían hacerlo por falta de recursos económicos para pagar la mano de obra del deshije, la limpia y el control de plagas.

En los primeros momentos de ADEMUR las mujeres manifiestan que sus intenciones son organizarse alrededor de cosas muy concretas como tener agua, aprender a leer y a escribir. Decían: «Lograr algo, no sabía qué, pero salir de la rutina de la casa» «Yo veía que las mujeres hacían cosas interesantes, se capacitaban, salían, yo quería salir de la rutina de la casa.» «Participar, aprender, tener reconocimiento, ahuyentar las penas» «Me gustaba y quería aprender lo que ellas hacían, entrar en los proyectos, salir de la comunidad» «Contar con una mujer líder como Mabel».⁴

El proyecto productivo más fuerte y en el que están empeñadas en la actualidad es en la crianza de las ovejas pediguey, ovejas tropicalizadas, pero con dos componentes estratégicos: fortalecer las redes de productoras e incidir en políticas nacionales agropecuarias y ordenanzas municipales con enfoque de género. Han creado la «Red de pequeños y pequeñas productoras pecuarias» formada por ADEMUR, la Asociación y Cooperativa de Aprovechamiento, Ahorro, Crédito y Consumo de Mujeres del Bajo Lempa «Marta Gonzáles», ACAMG, integrada por doscientas treinta y tres mujeres; y AGROSAL que da asistencia técnica, orienta y fortalece la producción y el comercio. En la Red se está elaborando una propuesta sobre políticas agropecuarias con enfoque de género para el nivel nacional y se ha formulado una ordenanza municipal para los tres municipios donde desarrollan el trabajo estas asociaciones: Chinameca, Ahuachapan y Jiquilisco. En este esfuerzo involucran a las ADESCOS de los municipios, por ejemplo: Chinameca tiene veinte cantones de los cuales trece están participando.

Hoy siempre se mantienen estas motivaciones pero hay otras de carácter estratégico y de mayor impacto político como el de «Promover la organización de las mujeres» «conocer y defender nuestros derechos, para que podamos todas juntas superar tantas

⁴ Todas las siguientes citas que no están en cursivas son del Taller de validación y sistematización realizado en Las Marías el 9 de diciembre de 2004.

marginaciones». En las capacitaciones aprendemos cosas que ignorábamos sobre nosotras, sobre nuestras vidas, «nos abren los ojos y la mente». Enfatizan en los proyectos productivos como un elemento de mucho peso, consideran que nos dan autonomía, que nos sacan de la soledad de la casa, y ayudan a mejorar los ingresos y sobre todo «ya no estamos esperando que el hombre o la solidaridad internacional nos den».

Es claro el salto estratégico en el ámbito de los intereses de las mujeres que ADEMUR ha dado en sus pocos años de vida. Ha sido el esfuerzo colectivo de ellas y la visibilización de los buenos resultados de los proyectos productivos emprendidos, lo que las motivó a proponer a Mabel como parte del Concejo Municipal de Chinameca para el período mayo 2003 a abril 2006. Candidatura que fue apoyada por toda la comunidad. Hoy la apuesta es, además de lo ya dicho, incentivar el ejercicio ciudadano de las mujeres, romper con las barreras que supuestas posiciones político ideológica les imponen y unir esfuerzos para lograr elevar su posicionamiento en la comunidad y municipio. ADEMUR es ahora una organización en donde coexisten en armonía mujeres que un día estuvieron en el lado de las Fuerzas Armadas con las ex combatientes o base social del FMLN, *«debemos cuidar el rumbo que toma nuestra organización, éste debe tener siempre presente que el ejercicio ciudadano de las mujeres es nuestra fortaleza y que eso nos hace crecer»*. Sus esfuerzos por ser parte de la Unión de Mujeres es una de sus más fuertes apuestas.

Nicaragua

«¡Quieren hundir nuestras tierras!»

*Nosotras no estamos en contra del desarrollo del país,
queremos vivir bien, tener comodidades,
pero no a costa del sacrificio de la gente del campo
que han vivido siempre de sus tierras,
ni a costa de matar un río que nos ha dado vida por muchos años.*

Lilliam Pérez,

miembra de la Casa de la Mujer, Bocana de Paiwas, RAAS.

Helen Dixon*

El pueblo de Bocana de Paiwas se recuesta sobre un pequeño cerro, a la orilla de la bocana donde se junta el Río Paiwas con el hermoso Río Grande, dentro de la Región Autónoma del Atlántico Sur, en el mero centro de Nicaragua. También es el centro de una batalla estilo David y Goliat, librada por la Casa de la Mujer de Paiwas y otros pobladores, frente a un megaproyecto impulsado por el Gobierno de Nicaragua, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), gobiernos europeos y latinoamericanos, y un consorcio de compañías transnacionales.

La lucha comenzó cuando la Casa de la Mujer se dio cuenta, a través de Internet, que se había revivido al Proyecto Copalar. Se trataba de un viejo proyecto de represa, elaborado en los tiempos del dictador Anastasio Somoza Debayle. Retomar este proyecto amenaza con desaparecer la mitad del municipio de Bocana de

* Revista La Boletina / Fundación Puntos de Encuentro, Nicaragua.

Paiwas, incluyendo toda la cabecera municipal: el poblado de Paiwas.

La Página Web donde encontraron la información en Internet, se esfumó misteriosamente después de la primera denuncia pública de las mujeres. Cuando quisieron conseguir más información de instituciones gubernamentales, les negaron acceso a documentos públicos sobre el proyecto. Las mujeres recurrieron a amistades en México, uno de los países involucrados en el proyecto. Así, lograron ampliar la información. Supieron que se calificó el proyecto como «factible», es decir, que se puede construir y que traerá ventajas a quienes inviertan en él. A raíz de esto, formaron una comisión de pobladores para investigar la situación.

¿Qué es el Proyecto Copalar?

El Proyecto Copalar surgió en los años setenta, cuando se estudió su «factibilidad» y hasta se pusieron mojones, pero fue postergado debido a las guerras de los años setenta y los ochenta. Al inicio de los años noventa, se reabrió el proyecto y se buscó apoyo para reiniciar los estudios de «factibilidad». En los últimos años, el gobierno nicaragüense ha estudiado seriamente unos doce proyectos de este tipo. La mayoría de estos proyectos se ubican en el norte del país y en las regiones autónomas del Caribe, afectando a comunidades donde la población es meramente campesina e indígena.

Copalar es el más grande de esos doce proyectos. Tanto así que cambiaría el mapa de Nicaragua. Contempla la inundación de una parte de la cuenca del Río Grande de Matagalpa, 21 de los ríos que lo alimentan y los valles circundantes. Se construirá una infraestructura enorme, incluyendo una represa de casi un kilómetro de ancho y 200 metros de alto, en la comunidad de Perro Mocho, además de otras tres represas pequeñas. Según cálculos, el embalse creado por las represas cubriría un área equivalente a la mitad del Lago Xolotlán de Managua. El costo de este proyecto es de unos 277 millones de dólares, cifra que da una idea de cuánta ganancia produciría para sus dueños transnacionales. Copalar permitiría la privatización del Río Grande de Matagalpa hasta la

fuelle, además del agua de los otros 21 ríos. Se calcula que la represa hidroeléctrica generaría por lo menos el doble de energía que el consumo actual de todo el país. La energía sería exportada a través del Sistema de Interconexión Eléctrica de los Países de América Central (SIEPAC) que conectará una serie de proyectos similares desde Panamá hasta el sur de México.

Presidentes ya firmaron

Este sistema SIEPAC es un compromiso adquirido con el Plan Puebla Panamá. Se relaciona directamente con el montaje de la «Autopista de Información Mesoamericana» (AIM) y el tratado de libre comercio (DR-CAFTA) con los Estados Unidos. Por esto, es una pieza clave para la globalización en Centroamérica y representa una prueba de fuego para Nicaragua.

El Presidente mexicano Vicente Fox y el Presidente Bolaños, ya firmaron públicamente un acuerdo sobre Copalar para que México participe en lo que llamaron «el negocio del siglo». Para esto se formó en 2003 un consorcio llamado Hydro-Copalar, compuesto de Proyectos y Planificación de México, la compañía Voit de Suiza y Siemens de Alemania. En SIEPAC están involucrados el BID, el Gobierno español, seis empresas estatales centroamericanas y la compañía española Endesa.

«¡Copalar va!»

En Nicaragua, Copalar está incluido dentro del Plan Nacional de Desarrollo, aprobado por la Asamblea Nacional y ejecutado por el Gobierno Central. Hay personajes poderosos del Gobierno que promueven el proyecto, especialmente dentro del Poder Legislativo (Asamblea Nacional).

Uno de ellos es el diputado Raúl Solórzano, Presidente de la Comisión Nacional de Energía de la Asamblea Nacional, quien elaboró el proyecto original en los años setenta. Él comentó a un grupo de mujeres y hombres de Paiwas que lo visitaban, que «*el proyecto va*» porque, entre otras razones, «*es como la sangre que corre por mis venas*».

Sin consultar a la población

A pesar de tantos acuerdos y planes, ningún funcionario estatal ha sido consecuente con su deber de consultar a la gente afectada. Ni siquiera les han informados de los planes. Se han realizado reuniones sobre Copalar entre diputados de la Asamblea Nacional, funcionarios del Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (INETER), el alcalde de Paiwas y los alcaldes vecinos de Río Blanco y Matiguás, pero todo a puertas cerradas.

El alcalde de Paiwas ha dicho a las comunidades rurales que no sabe nada en concreto, y otras instituciones del Estado han obstaculizado el acceso a información sobre el proyecto, la cual es y debería ser pública.

Algunas no creen

Algunas personas en las comunidades rurales no creen que se hará el proyecto, ya que se ha hablado de él desde hace mucho tiempo.

Se han aprovechado del aislamiento en que vive la gente del campo, la polarización política y la desconfianza heredada de la guerra, para mantener a la gente con dudas y en posiciones pasivas. Con algunos productores se ha hablado de comprarles las tierras y creen que van a recibir una buena ganancia con el proyecto. Desafortunadamente, las experiencias en otros países demuestran lo contrario.

Y nos organizamos

Gracias al impulso de las mujeres, la Comisión contra la Represa en Paiwas ha unido a mujeres y hombres, adultos, jóvenes, feministas, liberales, sandinistas, gente sin partido, líderes religiosos evangélicos y católicos, maestros y profesoras, comerciantes, mujeres que trabajan en sus casas, finqueros y productoras. Hemos hecho dos foros con personas afectadas por represas en otros países. La gente que ha participado ha quedado preocupada al oír los testimonios de gente salvadoreña, hondureña y guatemalteca, que vivieron en carne propia la construcción de una represa y la destrucción de su modo de vida.

¡Nueva cabecera municipal!

El Proyecto Copalar ya tiene consecuencias en el municipio. Hay un conflicto sobre la ubicación de la cabecera municipal. Históricamente ha sido Paiwas, pero ahora la alcaldía y las instituciones municipales se desplazaron hacia el poblado de Ubú Norte, a la orilla del área proyectada para el embalse. Las nuevas autoridades, originarias de Ubú Norte, lo oficializaron con una ordenanza municipal en 1998. Ahora se respaldan con un dictamen técnico que emitió el Instituto Nicaragüense de Estudios Territoriales (INETER) en enero de 2003, donde afirma que Paiwas «se encuentra expuesto a fenómenos de inestabilidad de terreno... y a inundaciones por la proximidad del Río Paiwas». Como resultado, los proyectos del municipio ya no están destinados a beneficiar a Paiwas. Frente a este problema, la ex-concejala Severina Cerda, habitante de Paiwas, apoya a su gente en la propuesta de dividir el municipio en dos.

Algo sobre los daños

Según el Gobierno y los diputados, sólo cinco mil personas serán afectadas por la represa. Severina, que también es miembro de la Comisión contra la Represa, afirma que las personas afectadas, incluyendo a la gente que vive río abajo, serían unas 30 mil personas, según cálculos locales. La construcción de la represa destruiría una enorme zona verde, con abundantes ríos y vegetación, donde se producen lácteos y carne para el mercado nacional y de exportación, además de productos de la pesca, granos básicos, frutas y verduras que la población produce para autoconsumo. La represa vendría a desaparecer esta capacidad productiva. La gente perdería sus tierras, sus casas, negocios, escuelas, iglesias, centros de salud, su instituto de secundaria, su Casa de la Mujer, su Centro Cultural y la radioemisora -Palabra de Mujer- ganadora hace poco del Premio One World a los Medios, como la mejor radio comunitaria del mundo. Falta contabilizar éstas y otras pertenencias del poblado de Paiwas y las 12 comunidades afectadas.

Destrucción del ambiente y la historia

El medio ambiente sería devastado. Morirían los caudales de los ríos, desaparecerían comunidades enteras, su forma de vida, construidas con el esfuerzo de generaciones. La represa desvanecería para siempre pruebas de la historia antigua nicaragüense, al quedar sumergidos muchos petroglifos, estatuarias y otras riquezas arqueológicas en la zona, sobre todo cerca de los ríos. No sólo afectaría a la gente en el área del embalse, sino a toda la población de las zonas circundantes, especialmente río abajo. En estas zonas de la Región Autónoma del Atlántico Norte habitan comunidades indígenas que han vivido ancestralmente de los ríos.

Con la construcción de un nuevo lago, se recalentaría el clima. La zona de río abajo se secaría, porque la represa retendrá el flujo del agua para llenarse. Posteriormente, la gente del río abajo enfrentará un nuevo peligro. Al rellenarse demasiado la represa, con un huracán podrían producirse situaciones similares a la del huracán Juana en 1988, cuando las autoridades de Apanás, dejaron ir una enorme cantidad del agua represada al Río Tuma, provocando inundación en Mulukukú.

Sin beneficio para las y los pobres

El Gobierno ha dicho que el proyecto será un beneficio para el país, creando empleo para la gente de Paiwas en la construcción y en el turismo posteriormente. También se ha dicho que habrá alguna forma de indemnización para la gente afectada. Dinora Arróliga, de Villa Siquia, una de las comunidades más afectadas, comenta: *Puede ser que le beneficie al gobierno, pero a nosotros los pobres no. Vivimos de nuestra tierra y es mentira que nos van a pagar el valor de lo que tenemos actualmente. Por eso no confiamos en que el proyecto va a ayudar. Puede ser que le ayude a ellos y a los extranjeros, claro, para ellos son millones de dólares.*

Lilliam Pérez nos cuenta de las experiencias de otros lados: *La promesa de empleo es propaganda de los gobiernos, porque están aliados con las transnacionales. En los foros, los afectados de otros países contaron que a la hora de construir embalses no los*

llamaron para trabajar. Las compañías ya llevaban su personal. En ningún lugar los pobladores fueron empleados, ni siquiera para acarrear piedra. Les dijeron lo mismo, que iba a haber empleo, que les cambiaría la vida, que tendrían mejores ingresos, pero más bien les han perjudicado. Ahora ellas y ellos están sin empleo y sin tierra.

En Guatemala también perdieron los pobres

En Guatemala, en Chixoy, la represa ya tiene más de 20 años de existir. El gobierno se comprometió a indemnizar con la misma cantidad de tierra o con dinero, pero en el foro, el año pasado, la gente contó que todavía no les han pagado sus tierras. Están hacinados en asentamientos. Les dieron una casita nada más, donde viven hasta tres y cuatro familias en parcelitas de tierra con problemas de delincuencia y enfermedades. No les pusieron agua potable y ni siquiera pueden usar la energía que sacan de ahí. Antes, estos campesinos y campesinas eran productores y agricultores. Ahora no tienen dónde cultivar.

¿Indemnizaciones o confiscaciones?

Aún en el caso que se indemnizara a la gente, la ley explica que se les pagaría el valor catastral de la tierra registrada, y a este valor se le restarían los impuestos que deben los dueños. En el caso de Paiwas, esto dejaría a muchos propietarios sin dinero. No todos los terrenos son registrados ni tienen sus impuestos al día. Gran parte de la población son trabajadores de fincas con parcelas pequeñas para su consumo, y quedarían sin nada. La situación es peor para las mujeres, ya que raras veces son dueñas de la tierra y se valora muy poco su trabajo en la casa y en la comunidad. Muchas mujeres de Paiwas han levantado sus casas o pequeños negocios con esfuerzo propio, usando materiales tradicionales de construcción, para garantizar la sobrevivencia de sus familias. Esos esfuerzos no serían compensados, pues para ellos no tienen ningún valor.

Miseria y corrupción

Las mujeres serían condenadas a vivir bajo un nivel de miseria hasta ahora no visto en esta zona productiva. Frente a esta realidad y la experiencia de otros países, las promesas del empleo, a partir del turismo y la construcción, saben a engaño. Los proyectos de represas también tienen otros peligros. Han provocado conflictos y corrupción en las comunidades. Lilliam comenta: *No están interesados en negociar. Las transnacionales han comprado a líderes para que convencan a su gente, para que les digan que la represa va a generar energía, van a tener luz eléctrica gratis, van a trabajar, van a poder poner sus negocios turísticos... y al final nada. Inocentemente, algunos líderes engañan a su gente, pero ya sabemos que son trampas.*

Latinoamérica: represas a cualquier costo

A través de los foros se han documentado testimonios de toda Latinoamérica sobre el asesinato de líderes y de gente que se resistía a ser desalojada. En Colombia la represión contra los oponentes de las represas ha llegado al asesinato y la desaparición de líderes indígenas. En Paraguay la policía golpeó a los pobladores que construyeron chozas improvisadas en las costas de la reserva de Yacyreta. En Chixoy, Guatemala, uno de los sobrevivientes contó cómo ante sus ojos mataron a su compañera y a sus hijos, cuando preguntó a las autoridades «¿Adónde quieren que vayamos?». La respuesta fueron los disparos. La violencia comenzó en 1980 y, después de cinco años, más de 400 indígenas Maya Achí entre mujeres, niños y ancianos habían perdido la vida.

Desesperación y violencia

En Nicaragua, la Comisión Contra la Represa ya se ha entrevistado con el Ejército. Les dijeron que su deber es obedecer al Gobierno y resguardar a la población. Esto significa que evacuarán por la fuerza a las personas que se resistan a ser desalojadas.

La región de Paiwas fue muy afectada por las guerras del período revolucionario. El proceso de desarme y recuperación de

las comunidades ha costado mucho tiempo y sacrificios. Sin embargo, muchos lugareños han dicho que están dispuestos a volver a las armas. Ramón Moreno, miembro de la Comisión, nos cuenta de un incidente que recién ocurrió: *Llegaron unos señores y tomaron fotos del río diciendo a unos que eran turistas y después a otros que eran doctores. La gente se dio cuenta de las dos versiones y los parquearon. Los acusaron de que eran «de la represa». Los asustaron, los sacaron a la fuerza del lugar. Con la Comisión estamos tratando de luchar de manera pacífica, pero no podemos controlar las reacciones que tome la gente en sus propios terrenos.*

Con una explosión de violencia, las más perjudicadas serían las mujeres, por su rol de liderazgo en la Comisión. También porque, con una guerra local, aumentarían los altos niveles de violencia contra las mujeres, que de por sí ya son altos en el municipio. Las compañeras de la Casa de la Mujer esperan evitarlo, agotando esfuerzos para la divulgación y negociación.

Copalar: Violación a los Derechos Humanos

Su lucha no es fácil. El Proyecto Copalar violenta abiertamente a los derechos de las mujeres, los pobladores y de las comunidades indígena de río abajo. También violenta la Ley de Medio Ambiente y la Ley de Autonomía. El gobierno dice que el interés nacional es superior a estos derechos y leyes. A través de la Asamblea Nacional esperan ampararse bajo una nueva ley especial sobre proyectos hidroeléctricos, que permitiría pasar por alto los derechos y protecciones establecidos en nuestra constitución y nuestras leyes, en circunstancias e intereses que ellos determinen.

Un «desarrollo» que nos hunde

El problema de fondo no es únicamente esta represa o cualquier otro proyecto en particular. El problema es el concepto de desarrollo con que trabajan nuestros gobiernos, que les permite trabajar en la dirección equivocada, ignorando los intereses de los seres humanos que van a afectar, como si el desarrollo fuera algo ajeno al bienestar de las personas. No están interesados en resol-

ver el problema energético de Nicaragua. Tenemos volcanes, hay comunidades rurales que tienen paneles solares, hay alternativas. Lo que quieren es matar dos pájaros de un mismo tiro, acaparando la energía porque el petróleo se está extinguiendo y acaparar el agua porque, según los estudios, dentro de unos 25 años no va a haber agua, y terminarán vendiéndonos nuestra propia agua y luz. Estamos entrando a una nueva colonización, un nuevo modelo de dominación. Tenemos que buscar la solución a nuestros problemas, pero de la forma que convenga a nuestra gente. Que no nos vengan a imponer un desarrollo que más bien nos hunde.

Como parte del Movimiento de Mujeres, creo que la solidaridad es primordial. Así podemos tener eco en los medios y también dentro del Gobierno. Necesitamos que esto se publique por todos los lugares donde hay mujeres organizadas, para hacer pública esta situación y para que haya más apoyo, más resistencia a nivel nacional e internacional. Tenemos la esperanza de que así vamos a detener Copalar y evitar tantas pérdidas para las mujeres y nuestro país.

Brasil

«Me hice monja para buscar mi libertad»

La brasileña Ivone Gebara es una feminista declarada. Cree firmemente que los gobiernos deben despenalizar el aborto porque «el dolor de los principios es abstracto, pero el dolor de la mujer que no quiere y no puede dejar que se desarrolle su embarazo es un dolor concreto, es un dolor que se siente en la piel». El pensamiento no resultaría extraño en una feminista, si no fuera porque Ivone Gebara también es monja. Religiosa de la congregación Hermanas de Nuestra Señora y doctora en Filosofía y Ciencias Religiosas, sus pensamientos escandalizaron en 1994 a las jerarquías del Vaticano, que le exigieron un silencio de dos años y la trasladaron a Bruselas (Bélgica) con la esperanza de acallar su rebeldía. Gebara acató la orden y aprovechó el tiempo para trabajar sobre nuevos libros que posteriormente le permitieron continuar esparciendo sus ideas nacidas, según narró a La República de las Mujeres, del conocimiento de las mujeres pobres de su pueblo.

Ana María Viera

«Hablas como un hombre –le dijo una mujer pobre de la vecindad hace algunos años a Ivone Gebara-, hablas sobre política y economía y no tomas en cuenta nuestros problemas, lo difícil que es llegar con la comida hasta el viernes porque nuestros compañeros

Publicado en República de las Mujeres (Uruguay), 14-VIII-2005. La reproducción de esta entrevista es por gentileza del Primer Centro Internacional de Memoria, Biografías y Testimonios de Mujeres, E-mail: womengender@yahoo.com, y de Laura Asturias

cobran los sábados y a veces no hay para comer». Fue entonces cuando Gebara resolvió «hablar como mujer» y a partir de allí publicó obras como *Teología a ritmo de mujer*, *Intuiciones ecofeministas*, *Ecofeminismo y liberación*, *Rompiendo el silencio*, *Mujeres en la experiencia de muerte y salvación* y *Las aguas de mi pozo. Reflexiones sobre experiencias de libertad*, ensayo que acaba de ser editado en Uruguay. Aunque las críticas desde su iglesia continúan, ella se niega a renunciar a su carácter de religiosa porque «ellos no tienen derecho a mi elección. Yo elegí entrar en una congregación religiosa y ellos no tienen derecho a sacarme».

***Las aguas de mi pozo* refiere concretamente a la libertad. ¿Qué es para usted la libertad?**

Ivone Gebara: Generalmente, cuando se habla de libertad se limita el tema a una experiencia social, pero cuando se pregunta a la gente directamente por sus propias experiencias no saben qué responder. La libertad aparece como un valor grandioso, público, pero alejado de lo cotidiano. En mi caso, para ser libre yo tuve que comenzar por negar el sueño que mi mamá tuvo para mí, que era casarme con un hombre de origen sirio-libanés, preferentemente de primera generación, igual que yo. Mi libertad comienza en forma fundamental con el conflicto con la figura materna y después con la paterna. También influyeron en mí las historias contadas por una empleada que había en mi casa paterna desde que nací. Ella era nieta de esclavos y fue de sus labios que escuché por primera vez la palabra libertad. Años después, ya joven profesora de Filosofía, inicié una amistad con una profesora de Química que luchaba contra la dictadura militar y me enseñó otra cara de la libertad. Ella estuvo presa y murió luchando por esa libertad.

¿No hay una contradicción entre la búsqueda de la libertad y la decisión de ingresar en una institución religiosa, con todas las limitaciones que ello supone?

Ivone Gebara: Cuando me preguntan por qué me hice monja, respondo que fue para buscar mi libertad, aunque parezca contra-

ditorio. Yo terminé la universidad en diciembre de 1966, en plena dictadura militar en Brasil, y en febrero de 1967 entré en mi congregación. Ya cuando decidí estudiar Filosofía fui transgresora, porque mi familia no quería que estudiara. No había dinero para pagar la universidad y yo decidí trabajar para poder estudiar. Mis padres decían que si trabajaba, los muchachos ricos no iban a acercarse y perdería mi oportunidad de casarme «bien»; creían que me convenía estudiar decoración. Elegí trabajar y estudiando me convertí en líder estudiantil. Era presidenta del Centro de Filosofía y así tomé contacto con las religiosas de la universidad que iban a los barrios a trabajar con los pobres. Así me fui sintiendo atraída por un modelo de mujer intelectual, comprometida con los pobres y opuesta a la dictadura militar. Yo no pensaba en los límites de la institución religiosa ni en los curas. Lo único que pensaba era que quería vivir como estas mujeres, en forma muy distinta a lo que parecía ser mi destino.

¿Qué ocurrió cuando se encontró con esa otra Iglesia, la de los límites y el patriarcado?

Ivone Gebara: Con esa Iglesia no me encontré hasta los años ochenta, cuando hice mis primeras incursiones en el feminismo. Yo viví feliz durante todos esos años, contenta porque tenía un espacio pequeñito entre una élite de varones de la Iglesia.

¿Cómo se da ese pasaje al feminismo sin abandonar la religión?

Ivone Gebara: En 1979 empecé a leer cosas de las feministas y me caí del caballo. Esto me abrió los ojos y comencé a ver a las mujeres pobres con quienes trabajaba, su sumisión y su desprecio por su propio cuerpo, siempre relegadas para el final, después del marido y los hijos y la casa. Y junto con eso me di cuenta que yo hacía lo mismo, poniendo en primer lugar la congregación, la Iglesia, los padres. Ahí empecé a hablar de otros problemas, introduciendo los temas de las mujeres cada vez que se hablaba de determinadas luchas, de la búsqueda de justicia. El mío comenzó siendo un feminismo medio tímido, limitado a cuestiones religiosas, pero dentro de la Iglesia no crean que sea tímida.

Al volcarse al feminismo, ¿no pensó en dejar la Iglesia?

Ivone Gebara: No, porque para mí ser feminista significa plantear una lucha social para ser reconocida dentro de la Iglesia como ciudadana. Yo nunca busqué conciliar ambas cosas, sino que dentro de la Iglesia se abriera un espacio de igualdad de derechos. Cuando decidí no ser una teóloga de conciliación, la Iglesia Católica me castigó enviándome a Bélgica. Yo lo acepté, pero lo interpreté no como una obediencia sino al contrario. Ellos no tienen derecho a mi elección. Yo elegí entrar en una congregación religiosa y ellos no tienen derecho a sacarme. De terca, me quedé. Hice lo que quisieron en forma aparente, pero en realidad hice lo que yo quise. En ese tiempo publiqué un libro, mi tesis sobre ciencias religiosas. Y obtuve el título de Doctora en Ciencias Religiosas con la máxima calificación, otorgado por la misma institución que me condenó. Esto muestra la contradicción interna de la institución.

Luego de los dos años en Europa, usted siguió manteniendo sus opiniones. ¿Cómo sigue ese conflicto con la Iglesia?

Ivone Gebara: Ahora el conflicto ya no es abierto, pero intentan ignorarme o decir que lo que yo hago no es teología católica sino filosofía de la religión. Esto me hace reír porque me parecen estúpidos. Su manera de decir las cosas es tan sin fundamento, tan distante de las preocupaciones reales de los cuerpos masculinos y femeninos, que me hacen reír.

¿A qué atribuye este distanciamiento de la Iglesia Católica de las «preocupaciones reales»? ¿Es ésta la razón de la pérdida de seguidores que viene padeciendo?

Ivone Gebara: El catolicismo actual en América Latina no es más el de los contenidos dogmáticos. Ni siquiera quienes se dicen católicos están de acuerdo con los dogmas. La gente se inclina más hacia ese catolicismo de religión más festiva y de cantos. La Iglesia Católica va dando paso a un catolicismo más pentecostal que brinda a la gente una seguridad más psicológica. En esto influyó también la globalización, que lleva a un catolicismo más mediático que no invita a la gente a pensar. Yo represento un cris-

tianismo absolutamente minoritario que no tiene nada que ver con ese catolicismo de espectáculo que desgraciadamente se está imponiendo. Entonces los obispos y sacerdotes pueden seguir hablando y enseñar los mismos dogmas de siempre, pero la verdad es que termina siendo una acción periférica, porque la gran masa popular ni siquiera entiende de qué se habla y sólo lee la Biblia para sacar alguna orientación moral, pero nada más.

¿Cómo ha influido su relación con las mujeres pobres en su cambio de visión respecto a la Iglesia y el feminismo?

Ivone Gebara: Yo vivo en un barrio popular fuera de Recife y las mujeres de estos barrios han sido decisivas para mí. Mi primera caída del caballo fue cuando una mujer pobre me dijo que usaba un lenguaje masculino. Eso me dejó enferma, porque yo me creía muy femenina. Me reunía con un grupo de obreros en su casa, para tratar la problemática de los pobres y creía que abarcaba a todos, pero ella me dijo que yo nunca hablaba de la lucha de las mujeres para garantizar la comida. «Tú nunca dices que el viernes es el peor día de la semana para nosotras porque nuestros maridos cobran el sábado y el viernes no hay para comer. Nunca hablas de la problemática sexual ni de lo que sufrimos nosotras», me dijo.

Hasta ese momento yo nunca me había preocupado por la problemática sexual ni por la realidad de las dificultades que implica la falta de control reproductivo. Hasta ese momento mi sexualidad estaba en una nube, sabía que existía, pero nunca se me habría ocurrido leer la realidad económica, social y política desde la clave de la sexualidad de las mujeres pobres. Ellas me despertaron. Fue entonces cuando descubrí que las mujeres no tienen elección en los procesos demográficos. Tienen que sufrir la manipulación de las políticas poblacionales desde la esclavitud, con el rol reproductor de las esclavas que debían dar placer y mano de obra a los amos. Se puede hacer la historia de un país desde la vida sexual de las mujeres.

El aborto ¿debe ser una decisión de la mujer o deben pesar más los principios planteados por la Iglesia Católica?

Ivone Gebara: El aborto no puede ser analizado en forma aislada, como un hecho abstracto y separado de las circunstancias que llevan al mismo. No se puede ignorar que la sociedad globalizadora actual crece en exclusión y cada día hay más pobres. Es verdad que el aborto es un problema. Como principio, yo estoy en contra de que se mate la vida, pero también se está matando la vida con estos sistemas excluyentes. Por eso no se puede hablar del aborto en forma aislada, sólo desde el punto de vista religioso o económico. Hay que ver el contexto, porque es una decisión muy personal. La mujer no está obligada a abortar o no, pero debe tener derecho a decidir. La sociedad excluyente niega ese derecho a las mujeres pobres, desde el momento que les niega el derecho a una educación sexual.

Entonces, si no hay condiciones de vida digna para la población, no se pueden criticar las actitudes como si fueran hechos aislados. Si una niña de 15 años dice que no puede tener a su hijo, la sociedad no tiene derecho a señalarla como culpable, porque antes del embarazo la responsabilidad social no fue cumplida. Por eso estoy a favor de la despenalización del aborto, pero acompañada por una educación sexual. Yo creo que los Estados deben descriminalizarlo y dar condiciones a las mujeres que necesitan abortar por su propia elección, para que puedan hacerlo en el menor tiempo posible. Es muy fea la actitud de algunos movimientos que se autodenominan «Por la Vida» y toman el tema desde un principio abstracto, sin tener en cuenta el dolor concreto. Yo a los principios los respeto, pero cuando el hecho ya está cometido, ¿qué hay que hacer? En mi opinión, hay que salvar la vida que ya está constituida, que es la de esta mujer en problemas. El dolor de los principios es abstracto, pero el dolor de la mujer que no quiere y no puede dejar que se desarrolle su embarazo es un dolor concreto, es un dolor que se siente en la piel. Entonces, hay un proceso amplio de educación que hay que atender, pero también hay problemas inmediatos que deben ser contemplados con la justicia del corazón.

Colombia

Nosotras somos la Memoria

Alicia Mosquera

Yo soy negra y madre de cuatro hijos. Somos muchas, somos miles en Colombia, las que somos familiares de víctimas de la represión. Nosotras somos un pequeño grupo, 85 cabezas de familia y juntas construimos la Asociación de Víctimas de la Violencia, de Río Sucio, Chocó. CLAMORES fue el nombre que le dimos a la organización, lo que viene a significar grito, como una exclamación, como una exigencia, como una voz en medio de tanta sordeza o de tanto ruido. Su nombre nace en una reunión, cuando leemos la Palabra y sale de un Salmo, que dice algo así como, «el Justo Clamó a Dios y él escuchó».

Nosotras somos memoria, somos lo que somos, unas víctimas del Estado que en medio de la guerra interna o que en medio de la paramilitarización del país, seguimos exigiendo justicia y luchando por la verdad. Nosotras damos fe que el paramilitarismo es un arma del Estado, damos fe que la guerra entre el Estado y la guerrilla produce muchos muertos, y esos muertos han sido nuestros hijos o hermanos o maridos. Nosotras hemos visto que la guerra del Estado es distinta de la guerrilla y que la autoridad es una corrupción, no es autoridad. No esperamos la verdad, ni la justicia de los tribunales colombianos, creemos que eso puede venir de otros lugares, de otros tribunales. Creemos que debe haber algún mecanismo de corrección del victimario. No creemos que la cárcel vaya a recuperar el daño causado, reparar lo que nos fue destruido, pero al menos puede ser una lección para la humanidad, un aprendizaje para toda la humanidad, la barbarie, la destrucción de

la vida humanos no es lo mejor, no es lo adecuado. Y la justicia sólo es posible si hay cambios sociales, cambios de las personas en la relación con los demás, con la naturaleza. La justicia por los crímenes que han cometido contra nosotras y nuestras familias será una posibilidad cuando haya democracia auténtica en nuestro país.

Eso somos en Clamores, mujeres andando por la justicia, en medio de los victimarios. Pero en medio de ellos exigimos derechos y justicia, hemos hecho monumentos, hacemos ritos, procesiones, encuentros.

Mi historia de tomar conciencia empieza con los golpes duros de la vida, una o despierta o se queda dormida. El 26 de febrero de 1997 yo me encontraba en la comunidad que se llama Bogotá, en la Cuenca del Río Cacarica, en Chocó. Eran como las tres de la tarde cuando escuché desde mi casa varias explosiones, en dirección a la comunidad de Vijao Cacarica. Cuando llegó mi marido, Herminio Mosquera Palomeque, como a las nueve de la noche, me contó que habían llegado ocho niños de la comunidad de Vijao hasta la comunidad del Limón, donde él se encontraba ese día - también en la cuenca del Río Cacarica-, buscando salvar sus vidas porque en Vijao estaban disparando contra las casas y les dijeron que todos los del Cacarica tenían que salir porque necesitaban toda la zona libre. Mi marido, junto con otras personas, mujeres, niños y adultos, corrieron hacia Panamá, cruzando la frontera que está cerca.

El 27 de febrero, salí yo con mis hijos a las seis de la mañana y llegué hasta un punto que se llama La Tapa, que queda también en la zona y es el lugar donde nos embarcábamos cuando salíamos a Turbo. A las dos de la tarde llegó un grupo de paramilitares en conjunto con el ejército conformando un total de 70 hombres vestidos de camuflado y con armas largas y nos dijeron que teníamos que desocupar la zona porque iban a hacer una limpieza de la guerrilla y que en 15 días podríamos volver. Ellos se presentaron diciendo que eran de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Reconocimos a un hombre que había pasado por la zona siendo guerrillero y a otro llamado Taolamba, a quien nos lo habían mostrado cuando salíamos al pueblo de Turbo porque era un

asesino en ese municipio y se movía con libertad en medio de la policía y el ejército. Nos dijeron que en el muelle de Turbo Antioquia la policía nos recogería en una volqueta y que nos llevaría hasta el Coliseo. Nos pidieron las cédulas, uno por uno, y le pusieron mucho problema a un anciano de 65 años que trabajaba aserrando madera en la zona, al final lo dejaron tranquilo.

Sesenta familias que estábamos allí íbamos a ser trasladadas en un barco de madera; los paramilitares y militares nos dijeron «alto, necesitamos ese motor para transportar un personal». Al final no transportaron a nadie de ellos. Entonces después empezaron a repartir cigarrillos y dulces a los niños y sólo pudimos salir a las 5:30 de la tarde en la chalupa, los que cupimos; a muchas familias les tocó quedarse a dormir en ese lugar.

Nosotros viajamos durante toda la noche hasta que llegamos al municipio de Turbo a las 8:00 de la mañana, cansados y asustados. Allí la policía nos recogió, tal como dijeron los paramilitares. Durante tres meses yo viví en el Coliseo de Turbo en malas condiciones. Cuando llovía nos mojábamos, no podíamos cocinar, dormíamos en la cancha. Yo de mi marido no sabía nada.

A los tres meses me di cuenta por televisión que mi marido estaba en Cupica, Bahía Solano en el Pacífico y que había sido repatriado de Panamá, luego de haber andado en la selva por muchas semanas buscando refugio. Es que cuando el bombardeo no estábamos juntos, él estaba de trabajo, había salido un día antes y la guerra nos separó por esa primera vez; el dolor fue duro, cuando una se separa cuando hay amor, es como que se le muere parte de la vida, una tiene un dolor físico, un lugar en el cuerpo que no le permite estar bien, la cabeza le da vueltas, una no se acostumbra a eso.

Ya en Turbo me trasladé del Coliseo, con los hijos, hacia un albergue humanitario que construimos con la ayuda de organizaciones internacionales. Cuando vi por televisión a Herminio me revivió el alma, lo vi que estaba en Quibdó y yo encontré el modo de ir allá a buscarlo y decidimos irnos juntos a vivir al albergue; pensamos que como lugar humanitario podía ser respetado por militares y paramilitares.

Volvimos a juntarnos como amores que somos. El 23 de agosto, estando el hermano mío en Cacarica, Chocó, los paramilitares lo desaparecieron. Mi hermano Adalberto Mosquera Hurtado, de 21 años y Alberto Murria de 20 años, primo mío, venían bajando con cosechas de plátano, yuca, ñame, caña, cuando llegando a un sitio llamado La Loma, los detiene un grupo paramilitar diciendo que necesitaban la embarcación en que ellos andaban para cargar a unos compañeros hacia Riosucio. Descargaron todas las cosechas que traían y los llevaron hasta un sitio llamado La Honda y desde allí no sabemos nada más de ellos, los desaparecieron.

Mi marido en el albergue participó en el trabajo familiar y comunitario. Era callado pero muy estimado por todas y todos. El 1 de diciembre de ese año 1997, a los cinco meses de haber desaparecido mi hermano, entró un paramilitar al albergue humanitario de Turbo donde vivíamos con mi marido, preguntando a una niña de 11 por Herminio. La niña me llamó a mí, me dijo que un hombre que ella no conocía, que estaba de civil, estaba preguntando por mi marido. Yo salí a ver de qué se trataba y me dijo que necesitaba hablar con mi marido porque se había dado cuenta su jefe que él tenía miedo y que quería hablar, que el jefe paramilitar lo había mandado a buscar para reunirse con él. Inmediatamente yo le dije que él no tenía miedo. El paramilitar se escondió en un árbol de laurel y yo fui a contarle a Herminio que este hombre desconocido lo estaba buscando, le dije que no saliera, pero él me dijo que no tenía miedo porque no debía nada a nadie y que quería salir para ver qué era lo que necesitaba.

Yo tenía un no se qué en alma, algo que a una no la deja estar tranquila. Entonces él salió y yo me di cuenta que él se fue con este hombre, cuando yo salí él ya iba adelante. Vi que más adelante había tres hombres con moto y un carro y lo montaron al carro y se lo llevaron en dirección al municipio de Apartadó. Varios vecinos del barrio donde estaba el albergue y que conocían mucho a Herminio, me contaron que al él lo habían subido al carro, que gritaba «auxilio, favorézcانme», que le gritó a la policía que estaba en el lugar para que lo salvaran pero la policía nada hizo.

El 2 de diciembre a las 11 de la mañana, después de buscarlo lo encontramos en la entrada de las Garzas por donde se llega al

caserío, en la vía al municipio de Apartadó. Estaba con las manos partidas, la cabeza blandita como si le hubieran golpeado la cabeza, sus manos estaban sin piel como si le hubieran echado ácido. Quedé con el alma rota, destruida, algo se rompió en mi corazón. Esa fue nuestra segunda separación en la historia, pero nos hemos encontrado, él sigue de otro modo con nosotros, he soñado con él varias veces, he escuchado sus palabras, sus gestos, sé que sufrió mucho en la tortura, sé que sufrió mucho en la desaparición forzada, pero sé que están andando con nosotros.

A los dos meses de haberlo matado, llega la fiscalía a mi casa con un papel en el que me citaba a dar declaración a la oficina de ellos. Yo le dije al fiscal que no quería ir a declarar porque no había ido a denunciar el caso. Yo no quería denunciar porque la fiscalía son una sola masa con los paramilitares, por eso yo no confío en la fiscalía colombiana. Lo que el fiscal me decía era que le dijera cómo era la persona que había ido por mi marido, que si era alto, bajo, mulato, moreno. Yo le dije que no conocía a nadie. Él me dijo que recordara, que cuando mataban al hombre a los dos o tres días o al mes iban por la mujer. Me dijo que me iba a dar unas pastillas para que yo hablara, que cada semana le llegaban preguntas sobre el caso de la muerte de Herminio, yo le dije que no había puesto denuncia, que no sabía quién lo había matado, porque si les digo a ellos quién era el tipo, cómo era, se daban cuenta que yo reconozco a la persona y me iban a matar, porque la protección no existe para las víctimas, porque los victimarios no puede ser los protectores, porque eso es lo que pasa hoy; a los campesinos nos han desplazado, se han quedado con la tierra, nos han puesto a producir palma o banano y además de eso quieren ahora que la reconciliación sea una alianza empresarial, ¡que sinvergüenzas!, no tienen cara.

Ésta es parte de mi historia. Pero la historia es distinta al contarla juntas. Yo soy parte de un grupo de mujeres. Nosotras somos hacedoras de la vida, vivimos en barrios muy pobres de Turbo; todo lo hemos logrado por la resistencia. La resistencia a la impunidad, la resistencia al olvido, la resistencia a la injusticia. Nosotras hemos tenido que asumir solas nuestra afirmación de los derechos. Cuidamos un Monumento en el que está la memoria de

nuestros 85 asesinados y desaparecidos, cuidamos los árboles que sembramos en el Coliseo. Nosotras estamos en la memoria de un Coliseo que fue cambiado totalmente, como queriendo decir, «aquí nunca hubo desplazados, aquí nunca hubo crímenes, aquí todo es bonito».

Nosotras decimos que no, no es nada bonito, es un coliseo que nos albergó, pero su apariencia de hoy oculta el paramilitarismo, el sufrimiento que hizo el Estado, porque cuando nos desplazaron para atacar a la guerrilla en realidad atacaron a la población, esa fue la operación «Génesis» de Rito Alejo del Río, y eso es imperdonable. No es posible que digan tanta mentira. Pero ahí están los árboles que sembramos, ahí está el Monumento en cemento con nuestros dibujos, con nuestros colores, diciendo lo que pasó. Y está ahí en medio del poder.

Nosotras aprendimos mucho de las Madres de la Plaza de Mayo, de Doña Fabiola Lalinde, de Dolores Guerra, de los de Justicia y Paz que nos abrieron el camino de encontrarnos con otros dolores, familiares de asesinados, de torturados, de los Hijos de Argentina, de los familiares del Cauca, de Trujillo, de Barranquilla, de El Salado, de las del Ariari, del Bajo Naya, de Dabeiba, de las Kankuamas, de los Uwa, de los Catatumbo, de los del Palacio de Justicia, de las expresas políticas de Chile, de la Abajas, de los del MST, de Cripdes, de los del REMHI de Guatemala... hemos aprendido de ellas y de ellos, el dolor compartido es distinto, ilusiona vivir en fraternidad, en búsquedas comunes. Ahora vemos importante andar en el Movimiento Nacional de Víctimas, en las iniciativas que se han ido haciendo en Encuentros Internacionales desde 1999; una red de víctimas, una red en la que se juntan quienes acompañan lo que queremos ser. Hoy estamos en una situación más difícil, pues hay una ley de «justicia y paz» que no es justicia ni es paz, que es hacer algo de disimulo, y por eso hay que prepararse más, no caer en la tentación de dejarse comprar por el dinero del Estado, hay cosas que no se compran, hay cosas que no se venden, la dignidad ni se compra ni se vende.

Nosotras, las de Clamores fuimos de moda para algunas agencias, si hacíamos lo que ellas querían, si hacíamos como ellas querían, negando nuestra experiencia. Metieron un dinero y al ver

que las cosas no eran como ellas pensaban, se fueron. Para algunas agencias los desplazados somos como mendigos sin derechos. También hemos tenido problema con sectores de la iglesia de mucho poder que nos han dicho que somos desordenadas, que somos resentidas, que tanto culto a los muertos, que tanta cosa de eso no es buena; no entienden que el consuelo es la posibilidad de la justicia; lo ven como si fuera venganza. Entonces nos dicen resentidas, o complicadas, porque exigimos verdad, justicia, reparación, saber dónde están nuestros seres queridos, quién los mató, quién lo ordenó... pero muchas y muchos no entienden, creen que es odio. No, no es odio, el dolor es suficiente, el llanto ha sido mucho y la esperanza habita en nosotras. ¿Quién de nosotras, las de Clamores, quiere torturar, quiere desaparecer o tomar un arma, una motosierra, un cuchillo, una maceta para despedazar al responsable? Sólo queremos mirar a los verdugos y saber por qué lo hizo y hacerle ver por qué su actuación es inhumana. La verdad no nos puede ser negada. Hay gente que habla de paz y hace la guerra contra el alma, contra lo más humano, por eso no escuchan ni quieren oír.

En Clamores hemos ido construyendo espacios de memoria como el Monumento, allá vamos y nos reunimos, echamos agua a los árboles. Nosotras mismas echamos cemento, pintamos, escribimos, fue a nuestra manera con técnicas que nos enseñaron, no fue algo que concedió el Estado, es algo que hemos hecho con nuestras manos, con nuestros sentimientos, no fueron otros que hicieron por nosotras, con diseños de otros. Por eso nuestro Monumento es una ganancia nuestra, es un hecho ético en medio de la impunidad y del olvido. Hemos llevado los casos a la Comisión Interamericana, en cada lugar, en cada espacio nos juntamos y ya podemos abrazar a otra para consolar, podemos dar consejos, compartir logros y dificultades. Ahí es todo el encuentro y ahí esta Herminio, siempre.

Somos manos juntas, juntas desde Turbo con las del Cacarica, con las del Jiguamiandó con todas y todos los que somos parte de una Red de Alternativas. Y estamos juntas y juntos y ahí está Herminio. Yo me río, bailo, canto, sostengo a mis hijos, yo lucho,

como todas las de Clamores. Somos mujeres que hacemos memoria, que no guardamos silencio, aunque a veces nos da mucho pero mucho miedo. A veces una se cansa, da duro el hambre, la casa que se cae, que no hay que comer un día y una se revienta, entonces una pasa la noche en vela porque todo es como desesperanza. Es duro ser mujer, es duro. El poder del fuerte a veces aplasta pero hay un «no se qué» que junta, que a una le da ánimo, esperanza... y hasta ganas de llorar cuando abrazas a otra mujer, cuando la consuelas o recibes su sonrisa.

Nicaragua

Con dignidad de mujer se escribe la vida

Grupo Venancia

Grupo Venancia es una organización de Educación y comunicación Popular Feminista ubicada en Matagalpa en la región centro-norte de Nicaragua.

Nacimos en 1981 por el sueño de dos mujeres de hacer un equipo de capacitación entre y para mujeres, a través del cual pudiéramos ejercer libremente nuestra combinación de conocimientos en metodología y feminismo. Desde el inicio estábamos de acuerdo en que queríamos un equipo horizontal, sin jefas ni directoras, como aporte al cambio del modelo tradicional de organización jerárquica. Resultó ser un reto muy valioso.

A ese sueño se fueron sumando otras mujeres que hoy forman el Grupo Venancia y que tratan de traducir los sueños en el trabajo cotidiano para aportar a la construcción de un movimiento de mujeres, urbanas y rurales, chavalas y no tan chavalas, fortaleciendo la autonomía y el crecimiento personal desde nuestras diversas identidades e individualidades.

Queremos librarnos de todas las formas de violencia, ser dueñas de nuestro cuerpo y de nuestra sexualidad, desarrollar nuestras potencialidades para vivir libremente. Estamos construyendo nuestra autonomía para participar en las decisiones que afecten nuestras vidas, desde lo personal a lo social, contribuyendo a crear relaciones equitativas entre seres humanos. Nos organizamos colectivamente para crear y compartir nuevos espacios, basándonos en el consenso y la riqueza de las diferencias.

Para presentar el Grupo Venancia hemos elegido el testimonio de tres compañeras. Son experiencias de vidas reales en las que se muestran esfuerzos, avances y dificultades, en el largo y complejo camino que estamos recorriendo para asaltar los cielos de la libertad.

Reina Isabel Suárez

Nací en Matagalpa, en una familia de escasos recursos económicos y muy religiosa. Desde niña me enseñaron que todo lo que tenía que hacer era ir a la iglesia y aprender a respetar a los mayores. Era como que no tenía derechos, sólo deberes. Conforme fui creciendo y hasta una edad de 14 años fue obediente, luego ya no quise obedecer. Miré que no era lo que yo quería, eso no era lo que yo deseaba para mí, sino que me imponían. Decía mi papá que las niñas no tenían que estar revueltas con los varones para que fuéramos buenas mujeres y así íbamos a hallar un buen marido, pero si andábamos de arriba para abajo, nunca íbamos a ser una mujer decente. Para mi familia la mujer decente era la que era humilde, responsable, respetuosa, era aquella mujer que todo lo hacía por los demás; luego yo no quise ser parte de eso, ellos me dominaban, me mantenían, y yo tenía que obedecerles si quería seguir en la casa, aunque no me gustara.

Cuando decidí ser desobediente mis padres vivían diciendo que yo era malcriada, que las otras hermanas obedecían lo que se les decía y que a mí me iba a ir mal. Recuerdo que mi papá siempre me decía «ahí te va a golpear la vida», que yo no conocía cómo era la vida fuera de la casa y que con esos modos que tenés te va a golpear la vida y te va a ir muy mal, decía que yo era la más rebelde, más que los varones.

A los 14 años me fui de la casa, me fui con un hombre aunque no lo quería, lo que yo quería era salir de la casa y sentía que si me iba sola iba a pasarlo mal y sufrir. Pensaba «si me voy con un hombre al menos me va a mantener». Aunque desde niña había trabajado, me mantenía en la calle vendiendo y cosas así, ambulante, y de los 13 años en adelante de empleada doméstica. Me hice de ese hombre porque me habían enseñado que sólo acompa-

ñada de un hombre iba a tener seguridad. Con él me fue peor, porque me quería dominar peor que mis padres; él era bastante mayor que yo, unos 15 años. Yo sentí que, en vez de mejorar, mi situación empeoró. Al año me separé de él, me fui a trabajar a otro lado. En mi mente tenía claro que no quería que nadie me dominara. Me dije, me voy a trabajar y mejor estar sola que mal acompañada.

Estuve como tres años sola y luego me hice de otro hombre. Al inicio sentí que me iba a ir bien, pero después me di cuenta que no era el hombre indicado pues desde que me hice con él comencé a tener maltrato. Primero le tenía miedo, yo me dije: «Ahora me fue peor», siempre recordaba lo que me había dicho mi papá, que con esos mis modos iba a sufrir, «ahí te va a golpear la vida» decía. Después pensé que ése no podía ser mi destino a como me habían dicho, y me dije: «Me tengo que rebelar frente a este hombre», pues él me golpeaba, incluso en el cuerpo tengo cicatrices de los golpes que me daba. Aguanté cinco años de maltrato, me trataba como quería; me separé de él y lo eché preso, pues la última vez ya fue mucho, me cinchoneó¹, me dejó cicatrices, yo no conocía ningún organismo que apoyara a las mujeres y creía que en eso estaba sola y que era normal que un hombre golpear a una mujer y creía que nadie se iba a meter a defenderme.

Me separé de él por un impulso propio mío, lo hice sin apoyo de nadie. Mi mamá me decía que mientras yo no fuera buena mujer no iban a dejar de golpearme y yo empecé a creer que eso era así. Mi mamá de pequeña también me golpeaba porque decía que era muy malcriada², crecí creyendo que lo único que podría hacer cambiar a una persona eran los golpes. Recordaba lo que me había dicho mi familia de mi carácter, pero no hacía nada por cambiar, era peor, cuanto más me golpeaban me hacía peor, más rebelde.

Al separarme, él estuvo preso pero como su mamá tenía dinero lo sacaron rápido. Después volvió diciendo que iba a cambiar, que iba a hacer el intento. Yo pensé que no podía volver con él,

¹ Golpear con el cinto

² Desobediente y contestona

pues a veces yo tenía muchas ideas de hacer algo malo, de desquitármelas y vengarme, pero me dije «mejor no, no puedo, pues me voy a quedar encerrada montones de tiempo y mi vida sigue, mejor me voy a separar». A pesar de quererme separar sentía que sin él no podía, como que yo me sentía demasiado enamorada y como si fuera el único hombre; ya le había amenazado en varias ocasiones con irme y él me decía «eh... que te vaya bien» y así me vulgareaba³, no creía que iba a ser capaz. Yo tenía miedo de que, si me iba, después no me iba a recibir o algo así. La última vez casi me mata, si no es por la familia de él que lo separaron. Aunque prometía que iba a cambiar yo no lo creí porque pensé que era maltratador de mujeres, y peor cuando andaba drogado. Me dije «no puedo estar con una persona que un día me va a matar». Me costó cinco años lograrlo, pues en todo este tiempo yo me iba y después volvía, a veces era él el que se iba y cuando volvía yo lo aceptaba, era como que no podía y si me quedaba sola quedaba esperando a ver cuándo volvía. Al separarme dejé de andar de arriba para abajo, pues él así se mantenía y si me decía «vamos» yo lo seguía.

Recuerdo una vez que nos habíamos ido a donde el papá de él, que vive largo⁴ en la montaña, nos peleamos en el camino. Andábamos los dos solos en esa montaña y me dice «mirá, hoy es el día que te voy a dejar tapada con hojas de guineo»⁵, esa palabra me dolió tanto pues yo creí que lo iba a hacer, sabía cómo era, «hoy te voy a dejar aquí y nadie sabe donde andás». Salí corriendo a pesar de que era largo y no había vehículos, porque digo aquí no hay nadie, no sabía cómo iba a llegar, pero estaba decidida a hacerlo. Después me dijo que era mentira, que era sólo por jugar. Yo me dije «no puedo seguir con un hombre que me amenaza de esa manera», yo no tenía confianza en él, no me gustaba andar con él pues muchas veces me amenazaba, «mirá, si te tiro a ese río», que me iba a dejar tapada. No confiaba en ir delante de él. A él le pasaba lo mismo conmigo, me decía «mejor pasa vos adelante porque me puedes hacer cualquier cosa». Con una relación así no podía seguir.

³ Se reía de mí

⁴ Lejos

⁵ Matar

No conocía que había leyes que protegían a las mujeres. Yo me decía «mi familia me dejó al abandono porque dicen que soy odiosa». No estaba segura que me pudieran proteger si iba a algún lugar, incluso yo no buscaba eso. Si alguien me preguntaba ¿te golpea tu marido? Respondía que no, me daba pena⁶ decir. Creía que iban a decir que yo era mala mujer, a veces me acababa de pegar y si llegaba alguien aparentaba estar tranquila.

Después estuve sola buscando cómo trabajar, no fui donde mi familia porque mi mamá decía «la que se va de la casa, se va», era un reglamento de que la que se iba ya no volvía, pues ya nada tenía que hacer en la casa. Estuve trabajando en Managua y en otros lados. Yo pensaba que era mejor así aunque trabajase duro, era sólo para mí, si bien siempre pensé en ayudar a mi mamá. Quedé un tiempo sola, pues quedé con que me parecía que todos los hombres maltratan a las mujeres, incluso si miraba a una pareja que andaba por las calles bien alegres, en un solo amor, yo pensaba «puras apariencias porque en su casa la maltrata». Eso era lo que había pasado conmigo, delante de la gente él era una cosa, y yo ya no confiaba en nadie. Sentía que no había ninguna persona que no golpeará a su mujer, fui creciendo con eso, incluso a veces no quería que nadie me dijera nada; me decían mis amigas «Idiay es que ahora no te gustan los hombres» por cómo me estaba conduciendo por la vida, pero fue por todo el maltrato que viví.

Cuando yo empecé a asistir a los talleres sentí que eso no lo había superado porque cada vez que alguna mujer hablaba que la habían maltratado lo sufría como si fuera yo. Un día estaba escuchando a una mujer que decía a otra «¿por qué te dejás pegar?», yo le dije «no le digás por qué se deja, porque a nosotras no nos gusta que nos peguen, ¿quién va a querer que le peguen?, lo que pasa es que una aguanta». Yo siento que hasta donde una aguanta ahí es donde le pone el alto al abusador. Yo me le oponía, me le tiraba con cualquier cosa, no era que yo me dejaba, he visto a mujeres que se agachan como que fueran niñas, pero yo me le tiraba con lo que hallara, pero el hombre era más abusador que yo. Cuando me miraba las cicatrices lloraba de cólera, decía: ¿cómo

⁶ Vergüenza

puede ser que tenga tantas señas por este hombre? Él siempre decía «el hombre que no le pega a su mujer es que no la quiere», tenía ese dicho, «todos los hombres les pegan a las mujeres». A él le habían enseñado que así era para que una mujer lo respetara, le habían enseñado a maltratar y a mí a que aguantara. Yo me miraba en peligro demasíadísimo, y dije: «no tengo ni hijos y ¡tanto que le aguanto!». Yo sentía que no lo podía dejar y él me decía «hoy te vas, mañana venís, ¿cuánto vas a vivir sin mí?, a donde estés yo voy a llegar y vas a ver».

Con todo esto quedé con la idea de que todas las cosas se arreglaban con violencia. Pasó mucho tiempo hasta que en Grupo Venancia, con los talleres, fui cambiando. Incluso llegando al barrio donde vivo tuve muchos problemas porque a mí me valía⁷ tirármele si era mujer o si era hombre. Eso me costó mucho cambiar, no tenía miedo que alguien me golpeará pues había aguantado tantos golpes que ahora no iba a tener miedo. Fue un proceso que costó. Siempre digo en los talleres y en los lugares donde hablamos este tema que es un proceso largo, que una mujer que vive el maltrato no es que de hoy a mañana va a ir a uno o dos talleres y va a cambiar su vida; claro, cuando uno va a estos lugares ya le han dado a entender y ha escuchado que el proceso tiene su complicación.

Al separarnos él me busco varias veces en los trabajos pero yo le amenacé con denunciarlo, pues según la sentencia no podía acercarse a mí y en la comisaría le iban a dar seguimiento al caso, pero como yo me fui a otro lugar no le di seguimiento al caso y salió. En aquel tiempo era más complicado que ahora.

Después de esto, anduve sola como cuatro años y me volví a juntar con otro hombre y me casé con él, es la pareja que tengo ahorita y nunca jamás me ha maltratado y yo tampoco lo voy a permitir, porque ya decidí que no me volvía a dejar. Yo tenía tanto miedo a volver a tener pareja pensando que todos los hombres iban a ser así, y realmente no es así, pues la pareja que tengo no es así, comprende y si le cuento la vida que tuve me dice que el hombre que pega a las mujeres es un cobarde porque una mujer

⁷ Me daba igual

no tiene la misma fuerza física aunque tenga otras capacidades y pueda hacer cualquier trabajo. Tengo una relación tranquila, me entiende y no me anda limitando, además de que como al año de andar con él comencé a asistir a talleres con otras mujeres invitada por Grupo Venancia y fui viendo y aprendiendo. Al inicio yo recuerdo que en cada taller yo pegaba grandes lloradas, porque aunque no estaba con el hombre me seguía doliendo. Cuando me junté con esta nueva pareja que tengo, todas las cosas las quería arreglar a golpes, ya no era él sino que yo había quedado..., marcada, sentía que eso era normal. Pero empecé a participar en los talleres y trabajamos temas relacionados con el maltrato y sentí que no tenía que ser así y comencé a mejorar el trato con él. Sentía como que yo me las estaba pagando lo que el otro me había hecho, y dije no puede ser que me desquite con éste lo que me hizo el otro. Vivimos tranquilos. Me motivaba a que participara pues me decía «eres muy violenta y eso lo tenés que trabajar», a él le gusta participar. Al principio venía a los talleres pero no participaba, estaba, sólo escuchaba, tenía pena de hablar. En cada taller, escuchando yo entendí que todo lo que aguanté no debería haberlo aguantado y después que aprendí, deseaba como volver en el tiempo, y estar en el momento en que él me maltrataba y me decía «¿cómo pude aguantar tanto?» Escuchaba a otra mujer y me parecía como que lo estuviera viviendo.

Comencé a hablar con otras mujeres y a contarles lo que yo estaba aprendiendo pues quizás ellas estaban viviendo lo que yo viví y no sabían que tienen el derecho de no aguantar maltrato.

Cuando nos trasladamos a vivir después del huracán, al barrio de Waswall⁸, allí teníamos más talleres y más organización, pues estábamos comenzando un barrio, habían bastantes ganas de estar organizadas, así me fui involucrando. Allí me metí de lleno, iba a todos los talleres que me invitaban, como que yo tenía ganas de aprender y aprender más, como que así yo me liberaba al escuchar a otras mujeres que también estaban pasando lo mismo. Yo decía

⁸ Barrio construido por las organizaciones ADIC (Asociación para el Desarrollo Integral Comunitario) y Grupo Venancia después del huracán con personas afectadas y en el que se hizo bastante trabajo de organización y desarrollo comunitario y salud mental.

«no soy la única que ha pasado esto» y nació en mí las ganas de trabajar con mujeres, porque primero era yo la que había sido maltratada, después miraba lo mismo en otras. En el barrio muchos hombres eran maltratadores de mujeres y cuando les estaban pegando a mí me daba tanta cólera que yo quería meterme en todos los pleitos, si estaban pegando a una mujer yo iba, tal vez no les hablaba porque aun no estaba bien clara de cómo era la cosa de trabajar maltrato con mujeres..., pero las ganas de ayudar que tenía eran grandes, así que iba a ver si la mujer me decía algo para defenderla y hasta me metía en problemas por otras mujeres. Una vez iba para mi casa y un hombre tenía de la garganta a una mujer, la estaba ahorcando, fui y le hablé dos veces que la dejara y me dice él «usted no se meta que no es con usted, va para allá», agarro un garrote y le pego y me dice «yo te puedo pegar a vos por meterte, éste es un problema privado». Para entonces ya había escuchado que el maltrato hacia las mujeres no era privado sino que era un problema social y le contesté. Sentía que lo que hacía por otras mujeres me ayudaba a despejarme de lo que yo había pasado. Pensaba que debía trabajar por las otras, pues yo me mantuve tanto tiempo marginada por no contar con el apoyo de nadie. Así comencé a aconsejar a las mujeres y a trabajar con ellas. En ese tiempo Venancias hacía muchos talleres en el barrio y yo en todo quería estar y lo que no entendía preguntaba, con todo esto, en el barrio fuimos trabajando y formando comisiones de todo tipo, de agua, iniciamos a organizarnos como mujeres.

En el barrio el grupo de mujeres ya tiene como cinco años de estar organizadas. Me fueron invitando a colaborar y ayudar en los talleres. A mí eso me gustaba, ya no tenía pena, me gustaba colaborar y sentí que eso era lo que yo quería para mi vida, trabajar con otras mujeres. Desde pequeña decía: «cuando sea grande quiero facilitar talleres», a mí me gustaba, pero los que se organizaban en las haciendas eran talleres de otras cosas, no de mujeres, a mí me gustaba que llegaban unas mujeres a darlos y yo quería ser como ellas. Con los talleres en el barrio me gustaba ayudar pero no sentía que yo pudiera llegar a impartirlos pero se me fueron quedando las ideas, los conceptos. Apoyaba a las otras mujeres, era la que invitaba cuando iba a haber talleres. Después quedé

como lideresa del barrio pues yo organizaba el trabajo comunitario y participaba en lo que fuera. Así que cuando se formó la Junta Directiva la gente decía «que sea la Reina» pues miraban que me gustaba y me involucraba bastante. Casi todas éramos mujeres las que trabajábamos. Me gustaba estar en la Junta Directiva porque sentía que si estaba un hombre nos iba a dominar y yo siempre les llevaba la contraria. Si en una reunión iban a elegir a un hombre les decía a las mujeres: «no, no podemos dejar que queden hombres, que nos van a estar mandando». Ahorita en la Junta Directiva del barrio somos todas mujeres, somos las que damos seguimiento a los casos de problemas sociales y el desarrollo del barrio, andamos metidas en eso, dando vueltas. Siempre sigo con los talleres, pues siento que en todos estos espacios donde he participado con Venancias me ayudaron mucho en mi desarrollo. Pude salir ese resentimiento que me abrasaba, de aquello que yo siempre decía que me había pasado por tonta y de todo me echaba la culpa aunque reconociera que él era maltratador.

Cuando mis hermanos me recuerdan lo que he pasado siento que se burlan, ellos creen que el que golpea es porque se tiene que imponer, por ser malcriada.

Ahora imparto talleres a otras mujeres tanto en el barrio donde vivo y en otro barrio de Matagalpa que las mujeres me han pedido y en algunos de los municipios donde tiene presencia la Red de Mujeres del Norte. Sobre mi participación en el movimiento de mujeres siento que es lo que siempre quise para mí. Lo miro como un espacio muy positivo porque siento que es lo que me da fuerza para seguir. Hay días en que no salgo de la casa, no me siento triste porque ahora me siento tranquila, duermo lo que quiero, hago lo que yo quiero, me llevo bien con mi pareja, a mí no me da tristeza porque sea yo quien recibe maltrato, cosa que ya no ocurre, sino porque pienso yo estoy aquí sin poder evitar que en otros barrios hay mujeres sufriendo. Me viene a la mente que en el momento en que estoy descansando hay montones de mujeres maltratadas. El movimiento de mujeres nos ha ayudado, tantas mujeres que ahora ya saben y están involucradas en un lugar y otro, esto es algo que me ha ayudado mucho a mí.

Cada día quiero estar más metida e involucrada en el movimiento de mujeres y eso es lo que quiero hacer a diario. Trabajo con mujeres dando charlas, lo que quiero es hacer cambiar a otras mujeres de que no estén aguantando maltrato. Esto ha ayudado a muchas porque hay cosas que antes no sabían y ahora ya saben, se oye por todos lados, no es que en la ciudad no haya maltrato porque lo hay, pero en el campo hay muchísimo y mujeres más sencillas, más humildes, entonces es importante que por todos lados estemos trabajando con mujeres.

Mi vida siempre la veo igual, trabajando con mujeres y cuidando de mi familia. Siento como que soy la jefa de la casa, a veces la gente dice ¿cómo es la cosa, quien manda en esta casa? pero él ya sabe que yo no voy a ir pidiendo permiso de todos los lados a donde pienso ir, sólo me voy y a él y le comunico, pero no le pido permiso. Siento que ésta es la vida que voy a tener siempre, además tengo que educar a mi hijo para que no discrimine, cuando habla cosas que escucha en la calle yo le digo «eso no es así». Pienso que el maltrato, la cultura del maltrato es por cómo nos educaron, por eso siento que es responsabilidad mía educar a mi hijo, a mis familiares, a mis hermanos, a los sobrinos pequeños. Con los mayores, las que tenemos que liderar cambiar en todo caso somos nosotras las mujeres, pues ellos tienen un poder ancestral y nuestra libertad no nos va a regalar nadie. Debemos oponernos a su poder, porque ya ellos..., aunque los inviten no van, por ejemplo mis hermanos no son capaces de ir, por eso yo siempre digo las que tenemos que cambiar somos las mujeres, dejar de aguantar, ponerle un alto, porque hasta donde nosotras aguantamos ellos nos van a golpear. Siempre estoy pendiente de eso con mis sobrinos y mi hijo de cómo han de respetar, no puedo consentir que sean violentos.

Siempre veo mi vida de manera positiva. Me dice mi mamá: «vos siempre aunque haya problemas vos como que te valiera⁹ las cosas», no es que me vale, sino que pienso que tenemos que ser fuertes, pues de tantas cosas que hacer si nos ponemos tristes en vez de ayudar a las que están sufriendo más bien las complica-

⁹ Como si no te importara

mos. Siento que el reto que tenemos como mujeres organizadas en diferentes lugares es terminar con la violencia, aunque a veces se escucha ¡es imposible terminar con eso!, pero yo entonces digo, el trabajo de nosotras es trabajar con las mujeres, porque ya el hombre se quedó así, aunque hay hombres que fueron maltratadores y ahora no, pero no es la mayoría. Hay que trabajar con mujeres, apoyarlas para que ellas dejen de aguantar. Ésa es la vida que yo quiero hacer y como lo veo a largo plazo quiero seguir capacitando. Por ejemplo, en mi barrio hay 20 mujeres organizadas y, digo yo, de las 20 al menos 10 ya no se dejan golpear, éstas ya han mejorado, si ellas salen del grupo, hay otras que sí están sufriendo violencia y las invitamos. Hay mujeres que dicen ¿para qué estás invitando a ésa si hoy deja al hombre y mañana se junta de nuevo y la golpea?, yo les digo que desde pequeña he escuchado un texto bíblico que dice que el medicamento se les da a los enfermos no a los sanos, entonces en este caso la que necesita es la que se está dejando maltratar porque ella aún no ha salido de eso, con éstas son con las que tenemos que trabajar.

Por último, me gustaría instar a otras mujeres a no criticar a las que aguantan maltrato, más bien lo que necesitan es ayuda y sentir que las otras mujeres las entendemos y no estamos en contra de ellas. También apoyar a las mujeres siempre, aunque el hombre que las maltrata sea nuestro hermano, pues a veces apoyamos cuando es un hombre que no conocemos pero no cuando es un hombre de nuestra familia. Mi hermano, cuando quiere maltratar a su mujer me dice «¿cómo es eso, sos mi hermana o no?, ¿por qué estás en contra mía?». Pero yo, aunque sea mi hermano, no voy a dejar que maltrate a su mujer. Mi madre está viejita y tal vez se ganó 10 pesos y se los va a entregar a mi papa, yo le digo «él no se los ha pedido y usted va y se los entrega, ¿por qué no se los queda mejor usted?», ella dice que así somos, pero yo le digo que son suyos. Ella cose ajeno y se gana sus pesos, yo siempre estoy encima, ella dice que así le enseñaron.

Lo que yo les pido a las demás mujeres es que estemos a favor de las mujeres y no critiquemos, porque cuando sufrimos maltrato y nos critican nos sentimos tristes y decimos «mejor ni lo hubiera contado» y les digo que sigamos trabajando y apoyando,

que no tengamos miedo a ir de testigas, no podemos permitir que las mujeres pierdan los casos por no encontrar quien las defienda y hemos de llevarlas a los grupos que prestan apoyo para que salgan de esa situación.

Mayra Suárez

Soy Mayra Suárez, tengo 27 años, soy de la comunidad de Cerro Colorado, comarca de Pancasán, municipio de Matiguas. A la edad de nueve años perdí a mi padre desgraciadamente. Quedamos con mi madre 6 hermanos menores de edad. Mi familia se compone por mi madre que ha parido 15 hijos de los cuales habemos 10 vivos (6 mujeres y 4 varones). Tengo como unos veinte, entre sobrinas y sobrinos. Todas mis hermanas están ya casadas, con tres o cuatro hijos, yo soy la única que está soltera, sin hijos y con ganas de seguir superándome. Estoy estudiando agronomía.

Apoyo a grupos de jóvenes en mi comunidad y en otras diez comunidades como promotora en conservación del medio ambiente y trabajo con grupos de mujeres de la Coordinadora de Mujeres de Pancasán y con un grupo de jóvenes en un proyecto piloto impulsado por Grupo Venancia

Organizarme me ayudó mucho, tanto a mi vida personal, como para apoyar a otras mujeres en la comunidad. Yo me organicé a la edad de doce años, en la actualidad soy una de las fundadoras del colectivo de Pancasán. El Colectivo de Mujeres de Matagalpa inició dando talleres a mujeres adultas con el propósito de que las mujeres saliéramos de la rutina en que se nos ha criado desde tiempos remotos. Yo siempre iba al grupo como la cola de mi mamá. Al ver que había bastante asistencia de jóvenes hicieron dos grupos, uno de mujeres adultas y otro de jóvenes. A las jóvenes nos daban danza, teatro, talleres sobre salud sexual y reproductiva. En esos años recibimos invitaciones del Grupo Venancia y participábamos en los encuentros con muchachas de otros municipios, realizábamos campañas, esto nos servía mucho en lo personal y para el grupo. Con los conocimientos recibidos en estos talleres ayudé a muchas mujeres y a jóvenes.

En 1991 terminé mi primaria y desgraciadamente, por ser una comunidad tan remota, en la escuela sólo se daba hasta cuarto grado, por lo que muchos chavalos y chavalas para poder acabar la primaria teníamos que hacer un gran esfuerzo y caminar 10 kilómetros hasta el Sitio Histórico, la única comunidad donde daban quinto y sexto grado. Yo madrugaba a las cuatro de la mañana y caminaba dos horas y media hasta que concluí mi primaria.

Por ser mi madre de bajos recursos y con una enorme carga familiar, ella pensaba que la herencia que nos podía dejar era que aprendiéramos a leer y escribir. Siempre se preocupó por garantizarnos los cuadernos. Mi madre pidió ayuda para que pudieran estudiar sus hijos a través de un proyecto de ayuda para víctimas de guerra; desgraciadamente, como estábamos en un tiempo tan machista donde se priorizaba a los varones, becaron a un hermano para que estudiara técnico superior en Muy Muy¹⁰. Mi madre dijo «¿cómo voy a hacer con los otros?» Éramos una hermana y yo las que también habíamos acabado la primaria. Después se inició a dar secundaria acelerada en Santa Emilia¹¹, por encuentros cada 15 días sábados y domingos. Nos garantizaban transporte y ahí entramos mi hermana y yo. Recuerdo que a los 20 chavalos que acabamos la primaria nos trasladaban en una camioneta toyota, ésta era la primera camioneta que entraba en Pancasán. Cada año se sumaban chavalos que acababan la primaria y se iba haciendo más difícil el traslado ya que no alcanzábamos en la camioneta. Yo me cansé de estos viajes en la madrugada, además mi mamá no ajustaba, pues aunque no se pagaba por el transporte ni la escuela, nos tenía que dar para la comida y la dormida y con la crisis tan grande, ahí me quedé.

Seguí participando en los talleres. Había una organización que se llamaba ADAC que aunque no promovían la participación de la mujer y la mayoría de las personas beneficiadas en sus proyectos eran varones, si los buscabas te atendían. Al inicio nos dieron talleres sobre cultivos, a mí me gustaba involucrarme en ello ya que no tenía cómo ir a estudiar.

¹⁰ Municipio donde hay una escuela rural de agronomía

¹¹ Escuela fundada por la Asociación de Trabajadores del Campo pensada para dar posibilidades a las personas del campo.

Las muchachas, a los dos o tres años de acabar la primaria, toditas ya estaban embarazadas o con hijos, yo pensaba que mi futuro no iba a ser ama de casa, de mujer casada.

No me quedé ahí porque yo participaba en todo lo que se realizaba en mi comunidad. Estuve en teatro, aprendí a valorarme a mí misma y cómo alcanzar metas o al menos a soñar a cómo poder superarte como persona; recibí un curso de Defensora Popular¹². Mi mamá tiene una finca y trabajaba con ella sembrando maíz, frijoles, quequisque, malanga, cacao, achiote, un montón de cultivos, pues, café. En esas actividades me mantenía con mi mamá, en la finca no es que vamos a producir para negociar, sino más que todo para que no falten las cosas en la casa.

En los años 1998 y 1999 estuve trabajando directamente con la Coordinadora de Mujeres de Pancasan. Había muchos problemas en la disputa por la tierra. Se había pasado de una reforma Agraria Sandinista a un proceso de restauración de concentraciones de propiedades. Yo, como Defensora Popular, tenía algunos conocimientos de leyes y en una de éstas se dio un conflicto con una compañera que a la que desalojaron de su propiedad. Cuando la guerra, por motivos de seguridad, abandonó la tierra y cuando quiso volver la tierra ya se la habían entregado a otros y las reclamaban. Después de 1990 hubo muchos conflictos por la propiedad, incluso hubo gente que reclamaba cuando a ellos les habían dado en otra parte. En las comunidades teníamos conocimiento de a quiénes les habían entregado y a quiénes no, quiénes se merecían pues de alguna forma u otra se la habían ganado defendiendo y trabajando la tierra y no como otras personas que enseguida las venden. A esta mujer ya la habían desalojada dos veces y la habían echado presa en las dos ocasiones. Yo andaba metida con la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) que estaba organizando a la gente para la defensa de la tierra, y a esta mujer ya era del tercer lugar que la querían sacar. Vimos cómo esta mujer esta-

¹² Capacitaciones que se implementaron en las comunidades para preparar a mujeres sobre los Derechos de las Mujeres y las leyes que nos protegen. Estas defensoras se coordinaban con organizaciones de Matagalpa que prestaban servicios de asesoría legal y ayuda psicológica.

ba en la calle con las maletas y las cosas de la casa y dimos cuenta que la habían desalojado de su tierra. La comunidad la apoyó para que se volviera a meter, a pesar de que se sabía que la tierra se había quedado custodiada por la policía. En las comunidades la gente se conoce y conocíamos el trabajo que había hecho la mujer. Nos eligieron a tres mujeres como mediadoras, entre ellas estaba mi mamá, yo y otra señora. Mi mamá habló con la policía y les pidió que al menos dejaran entrar las maletas al corredor de la casa pues estábamos bajo la lluvia y a la mujer se le iban a estropear sus cosas. El que decía era el dueño contestó que no las podía meter porque las acababan de sacar. Ahí se armó un pleito¹³, pues el hombre decía que él era el dueño y sacaba las maletas y la comunidad decía que la dueña era la mujer y las metía. Nos metimos dentro de la casa donde la policía estaba en las hamacas. Yo miro que las armas no las tienen ellos sino que las tienen puestas en la pared y voy y agarro una AK¹⁴. Como el hombre estaba empujando a mi mamá le amenazo con el arma y le digo «si continuás empujando y no nos dejás entrar te va a ir mal». Como la policía estaba con las armas por allá les digo «tomen sus armas y váyanse», yo recuerdo que había una camioneta que había traído el dueño y cuando se salieron la gente les gritaba. Lo que no sabíamos era cuál iba a ser la reacción. Esto fue en noviembre y el mero 23 de diciembre del mismo año llegaron con una orden de captura para doce personas entre ellas mi mamá, yo y la señora que querían desalojar, éramos tres mujeres y el resto varones. El día de lo ocurrido habíamos como 100 personas pero supuestamente doce éramos las cabecillas, mi mamá y yo éramos las más peligrosas, era a las primeras que iban a capturar. Algunas personas nos avisaron pero para entonces ya estaba rodeada la casa. Yo sabía que si no llevaban orden de entrar en la casa no podían entrar y ellos no entraron, nos pidieron que saliéramos nosotras, yo le dije a mi mamá que como alrededor de la casa hay cultivos de café y bastante monte, nos podíamos salir por otro lado y escondernos. Mi hermano estaba bastante enojado y con el machete bas-

¹³ Problema

¹⁴ Fusil usado por el ejército de Nicaragua

tante filudo¹⁵. Teníamos miedo que mis hermanos se metieran a problemas y como la policía no se iba, nos entregamos con la esperanza que no llegase a más.

Nos montaron en un camión viejo de la policía y en ese trayecto yo les dije hasta de lo que iban a morir porque yo miraba la injusticia, recuerdo que les dijimos que cómo corren a capturar a mujeres y sin embargo a los violadores y asesinos no los van a capturar. Como era el día 23 de diciembre, en la casa habíamos comprado un chanchó¹⁶ para la cena de Navidad en familia y nosotras en ese pleito. Cuando nos tomaron declaración ante el juez el capitán tenía miedo que le denunciáramos por todo lo que nos había dicho. Tanto la UNAG¹⁷ como la ATC nos ayudaron pues mi madre era miembro de la Junta Directiva de la cooperativa. Habían intercedido por nosotras y nos pusieron una abogada. Al siguiente día llegaron mis hermanas y lloraban pues era el día de Navidad y nosotras presas. Ese mismo día estas organizaciones pagaron la fianza y nos dejaron salir. Ahora el problema era cómo llegar a la casa pues no había transporte a la comunidad y afortunadamente otra organización se ofreció para irnos a dejar.

Esta experiencia y otras muchas me han ayudado tanto en lo personal como para apoyar a otras mujeres, tanto en la escuela como en la comunidad y en la casa. Son experiencias en las que vos has puesto pero que también te ayudan a vos en tu crecimiento y a valorar la organización, porque si esta mujer no hubiera estado organizada en nada y no hubiera tenido ningún apoyo de la comunidad hubiera quedado en la calle. Yo siento que he aprendido mucho de la experiencia de mi mamá y de las organizaciones en las que ella participaba. El primer paso es organizarse, porque a través de la organización tienes otras posibilidades. Lo que pasa con la mayoría de las mujeres de la comunidad es que a temprana edad dejan de estudiar, dejan de trabajar y lo que hacen es casarse, tener hijos y cuidar al marido. Con la organización hemos logrado que las mujeres y los jóvenes vayamos teniendo otra visión.

¹⁵ Afilado

¹⁶ Cerdo

¹⁷ Unión Nacional de Ganaderos y Agricultores

Mi ilusión personal es, primero concluir mis estudios y después poder ayudar a mujeres de mi comunidad, implementar proyectos en los que tengan oportunidad, mujeres y hombres en equidad. Al menos en mi comunidad hay proyectos que sólo ayudan a hombres con financiamiento y todo eso, pero mi sueño es lograr proyectos que ayuden a las mujeres, de manera que ellas puedan tener sus propios recursos, sus propias microempresas y no estar dependiendo de maridos ni de otros hombres. No vamos a decir que sean sólo para mujeres, pero sí que haya una equidad entre hombres y mujeres. El otro de mis sueños es tener mi propia casa.

Veó bien difícil de definir cómo miro la vida de las mujeres dentro de un tiempo. ¿Cómo será el futuro? Pero estoy segura que nuestro compromiso ahora, por la igualdad y la equidad, será decisivo para el futuro. Espero que no haya tanta violencia y que tengamos más oportunidades de estudio, empleo digno, tener nuestros propios recursos y no tener que depender tanto de otras personas como marido y familiares, ni nadie. Deseo tener proyectos propios y que las mujeres podamos decidir por nosotras mismas. Es difícil tener expectativas de mejora con gobiernos tan corruptos, pero esa lucha también la tenemos que dar, para que haya equidad entre mujeres y hombres e iguales oportunidades.

Lorna Espinoza

Soy Lorna Espinoza Urbina, de 27 años de edad, nicaragüense. Vine al mundo en un contexto bastante difícil para mi país pues estábamos en guerra; mi padre, un guerrillero, militante del único partido de izquierda de ese entonces; mi madre, a los 22 años iba por el cuarto parto; tuvo 5 hijos de los cuales yo soy la única mujer. Por parte de mi padre somos 19 entre hermanos y hermanas.

A la edad de 22 años tuve a mi hijo llamado Imanol. Soy madre soltera, trabajo desde la edad de 14 años, actualmente estoy culminando mi carrera universitaria y pronto seré abogada. Trabajo en Grupo Venancia, organización que trabaja con mujeres del campo y la ciudad. Me declaro feminista desde los 19 años, aún en contra de lo que pensaba mi familia, mi novio y mi comunidad.

Soy nacida en una ciudad de montañas llamada Matagalpa, cabecera departamental de la Zona Norte. Vivo en un barrio llamado Germán Pomares. Nuestra ciudad se caracteriza por su clima calido y su naturaleza ha sido muy dañada por la destrucción de los seres humanos. Tuve una infancia muy linda durante la Revolución de los 80. Crecí con el ideal de igualdad, de fraternidad, aunque existían limitaciones en cuanto a recursos. Tod@s, por lo menos, teníamos qué comer en nuestras casas, podría decir que disfruté mi infancia, si bien no entendía por qué mi padre nunca estaba y a mi madre la veía por las noches, casi cuando estábamos dormidos.

Desde muy pequeña observé las limitaciones que teníamos en la casa. Vi cómo mi madre se las ingeniaba para que tuviéramos lo necesario para ir al colegio, vestarnos y darnos la alimentación. Creo que al ver su sacrificio y como mi padre era un poco ausente casi todo el tiempo, siempre me dije a mí misma que yo la tendría que ayudar. Fue así que comencé a trabajar cuidando sobrinas, niñas/niños para poder seguir estudiando. En secundaria fui una chavala bastante irreverente, maleducada, marimacha de todo, tuve problemas en el colegio porque siempre decía lo que pensaba y sentía; y así me fui ganando el reconocimiento de mis compañeros de clase. Siempre estaba metida dentro de las direcciones estudiantiles y deportivas. A los 16 años comencé a organizarme dentro de un grupo de mujeres que trabajaban con jóvenes en el reconocimiento de nuestros derechos. Luego estuve en talleres de teatro y radio y así comienza mi vida en los medios de comunicación, trabajando por mí y mi familia. En ese entonces comencé un proceso de vida nuevo, lento y rápido a la vez.

Lento, porque a nivel personal mi cambio de pensamiento llegó a confrontaciones dentro de mi familia (especialmente mis hermanos). Fuimos criados en una cultura super machista y mi familia no aceptaba que yo fuera rebelde; comencé a protestar de las actitudes de mis hermanos ya que las tareas de mi casa no eran compartidas igualitariamente y eso a mí me jodía. Hubo un momento que con uno de mis hermanos llegué a una confrontación que tuve que salir de mi casa, para poder estar tranquila. Yo nunca había vivido fuera de la casa de mi madre. Y, claro, eso para el

resto de mi familia era algo insólito. Me criticaron fuertemente, me dijeron de todo, tuve miedo, no sabía lo que implicaba dar ese paso. Lo bueno de esto es que tenía trabajo y eso me sirvió para seguir adelante, llegué a romper relaciones con mi familia por un poco tiempo; con mi hermano dilaté casi dos años y medio para volver a hablarnos, pero bueno, esto me sirvió para ser independiente y luchar sola.

Tuve la oportunidad de trabajar en Grupo Venancia, como promotora cultural a mis 19 años, bajo el impulso de la organización de proyectar el liderazgo juvenil. Al inicio, como siempre algo temerosa por el cambio; era el primer trabajo en mi vida que sentí como un verdadero reto, tuve altos y bajos pero me mantuve... Ya dentro del Grupo Venancia he realizado cosas alocadas y cosas para mi crecimiento personal y profesional.

Una de las cosas que tengo más marcadas en el año que entré a trabajar en el Grupo Venancia fue El Huracán Mitch. Considerado como uno de los peores desastres naturales en la historia de Nicaragua. ¿Cómo lo viví? Aunque a mí no me afectó con pérdidas materiales o algo por el estilo puedo decir que este fenómeno afectó emocionalmente a todas las personas. Sentí que tenía que hacer algo... pero ¿de qué manera podía ayudar? Tuve que estar en los refugios por lo menos para dar apoyo emocional a las personas afectadas; una de las cosas que nunca se me va olvidar es que antes que declararan el estado de emergencia, Begoña, mi compañera de trabajo y yo nos estábamos pintando y no nos dábamos cuenta de la magnitud del huracán. Nos llamaron para ayudar a trasladar a gente y nos fuimos a la Cruz Roja, a buscar qué hacer. Allí comenzamos a jugar con los niños/niñas para que se distrajeran un poco y nos quedaban viendo como si fuéramos unas locas. Nosotras bien pintadas y ellos estaban sintiendo que todo lo habían perdido, el duelo que llevaban por dentro. Mi centro de trabajo fue refugio y a los dos días del huracán vino una muchacha con un bebé en brazos y me dijo que su hijo se había muerto en el hospital de neumonía. No había luz y no se le pudo poner oxígeno. Sentí impotencia, rabia, contra todo y contra todos porque no era justo lo que la gente estaba pasando. Y otro lado el presidente Arnoldo Alemán nunca declaró la alerta roja.

El año 2000 fue un año bastante difícil en mi vida. Participé como todos los años en la celebración del Día Internacional del Orgullo Lésbico-Homosexual, con la que se promovía una sexualidad libre de prejuicios. Se hizo una calcomanía «erótica», se distribuyó ampliamente dentro y fuera de Matagalpa y provocó diversas opiniones. El hecho de que no saliera firmada por el grupo tuvo sus consecuencias, por la crítica de la sociedad. Yo salía con otra mujer, enseñando mis senos; fue un escándalo, hubo rechazo tanto familiar; de pareja y amistades; burlas; mi familia sintió el rechazo y habladurías de las otras personas...

Fue tan grande la presión que mi pareja y yo terminamos la relación. Cuando acepté salir en la calcomanía nunca pensé la magnitud o consecuencia que me traería; llegué a arrepentirme; dos años más tarde pude entender lo que yo había realizado. Yo quería participar y decirles a muchas personas que hay diferentes formas de amar, no es lo mismo amar a tu hijo que a tu padre; pero en las relaciones de pareja la sociedad en general tenemos que seguir ese patrón: Hombre-Mujer, de que sólo podemos amar a nuestro sexo opuesto; y el mensaje era que sí existe el amor entre dos mujeres y dos hombres y que la sociedad lo tiene que aceptar... y en estos momentos sé que lo volvería hacer.

Otra de las cosas es mi embarazo. Yo siempre fantaseé con tener un hijo. Pensé que la idea de tener un bebé sería genial y que lo podía lograr sola; pensé que era lo que más me haría feliz. ¡Qué equivocada que estaba! Todo se me vino encima, no fue tan agradable como pensé, porque casi todo el embarazo estuve «sola» y mi pareja no lo tenía asumido. Pero bueno, montada en el burro tenía que jinetearlo. Pude haber disfrutado más de mi juventud y tener un hijo más adelante, tener la estabilidad en la vida para poder parir, pero no me arrepiento de tenerlo; es lo más lindo que me ha pasado. Creo que pude haber esperado. Al poco tiempo de tener a mi hijo me separé del padre y ahora somos amigos. Actualmente, con una nueva relación me siento contenta. Uno de mis logros es que he logrado tener una casa, pues el tener un trabajo estable me lo ha facilitado. Con la edad que tengo he realizado uno de mis más grandes sueños.

Participo en un espacio que es parte del Movimiento llamado Red de Mujeres del Norte, donde participan mujeres del campo y de la ciudad. Alguna de ellas están por primera vez dentro de un espacio organizado y para otras es la primera vez que salen de sus casas. La red de mujeres aborda temas sobre los derechos que tenemos como mujeres y campañas de sensibilización a la población. En estos espacios me siento identificada como feminista. Tratamos de incidir en las políticas neoliberales y las visiones conservadoras que reafirman la marginación y el mercado consumista. El modelo neoliberal y globalizador acrecienta la violencia y afecta directamente a las mujeres jóvenes, especialmente en el tráfico de mujeres, la pornografía por internet y la importación de publicidad sexista.

A la vez, he participado en algunas actividades del movimiento social de Matagalpa en protestas contra las privatizaciones del agua, la luz y de los recursos naturales y he participado en la organización de actividades contra la guerra de Irak. Experiencias como éstas van construyendo mi personalidad y mi vida. Sé que no puedo cambiar el mundo, pero sí podemos lograr que las personas de tu entorno sepan lo que esta pasando fuera de nuestro país. Gritar en contra de las injusticias es algo ético, necesario.

Ahora, mi proyecto de vida pasa por cerrar capítulos y etapas, emprender un nuevo vuelo y ser feliz; educar a mi hijo, verlo crecer y que sea un hombre de provecho; otro proyecto es estudiar música...

Me gustaría que la vida de las mujeres, de aquí a 10 años, sea libre de violencia, que puedan andar por las calles sin ningún temor; que la iglesia no imponga sus dogmas y creencias en contra de nuestro cuerpo. Que no haya corrupción, tráfico de influencia; que haya leyes que nos favorezcan; que se despenalice el aborto; que dos mujeres se puedan amar sin que sientan el rechazo de las personas; que las mujeres sean dueñas de sus propias tierras; que haya democracia en este país; que no haya más asesinatos de mujeres; que no haya más víctimas de abuso sexual en contra de niñas/os, jóvenes y adultas; que haya acceso a salud pública de las mujeres; que las mujeres puedan decidir cuándo parir; que encuentren la felicidad y la paz dentro de sus corazones.

Sahara Occidental

Mujeres saharauis en las zonas ocupadas.

La otra cara de la represión

Aichetu Ramdan Suelim y Zahra El Hasnau Ahmed

La decisión de escribir mi historia nace de mi firme resolución de denunciar las injusticias perpetradas contra los saharauis por el gobierno de Marruecos. Mi vida ha sido una crónica de atropellos, de incomprensión, de frustración, de inestabilidad. Pero también de lucha contra las vejaciones practicadas contra mi persona, a veces coronada con la victoria, otras no, pero siempre con la voluntad de vencer. Y ése es el mensaje que quiero hacer llegar a todas las personas que ven coartados sus derechos, especialmente a las mujeres, que son la parte más vulnerable de la sociedad. No importa cuán inalcanzable pueda parecer nuestro objetivo, hay que perseguirlo. Mantener la esperanza de ganar ya es una derrota al agresor.

Mi nombre es Aichetu Ramdan Suelim y nací, por casualidad, en una aldea del sur de Marruecos, Lgsabi, el 11 de noviembre de 1979. Mi abuelo era un nómada saharauí que la búsqueda de pastos para su ganado llevó a afincarse en este pequeño oasis. A los cinco años me fui con mi abuela a la ciudad saharauí Smara y allí me crié. En 1996, volví con mis padres, entonces ya establecidos en la ciudad marroquí llamada Guleimim. Al siguiente año conocí a mi futuro marido, Ali Salem Tamek, un sindicalista y activista de derechos humanos, hoy en día en huelga de hambre en una cárcel marroquí. Nos casamos en 1999 y me fui a vivir con él a Assa. Un año después llegó mi hija, Zaura (en árabe, revolución). Y ahí

empezó la primera fase de la lucha que ha constituido mi vida hasta ahora.

Al principio aceptaron registrar a mi hija con ese nombre pero al año nos llegó una carta del ministerio del Interior alegando que su nombre atentaba contra las instituciones marroquíes, facilitándome amablemente una lista de nombres «apropiados». Nos negamos a aceptar la imposición. Después de varias reclamaciones en diferentes juzgados tuvimos que claudicar para proporcionarle a nuestra hija un estatus legal. Elegí para ella el nombre de Keltum, en honor a una saharauí que había muerto por la represión marroquí. Ahora estoy lidiando en España para que en su documentación figure su nombre original. No sé si lo conseguiré pero para mí siempre será Zaura.

El nacimiento de Zaura coincidió con el segundo levantamiento de la población saharauí en Assa. Mi marido y sus compañeros de un grupo de derechos humanos, entre ellos, Mohamed El Moutaukil, Hussein Lidri, Abdedaim Mohamed, eran casi todos funcionarios. Con la intención de dispersarlos, la respuesta de las autoridades al levantamiento fue el traslado forzoso de destino a diferentes ciudades del interior de Marruecos. Como represalia a la negativa de mi marido, paralizaron indefinidamente su nómina sin comunicación previa. Después de buscar trabajo infructuosamente en Assa, nos vimos forzados a cambiar de ciudad, dirigiéndonos al Aaiún. Una casa en alquiler y una familia que mantener ya eran razones contundentes. Nos quedamos durante un tiempo en casa de un amigo, El Magraui, un ex preso político saharauí que había pasado dieciséis años en la terrible cárcel de Kalet Meguna. En esta antigua fortaleza, el gobierno marroquí retuvo incomunicados durante muchos años a cientos de saharauis por manifestarse contra la ocupación marroquí.

Tampoco tuvimos suerte en el Aaiún, y volvimos a Assa donde Ali Salem vio una salida a nuestra apurada situación económica en las elecciones municipales. Mientras tramitaba en la capital un documento requerido para su inscripción como candidato, fue apresado por las autoridades y así empezó su periplo por varias cárceles marroquíes. Primero fue una semana en Rabat, luego lo trasladaron a Casablanca, y finalmente a Inzigan. Bajo el cargo de

atentar contra la seguridad nacional, se celebró una farsa de juicio y fue condenado a dos años de cárcel y el pago de una multa equivalente a 1.000 euros.

Mientras tanto, a mí, sin medios para mantenerme, sólo me quedaba volver a vivir con mis padres en Guleimin. La mujer de una persona non grata para las autoridades, tampoco le era grata a ningún empleador. En la cárcel de Inzigan me tenían prohibido visitarle pero, con la esperanza de que cedieran por humanidad, viajaba con mi hija de Guelimin a Inzigan para poder verle. Según iban pasando las horas en la puerta de la cárcel, mi ánimo se convertía en frustración e impotencia. Sin embargo, no me podía permitir ceder al desánimo, sobre todo cuando comparaba su situación con la mía. Una vez, cansada de esperar, aproveché la entrada de un furgón y me colé, pero al instante los guardias me echaron sin contemplaciones. Después de Inzigan, se lo llevaron a Casablanca, y luego a Ait Melloul. En ésta, pudimos por fin visitarle. La conjunción de sentimientos al verle, me impidió valorar el momento largamente esperado.

Una tarde de junio de 2003, tras una visita a mi marido, mi hija y yo esperábamos el autobús que nos trasladaría a la ciudad. Un coche se acercó y bajaron dos personas que se identificaron como agentes de las fuerzas de seguridad. Nada más verles se me encogió el corazón. Me comunicaron que sólo querían hacerme unas preguntas en un lugar cercano, lo cual no contribuyó a tranquilizarme. No habían conseguido doblegar la voluntad de mi marido y querían presionarme para lograrlo. Su necia intención me provocó, sin poder evitarlo, una sonrisa amarga. El pánico me embargaba al pensar en las técnicas que pensaban aplicar conmigo, ahora que ya había podido saber sobre la tortura ejercida contra él. Anochecía y al negarme a acompañarles me forzaron a entrar en el coche, llevándome a una casa que parecía particular, no tenía ningún signo oficial visible. Subimos las escaleras y entramos en una sala donde esperaban tres hombres: Mbarek Arsalan, un alto responsable de los servicios secretos del gobierno de Marruecos y dos hombres más. Pronto, conocí y sufrí las técnicas temidas, un interrogatorio exhaustivo sobre las actividades de mi marido, so-

borno, intimidación, agresión sexual y finalmente la amenaza de muerte.

Al principio pude disimular el miedo y les contesté que no podía ayudarles en nada de lo que me pedían puesto que desconocía las actividades de mi marido. Insistieron en que era perentorio que les hiciera llegar información sobre cualquier acción en mi casa a partir de ahora y me ofrecieron una cantidad de dinero exorbitante para convencerme. Continué diciéndoles que, por razones de seguridad, mi marido no me hacía partícipe de sus actuaciones. Al encontrarse con la misma respuesta por mi parte, pasaron a la intimidación, añadiendo que si no quería que algún miembro de mi familia, incluyendo a mi hija, sufriera un accidente tenía que colaborar. Entonces, la serenidad aparente y el orgullo me abandonaron y sólo acertaba a decir que tenía miedo, como si no fuera visible por mis temblores, y que me dejaran abrazar a la niña. En el forcejeo para subir al coche, mi hija había perdido su sandalia preferida, y desde entonces no paró de llorar. Aparte de Mbarek Arsalan, yo conocía a otro de los interrogadores, que me siguió cuando me levanté a por ella. Me tocó por atrás y le di una bofetada. Seguidamente, uno de los que me habían traído en coche me estampó contra el suelo tirándome del pelo. Me desmayé. Cuando recobré el conocimiento estaban dándome palmadas en la cara para despertarme. Entre golpes, me desnudaron, y me violaron los cinco, uno tras otro. Finalmente, antes de salir, me amenazaron con la muerte si informara a alguien de lo ocurrido.

Mi voluntad de progresar ha borrado de mi memoria esos momentos. Sólo recuerdo un sentimiento mientras duró su agresión sexual, el deseo de que el llanto de mi hija siguiera siendo causado por su sandalia preferida y no por la atrocidad que estaba presenciando. No conozco todos los nombres de mis violadores, estoy investigándolo ahora, pero sus caras no se me borrarán fácilmente, máxime ahora que he decidido emprender acciones legales contra ellos.

Al acabar su fechoría me dejaron en un lugar cerca de donde me hospedaba. Por la mañana viajé a casa de mis padres y ahí me derrumbé. Permanecí en el hospital durante unos días por una bajada de presión, pero no le conté a nadie esa dolorosa experien-

cia. Varias fueron las razones. Principalmente las amenazas y mi temor ante su capacidad de cumplimiento, el estado de mi marido, la enfermedad de mi madre, y adicionalmente el orgullo, mi negativa a proporcionar más razones a la parte de mi entorno que nunca apoyó mi matrimonio.

Mi marido tampoco se enteró hasta que salió de la cárcel seis meses después en enero de 2004. Nunca lo supo de mis labios porque su huelga de hambre había tenido como resultado una parálisis parcial. Mi intención era evitarle a toda costa un dolor añadido. Se enteró más tarde por la única persona a la que se lo confié, convencida de su fidelidad, Husein Lidri, un amigo y compañero de mi marido, también hoy en la cárcel. Mis violadores habían urdido una trama para arruinar a mi familia y de paso la reputación de dos reconocidos activistas de derechos humanos. Inmediatamente después de la violación hicieron circular el rumor de que yo estaba liada con uno de los amigos y compañero de mi marido, El Mutaukil Mohamed, actualmente preso también. Al salir de la cárcel en enero de 2004, mi marido vino a Assa y la familia le hicimos una fiesta grande de bienvenida. Al término de la misma le pedí el divorcio y me lo concedió. Mis agresores habían logrado parte de su objetivo. Me volví con mis padres y él viajó al Aaiún.

El secreto me desgarraba pero no me atrevía a hacerlo público. Entonces, me propuse salir al extranjero para poder llevarlo a cabo. La concesión de un visado a cualquier país europeo era casi un milagro, con lo que elegí Mauritania. Necesitaba salir de Marruecos, no sabía hasta cuando podría seguir resistiendo. Con el visado para Mauritania concedido y las maletas casi hechas, tuve que posponer el viaje por razones familiares. En esos días, mi marido me visitó. La conciencia de Hussein Lidri pudo más que su promesa y terminó confiándole lo que me había pasado. Cuando empezó a indagar le amenacé con negar la historia si intentaba buscar justicia antes de que yo saliera del país. Sabía que esa afrenta a su familia, a su hombría en nuestra sociedad patriarcal no vengada, le iba a causar mucho dolor, de hecho enfermó, pero no podía permitir poner en peligro la vida de nadie.

Tiempo después, Ali Salem consiguió el visado a España para los tres. Me sorprendió la facilidad con que se lo habían concedido hasta que caí en la cuenta de que nos habíamos convertido en personas incómodas para el régimen, querían tenernos lejos y movieron todos los hilos para lograrlo. Desde Algeciras, fuimos de ciudad en ciudad española, recibidos por ciudadanos saharauis, hasta llegar a Mallorca, donde tengo hermanos. Éstos me ayudaron para viajar a Bélgica a ver a una hermana y permanecí allí hasta junio pasado que vine a Madrid. Después de un mes y diez días, Bélgica me rechazó la petición de asilo político.

Ahora estoy tramitando el asilo político en España, resido en un centro oficial, estoy estudiando español y mi hija va al colegio. Esta semana, el 30 de septiembre, cumple cinco años. No es una vida perfecta, pero será la mejor celebración de cumpleaños que he podido darle a mi hija en años porque he superado los fantasmas del pasado, porque he podido compensar las necesidades con los logros, pero sobre todo porque a mi hija le podré regalar un valioso presente, una sonrisa sincera, ya que partir de ahora no permitiré que nadie vuelva a decidir mi destino por mí.

A día de hoy el padre de mi hija sigue en la cárcel en una huelga de hambre que debilita día a día su salud. Pudo haberse quedado en España pero volvió decidido a proseguir su defensa de los derechos cívicos de las víctimas del sistema represor que se vive en Marruecos. A ese hombre de gran talla moral, que me contagió el espíritu combativo, el optimismo hasta en momentos imposibles, dedico este escrito.

En Madrid a 26 de septiembre de 2005

Guatemala

3, 2, 1... Voces de Mujeres al aire

*«Expresar lo que pienso,
lo que siento, lo que vivo cada día...
eso necesito para liberar mi pecho
que tantas palabras, tantas ideas aprisiona»*

Cecilia Alfaro

Ana Silvia Monzón*

Les invitamos a seguir con nosotras el itinerario que un grupo de mujeres inició, en junio de 1993, para crear un espacio de comunicación alternativa en la radio. Este «mapa de la memoria» ha sido elaborado con el apoyo de algunas de las integrantes y ex-integrantes del colectivo y recurriendo a los muchos papeles que ya tenemos acumulados.

Radio Universidad fue inaugurada en enero de 1992. Dentro de su programación tenía definido un espacio denominado «Área Femenina»¹ en el cual la locutora de la estación entrevistaba a

* Socióloga. Cofundadora y coordinadora de Creación Colectiva Voces de Mujeres.

¹ La dirección de la radio siempre asumió que las principales oyentes del Área Femenina eran 'amas de casa', por lo que el horario asignado fue de 9 a 10 de la mañana cuando, según ellos, las mujeres están en plena faena doméstica. Incluso se nos planteó varias veces que debían incluirse las 'famosas recetas de cocina' porque serían un 'buen gancho' para atraer la atención al programa. La realidad es que, efectivamente, nos escuchan muchas mujeres que por **diversas razones** están en sus casas en horario matutino, pero también nos escuchan otras en sus vehículos cuando van a su trabajo, y otras/otros en oficinas, tiendas de barrio, incluso muchas han planteado informalmente (por ejemplo en nuestra actividad

mujeres universitarias para dar a conocer su trayectoria. Una de sus invitadas fue Mariel Aguilar, Trabajadora Social y Socióloga. Hacia el mes de junio de 1993 el director de la radio planteó a Mariel la posibilidad de hacerse cargo de esa hora de programación que quedó *vacante* debido a la renuncia de la locutora asignada.

Mariel tuvo entonces la genial idea de convocar a varias mujeres con quienes venía compartiendo inquietudes relacionadas con la condición y situación de las mujeres guatemaltecas. A esa primera reunión asistimos, además de Mariel Aguilar, tres representantes del Grupo Guatemalteco de Mujeres–GGM: Ligia González, Olga Villalta y Ana María Xet; también Sandra Hernández y Ana Silvia Monzón a título individual. En principio, la posibilidad de contar con un espacio para la expresión resultaba atractiva, casi vital, porque todas, de una u otra manera, estábamos en esa búsqueda de comunicar y comunicar-nos. Y ese despertar, como dice Adrienne Rich, fue «una realidad colectiva, ya no un fenómeno tan aislado» gracias a la generosidad de Mariel.

Recordemos, para ubicar esa iniciativa en su justa dimensión, que no habían transcurrido ni diez años del inicio de la transición democrática en Guatemala; que el momento político era muy convulsivo porque recién se había dado la intención de un «golpe de estado técnico» por parte del presidente J. Serrano Elías (mayo 1993); y que las negociaciones para alcanzar la paz estaban en un impasse. Los grupos de mujeres eran incipientes y la toma de las calles por parte de las mujeres apenas se vislumbraba.

Los acuerdos de esa primera reunión fueron: a) que se transmitiría una hora diaria en la radio, para lo cual se formó un equipo responsable para cada día; b) para mayor facilidad de producción, se definieron cinco grandes áreas: salud física y mental; ecología; historia y cultura; justicia y política y sociedad.

Otro compromiso fue incorporar a otras mujeres a este proyecto. En una segunda reunión el grupo se amplió. Se conformaron de aniversario, 2002) que desearían escuchar el programa en otro horario porque 'se lo pierden' a causa del trabajo.

los equipos responsables: Mujer y Salud: Ligia González, Lucrecia Vicente, Ana María Xet y Olga Villalta. Mujer y Ecología: Patricia Orantes, Cecilia Morales y Carla Ramírez. Mujer, Historia y Cultura: Ana Silvia Monzón, Norma García Mainieri, María Antonieta García y Ofelia De León. Mujer y Justicia: Malvina Armas; Mujer, Política y Sociedad: Mariel Aguilar y Megan Thomas.

En el marco de las tardes lluviosas de finales de junio, como nos recuerda Malvina, discutimos entre otros temas el nombre del programa y del grupo, así como el tipo de programa que se realizaría. Barajamos «Tribuna o Trinchera Feminista» (¡no, no, se van a asustar!). Y es que desde el inicio, aunque nuestro denominador común ha sido el feminismo, nuestras perspectivas han sido diferentes, desde las más radicales hasta las más *livianas* lo cual, que conste, nos ha enriquecido mucho. Ahora bien, como nuestra pretensión era, al decir de Ligia González, «*verbalizar y levantar temas más allá de nuestras amigas y grupos donde circulábamos*», teníamos que pensar en un nombre entre sugerente y transgresor.

Por fin llegamos al consenso: el programa se llamaría **Voces de Mujeres** —que expresa unidad en la diversidad y sentido de pluralidad. Asimismo, decidimos que el grupo alrededor de este proyecto se denominara Creación Colectiva. Para las integrantes de Creación Colectiva, el campo de la radio era inédito y los elementos, ahora rutinarios, en los primeros días parecían algo misterioso. Preguntando aquí y allá a personas que ya tenían alguna experiencia, llegamos a definir que el formato del programa sería el de una radio revista, con tres secciones fijas: **informativa**, para dar a conocer actividades de los grupos de mujeres y comentar, desde nuestra perspectiva, las noticias de los periódicos; **mujer en el arte**, porque sabíamos que los aportes, sobre todo de las escritoras, han sido invisibilizados; **las mujeres toman la palabra**², que era y continúa siendo nuestro segmento estrella porque allí presentamos entrevistas en vivo con mujeres diversas.

² Luego de varios años decidimos cambiar este nombre a LAS MUJERES TENEMOS LA PALABRA porque ya nos sentimos más 'dueñas' de la misma, aunque los patriarcas nos recuerdan, de tanto en tanto, que debemos seguir luchando por 'tomar la palabra'.

En **Voces de Mujeres** nos anticipamos a la discusión acerca del carácter multicultural y plurilingüe de la sociedad guatemalteca, ya que por ejemplo, en 1993, realizamos una serie de programas para visibilizar la diversidad sociocultural de las mujeres de los cuatro puntos cardinales de nuestro país.

En la marcha aprendimos cuestiones básicas para la elaboración de guiones radiofónicos y nos lanzamos al aire -con muchos nervios y ninguna práctica, el 12 de junio de 1993. Los programas de la primera semana al aire fueron: en el espacio de salud, Salud Integral; en el de historia y cultura, ¿Qué es la identidad?; en el de mujer y justicia, Igualdad legal de la mujer y el hombre frente a la ley; y en política y sociedad, Entrevista con Doraldina Lara, cooperativista.

Enfrentamos varias dificultades. Algunas derivadas de nuestro desconocimiento del trabajo en radio: ¿cómo hablar? ¿Cómo controlar los nervios? ¿Cuál música incluir? ¿Cómo se estaría recibiendo nuestro mensaje? Y otras relacionadas con la incompreensión o la incomodidad ante nuestros temas y las nuevas formas de abordarlos. Algunos consideraban que estábamos siendo demasiado desafiantes y atentando contra el *orden establecido* entre los géneros. Así y todo continuamos. Ahora creemos que las exigencias y los cuestionamientos que se nos han hecho han contribuido a mejorar nuestro trabajo. A lo largo de esta década hemos reafirmado el perfil inicial de **Voces De Mujeres** como un programa radiofónico producido por un grupo de universitarias, *estudiantas*, docentes, y profesionales activas, quienes desde distintas especialidades hemos construido un espacio de expresión dirigido a mujeres y hombres.

Asimismo, nuestro propósito básico continúa en la línea de «informar e intercambiar ideas relacionadas con las condiciones de vida y las expectativas de las mujeres en la sociedad guatemalteca, atendiendo al carácter pluricultural de la misma. Tomando en cuenta que uno de los rasgos característicos de la situación de las mujeres es su escaso acceso a la palabra, a los espacios donde pueda expresarse. Por esta razón **Voces De Mujeres** constituye

una tribuna importante, no sólo para quienes lo producimos, sino para quienes se han identificado con este programa».

El caracol que comunica a las mujeres

Caracol: medio de conservación y transmisión de sonidos, representa el micrófono y, por extensión, la radio».

Isabel Garma

«Me gusta más la radio, porque por radio veo paisajes más lindos»

Niño citado por Eduardo Galeano

Comunicar indica unión, comunión, tener en común. Este verbo compromete a establecer un vínculo a compartir algo (López Vigil, 1997:50). Efectivamente en Voces de Mujeres nosotras hablamos y otras/otros escuchan, pero también ellas/ellos hablan y nosotras escuchamos. A lo largo de diez años nos hemos *comunicado* porque existen oídos y mentes interlocutoras (no simples receptoras) y esa energía que fluye se siente, de lo contrario no habría magia o, para decirlo técnicamente, no habría retroalimentación.

María encontró un caracol a la orilla del mar y cuando se lo acercó al oído «comenzó a escuchar ecos lejanos... voces, sí, voces diferentes que le hablaban a ella, la mujer solitaria e incomunicada: las voces de la salud, de la justicia, voces que contaban historias de mujeres, de su amor a la naturaleza, a la vida... eran las Voces de Mujeres. María arrojó el caracol al agua y éste, navegando y rodando por mares y plazas, comunica a todas las mujeres del mundo».

Síntesis del radioteatro «El Encuentro de las Voces» escrito, en 1994, por Isabel Garma

Como dice María Antonieta, *«en millones de segundos, minutos por las ondas de la radio, se ha enviado el mensaje liberador ... han sido miles de estrellas con voz que han dado vida a la vida ... pléyades irradiadas a distintos espacios entrelazando milenios».*

En este espacio-tiempo, son muchas las relaciones que hemos establecido: con estudiantes, amas de casa, jubiladas, trabajadoras de casa particular, oficinistas, académicas, abogadas, médicas, religiosas, escritoras, políticas, activistas sociales, teólogas, feministas, hombres solidarios, maestras, vendedoras, sindicalistas, funcionarias, extranjeras, mujeres del campo, de la ciudad, indígenas, garífunas, mestizas... muchas y muchos nos escuchan, con cientos de ellas hemos conversado ya sea en la cabina de radio o por teléfono, o nos hemos comunicado vía correo electrónico.

Con muchas nos hemos reunido en los varios espacios convocados para celebrar nuestros aniversarios, hemos reído, nos hemos emocionado, incluso hemos llorado cuando compartimos pesares, a veces hemos podido ayudar, en otras ocasiones nuestras fuerzas no alcanzan. Pero, quienes nos acompañan saben que hacemos nuestro trabajo de manera *genuina y transparente*, aunque a veces, humanas que somos, nos equivocamos.

De las muchas amistades que hemos ido forjando destacaremos algunas porque el espacio no nos da para mucho. En primer lugar nombramos a Martha de Flores, ella es oyente de Voces de Mujeres desde el inicio del programa: nos acompañó en el dolor de la muerte de nuestra compañera Norma García hace cinco años, ahora nos comparte su propio pesar por la enfermedad de su hija. De cuando en cuando llama por teléfono para *reportarse*, hacemos observaciones o nos envía mensajes escritos como este:

Sra. Ana Silvia Monzón

Pte.

Querida Ana Silvia:

Me da gusto saludarla por este medio. Sé que uds. apreciaron mucho a Mayra, por esa razón envió algo que ella me inspiró.

Un abrazo cariñoso para todas las abejitas que cuidan tanto nuestro panal. Martha de Flores

«Mayra la luz que un día dejaste marcó nuestro camino, jamás se apagará, no perderemos el rumbo. Viva estás en la memoria de la patria madre, mujeres a quienes honraste jamás te olvidarán. Serás la siempre viva de tus compañeras y de nuestra patria».

Haremos un alto en esta vereda del camino de la memoria para explicar el porqué de esta nota ya que algunas personas, como doña Martha, han *conocido* a Mayra a través de nuestro espacio radiofónico: Mayra Angelina Gutiérrez es una amiga, docente, trabajadora, que ha participado en varios espacios de mujeres tanto dentro como fuera de la Universidad de San Carlos. Desde el 7 de abril de 2000 desapareció, no se sabe de su paradero. Este hecho nos ha consternado, nos ha hecho volver a sentir esa atmósfera de represión que se creía superada. Desde la fecha de su desaparición forzada dedicamos unos minutos en nuestro programa para tenerla presente, y junto con su nombre convocar a tantas mujeres y hombres que han desaparecido o muerto en la larga noche de violencia, que es parte de nuestra historia como país. Es una forma de expresar un **no a la impunidad, un sí a la vida**, es un espacio donde se *prohíbe olvidar*.

Estas experiencias de *comunicación* se suman a otras como la de Aura Marina, joven capitalina quien en una ocasión (octavo aniversario de Voces) contó públicamente su experiencia de cambio personal a través –en parte– de la sintonía con Voces de Mujeres.

Éstas son algunas de las historias más cercanas, hay otros nombres: Susi, joven trabajadora a quien conocemos sólo por teléfono pero que ha compartido sus inquietudes, problemas, sueños con nosotras. Argentina, quien recientemente llamó para contarnos: «yo era una mujer sumisa, mi esposo me motivó para que escuchara su programa y yo he despertado».

Tanto quienes escuchan como quienes comparten con nosotras *en vivo* nos han enriquecido personal y colectivamente. Gracias a todas y todos.

Historias como la de doña Isabel Cruz, son las que le dan sentido a nuestro esfuerzo para continuar ‘lanzando el caracol con las Voces de Mujeres’. Su impresionante desarrollo, al igual que el de Aura Marina, es un ejemplo que le hemos pedido compartir con nosotras y con ustedes:

Programa Voces de Mujeres
Radio Universidad

Amigas:

El motivo de esta carta es para contarle que desde hace 6 años escucho su programa. Inicio escuchándolo un día miércoles, en ese momento yo estaba sufriendo mucha violencia intrafamiliar, ese día estaba lavando y tenía un radio cerca de mí cuando escuché el programa Voces de Mujeres, ese día hablaron de la violencia intra-familiar el cual era el mismo problema por el que yo estaba pasando, desde ese día empecé a escuchar su programa.

Desde ese momento yo empecé a buscar grupos de mujeres para poder buscar ayuda e integrarme y encontré el sector de mujeres donde actualmente estoy participando como mujer organizada y a la vez actualmente ahí estoy trabajando.

Le agradezco mucho a usted y a su programa y a la vez a Radio Universidad por el espacio que se le proporciona a estos programas que son de mucho interés para nosotras las mujeres, porque gracias a ello yo he podido salir adelante, ya que soy madre soltera, me separé de mi esposo, pero su programa y sus consejos me han dado la pauta de adquirir nuevos conocimientos y experiencias para seguir desarrollándome como mujer.

Sin más que agregar y agradeciendo de antemano la atención prestada a la misma me despido de usted.

Atentamente,

Isabel Cruz

(transcripción textual)

Estas vivencias nos permiten afirmar que las Voces de Mujeres sólo son libres –se liberan- cuando otra mujer las escucha y reproduce... se comunica con otras mujeres. Esto viene a significar una nueva forma de poder –no entendido como el dominar o controlar- sino como la aspiración a tener el poder de la autoafirmación en la convivencia con las/los otros. La experiencia de Voces de

Mujeres, creemos, es única, porque a partir de las diferencias: edades, especialidades, experiencias vitales, se ha construido un espacio que ha impulsado, al nombrarlos, los saberes y haceres de las mujeres –organizadas o no–, quienes desde distintos ámbitos de acción dan cuenta de los avances que, en este país tan golpeado y convulsionado, vamos teniendo las mujeres.

No es nuestra pretensión magnificar nuestro quehacer, pero sí mostrar a ustedes mujeres que el asumir el reto de que *nos crezcan las ideas* y las expresemos puede facilitar el camino. Continuemos el encuentro de las **VOCES DE MUJERES**.

Colombia

Ésta es nuestra linda historia

Beatriz Bonilla*

Mi nombre es Beatriz Bonilla y en las próximas líneas les voy a hablar acerca de la historia de nuestra organización. Para empezar les diré que el escenario de esta historia es rural, pues se desarrolla en un pequeño corregimiento perteneciente al municipio de Yumbo, llamado San Marcos, muy cercano a la ciudad capital del departamento del Valle del Cauca en Colombia, Cali, llamada también la «capital de la salsa».

Contarles nuestra historia como organización de mujeres, pasa por recordar las cosas que nos han sucedido desde que decidimos organizarnos en 1998, y que nos han tocado vivir, para bien y para mal, aunque viéndolo ahora no se puede negar que ha sido más para bien. He de decir que la idea de agruparnos no fue propiamente nuestra, fue de la Alcaldía, pero nos sonó y la pusimos en acción. No teníamos ni idea de cómo funcionaba una organización y menos de mujeres, pero nos animamos y le pusimos decisión. En ese momento no alcanzábamos a imaginarnos cuánto nos cambiaría la vida. Empezando porque nuestros maridos decían que *«eso de juntarse era perder el tiempo, que había cosas por hacer en la casa y que eso se prestaba para chismes, porque las mujeres para chismosas sí servíamos...»*

Como ven, todo empezó con una de las tantas buenas intenciones de nuestros gobernantes. Al alcalde de turno se le ocurrió pensar que en Yumbo había muchas mujeres cabeza de familia con

* Es presidenta de la Asociación de Mujeres Progresar San Marcos, en Colombia.

demasiados hijos y gran cantidad de necesidades, y que había que capacitarlas para el trabajo, «volverlas productivas». Por eso se le ocurrió «formar Grupos de Mujeres Cabeza de Familia» a todo lo largo y ancho del municipio y fue así como nos capacitaron en preparación y conservación de mermeladas. Eso sí, con la promesa de que una vez finalizada la capacitación recibiríamos una donación para la dotación del sitio en el que desarrollaríamos nuestras actividades productivas. Generar ingresos y trabajo para mujeres como nosotras, con todas las necesidades por resolver, sin capacitación, con dificultades económicas y sin suficiente información, requería intenciones del alcalde local «de más largo aliento», y al alcalde se le acabó el aliento en el primer intento. Así es que se inventaron cualquier razón para no volver a San Marcos y el proyecto del alcalde y sus actividades terminaron. Ante esto, la mayoría de las mujeres optaron por dispersarse; sin embargo, nosotras, denominadas ahora «PROGRESAR», continuamos adelante. De 32 mujeres negras y mestizas, de entre 20 y 50 años, que habían acudido animadas a este llamado, quedamos aproximadamente 15. Se fueron sobre todo aquellas mujeres que venían de veredas cercanas porque sintieron que perdieron su tiempo y con ello aumentó su desconfianza eterna en el gobierno. Las que quedamos construimos nuestro primer gran aprendizaje: «si queremos salir adelante y PROGRESAR, debemos organizarnos, saber qué queremos, buscar nosotras mismas los recursos y sólo así no nos volverán a utilizar, ni a engañar, ni a imponer los planes de «otros» que no nos conocen y que nunca nos preguntaron qué queríamos.

Fue entonces que descubrimos que teníamos sentido del humor, que nos gustaba conversar de nuestras cosas y que queríamos tener amigas. Además, como sólo habíamos salido de la casa para hacer «Vueltas» para la familia, incluimos en las actividades del grupo paseos a los cuales empezamos a invitar a la comunidad cobrándoles una cuota que nos permitió ir haciendo un fondo económico para nuestra Asociación. No perdimos de vista que nuestra necesidad económica era apremiante, que requeríamos capacitación y dinero para sostener a nuestros hijos(as). Lo que ganaban

nuestros maridos no alcanzaba y, además, muchas de las compañeras vivían solas con sus hijos(as), pues sus maridos se habían marchado.

Recuerdo que desde el principio nos ha acompañado un gran sueño: contar con una empresa que genere empleo no sólo para las integrantes de la asociación sino para otros(as) habitantes del corregimiento y por eso se nos cruzaron por la cabeza muchas ideas. Entre ellas, me acuerdo, la de criar pollos, la de poner una panadería, la de sembrar, y mientras soñábamos seguíamos haciendo lo que más sabíamos hacer: vender fritanga. Entre una idea y otra empezamos a gestionar capacitaciones con diferentes instituciones y tuvimos contacto con varias... déjenme recordar... ¡ah sí!... con la Umata, con Indeval, con Cenco, con Fundaempresa, con la oficina de Programas Especiales de la Alcaldía de Yumbo y con el SENA. De todas estas instituciones hemos obtenido algún beneficio, ¡de unas más que de otras eso sí!, pero así es en todo ¿o no? Para la muestra un botón: en medio de todo aprendimos a tener las cuentas claras, a manejar los poquitos pesos que íbamos haciendo con nuestras actividades y a contarle al grupo cuanto teníamos y en qué lo invertíamos. De esta manera nos ganamos la confianza entre compañeras y nos dimos cuenta que ¡podíamos manejar plata!

A pesar de que nos sentíamos bien en el grupo, nos parecía que no era suficiente lo que estábamos haciendo si realmente queríamos PROGRESAR, ser dueñas de nuestras vidas y tener lo que necesitábamos para vivir dignamente. Así es que cualquier día nos topamos con una funcionaria de una entidad que les estaba enseñando a hombres de la comunidad que participaban en un proyecto y le preguntamos que si ella podía capacitarnos a nosotras también. Ella nos miró y con una sonrisa nos dijo: «Mi institución no puede, no trabajamos lo que ustedes necesitan, pero les voy a averiguar». Y cumplió, porque a los días vino con unas mujeres que sí apoyaban a organizaciones de mujeres y que pertenecían a una ONG llamada CAMI.

Aquí empieza otro importante momento en nuestra historia. CAMI lo primero que hace es preguntarnos quiénes somos, qué queremos, qué sabemos hacer, para qué queremos organizarnos y

nos cuenta quiénes son ellas, qué hacen y hasta dónde llegan. Ellas dijeron: «No les vamos a regalar nada, pero haremos todo lo que sabemos para que sean un grupo autónomo que pueda buscar sus propios recursos para solucionar sus necesidades y mantenerse». Nosotras con mucha alegría sentimos que eso que ellas nos estaban diciendo que hacían con otras mujeres encajaba con lo que nosotras queríamos. Así es que un año después de esa visita regresaron las CAMIS a decirnos que ya habían obtenido los recursos para iniciar un trabajo en esta zona y que nosotras éramos las primeras en entrar en el proceso. También nos dijeron que para saber qué queríamos hacer, cuánto nos costaba, en cuánto tiempo... debíamos hacer un proyecto que contuviera nuestras necesidades y nuestros sueños como mujeres de la zona rural del municipio de Yumbo y así fue que en varios talleres de todo un día, formulamos el proyecto.

¡Qué gran oportunidad! El hecho de que alguien nos tomara en serio, que nos tuviera en cuenta, nos tratara con respeto, nos invitara a sitios donde jamás habíamos entrado y ser atendidas por otras personas. El hecho de asistir a capacitaciones donde nos explicaban cada cosa sobre nosotras, sobre los derechos, sobre sexualidad, sobre los problemas de las mujeres en el municipio y en el país... poder decir lo que se nos ocurría en medio de tantas mujeres, preguntar, conocer a otras mujeres con problemas parecidos a los nuestros y con las mismas ganas de salir adelante, fue muy importante para nosotras. Todo esto nos hizo sentir confiadas y más cerca de la meta que nos habíamos propuesto, la meta de organizarnos como mujeres en el Corregimiento.

Antes de conocer a las CAMI, para nosotras no eran de uso cotidiano palabras como «derechos». Sabíamos que existían pero no los conocíamos, no nos decían nada. Nuestra vida se limitaba a lamentarnos por las necesidades económicas, a mantener la casa limpia, la ropa lavada, la comida lista... todo esto para los hijos y el marido, en el caso de las que lo tenían. Nosotras, como mujeres, no aparecíamos por ningún lado, si acaso como la «mamá de» o la «mujer de»... ¿qué queríamos? ó ¿cómo nos sentíamos haciendo estas cosas todos los días? no era importante, es más, ¡ni siquiera lo habíamos pensado! Ni siquiera nuestra imagen física

era motivo de preocupación pues con andar limpias era suficiente. Pensar en cómo nos llevábamos con el marido y con los hijos(as), sí que menos... ¡eso era un asunto aparte y de cada quién!

Haber tenido todas estas experiencias, conocer a estas personas, ser juiciosas con las responsabilidades que adquirimos con las instituciones con las que nos hemos relacionado, ha hecho que hoy tengamos una visión muy clara como grupo de mujeres. Hoy somos una organización reconocida por lo que hacemos con la comunidad pues resulta que nosotras no nos quedamos con lo que CAMI nos aporta, sino que lo transmitimos a hombres y mujeres de San Marcos, haciendo actividades como videos, foros y charlas que nosotras mismas damos, aunque con todos los miedos que aparecen cuando una habla en público. Pero las cosas han salido bien. Los hombres y las mujeres nos respetan y nos animan para que sigamos haciendo lo que hasta ahora hemos hecho. Nuestro proceso no sólo ha hecho visible a la mujer fuerte que teníamos dentro y que desconocíamos, también ha mejorado la calidad de vida de nuestras familias, porque ahora entendemos que esto que tanto repiten «los doctores politiqueros» tiene que ver con lo económico, pero que no es lo único, que en eso de la calidad de vida, juegan la capacitación, las habilidades que hemos desarrollado, los talentos que hemos ido descubriendo cada una en sí misma y en sus compañeras de grupo.

Olga, por ejemplo, dice que la calidad de vida tiene que ver con ser alguien y no sólo con dedicarnos al hogar y a los hijos, y yo pienso que ¡por supuesto!, pero que también tiene que ver con las relaciones con los hijos y el marido. Antes, todo lo resolvíamos a los golpes, con insultos, ironías, indirectas y hasta con grandes silencios. Entre nosotras la palabra diálogo era una palabra que sólo tenía que ver con la guerrilla y el gobierno para dejar de darse bala, ahora el diálogo nos dice más cosas, por ejemplo lo vemos como el camino para entendernos, para comunicarle a los nuestros lo que queremos y cómo lo queremos para poner límites, para compartir sueños, ideas y pensamientos, para manejar los problemas.

Formar parte de PROGRESAR es de las mejores cosas que nos ha pasado. Lo que más nos gusta del grupo es que hemos

aprendido a convivir, a hacer amistades y a compartir con las demás personas. El grupo ha sido una permanente oportunidad de superación, de aprendizaje en todos los sentidos, y tenemos mucho que agradecerle a él, pues como dice Fabiola: *«Nos gusta que gracias al grupo hemos aprendido a hacer lo que sabemos, a mejorar la autoestima. Hemos tenido la oportunidad de estar con otras instituciones, con CAMI. Si me hubiera estado en mi casa no habría tenido esta oportunidad»*.

También hemos visto cómo, poco a poco, por nuestras acciones hemos ido ganando reconocimiento por la comunidad y por la Alcaldía. Y es que les cuento, no nos hemos quedado mirándonos el ombligo –como diría Janet- ¡no!... nos han empezado a interesar otras cosas, como por ejemplo el desarrollo del municipio... ¿para dónde va? ¿cómo piensa resolver nuestras necesidades? ¿cuáles son las posibilidades reales que tenemos como mujeres rurales de ser tenidas en cuenta a la hora de repartir los recursos? ¿hasta dónde se aplican las leyes que buscan que tanto hombres como mujeres tengamos las mismas oportunidades? En fin, esto de lo público nos gusta y participamos cada vez que tenemos la oportunidad de hacerlo.

¿Que si hemos crecido? ¡claro que sí! El saber quiénes éramos como mujeres nos ha permitido saber quiénes somos hoy y qué queremos como organización, nos ha permitido valorar lo que somos y sabemos hacer, a tal punto que en este momento sabemos que lo nuestro es el dulce, o dicho el lenguaje típico, el mecato. Aquí les cuento otro gran momento en nuestra historia de superación personal y grupal. Resulta que nuestras madres y abuelas toda la vida han hecho dulces de manera muy artesanal, en los patios y en pailas de cobre. Son deliciosos y se hacen con frutas y productos que se dan en la zona. El Valle es un departamento que produce azúcar y tiene una gran variedad de frutas y nuestras ancestas supieron aprovechar esto inventándose una gran cantidad de recetas para endulzar el paladar de sus hijos, nietos, maridos y hasta vecinos. Pues resulta que cualquier día fuimos invitadas como grupo, por una institución que asesora procesos con micro empresarios, a formar parte de un proyecto que tenía como propósito rescatar el «mecato típico vallecaucano». La idea fue

que a través de una producción en cadena, que además de integrar a los proveedores de insumos y de capacitar a los grupos de mecateras en lo socio-empresarial y en mercadeo, se fuera formando en cada ciudad donde existieran estos grupos de mujeres mecateras una ruta turística, lo cual permitió recuperar la tradición y generar ingresos para las mujeres y sus familias. Pues... ¡imaginan bien!, PROGRESAR, también decidió apostarle a este gran reto.

Esta experiencia nos permitió, en primer lugar, conocer otras instituciones y otros grupos dedicados a generar ingresos. Aprendimos cosas como eso de la calidad del producto, la presentación, el mercadeo, la comercialización... dizque atención al cliente, costos, planeación de la producción, muchas cosas... un poco de palabras raras, pero que no por raras nosotras no entendiéramos. A estas alturas, ya muchos conceptos y cosas eran más fáciles de entender. Es así como nos metimos a producir en un primer momento manjar blanco y brevas, después pedimos que nos enseñaran a hacer otros dulces para poder ser más competitivas y ahí sí fue. Aprendimos a hacer una variedad de dulces como dulce cortado, manjar de queso, arequipe, cocadas, manjar de guanábana, panelitas, cuaresmeros, sellos de manjar blanco, y tortas. Además, continuamos preparando tamales, almuerzos y refrigerios como actividades productivas alternas. Contábamos con una clientela fija y luego probamos en los supermercados de cadena. Esto sí fue algo completamente distinto a lo que habíamos hecho antes. Tuvimos que organizarnos en el grupo para que mientras unas compraban los insumos, las otras produjeran el dulce y las otras vendieran. Eso puso a prueba el convencimiento de lo que el grupo realmente quería hacer. Algunas compañeras se retiraron pues no resistieron el trabajo y la exigencia en esta nueva etapa. Nos da tristeza, aunque no nos sentimos desmotivadas, porque sentimos que las que estamos tenemos mucha claridad sobre los propósitos que tenemos y cada una sabe por qué está en el grupo. Eso es importante cuando una organización de mujeres decide caminar en busca de sus sueños. Esta experiencia nos mostró que como mujeres microempresarias también podemos. Desarrollamos habilidades, aprendimos nuevas cosas y crecimos en este aspecto

tan fundamental para generar ingresos... ¡pero sobre todo, nos pusimos nuevas metas!

Resulta que hasta ahora el dulce lo realizamos en el «solar de mi casa», como dice el dicho, y eso es un problema para que los supermercados nos compren de manera constante, porque los alimentos deben producirse bajo ciertas reglas para obtener licencia y los podamos vender en cualquier parte. No pensamos quedarnos así siempre. Tenemos problemas de mercadeo, no hay a quién vender. Perdemos continuidad para producir porque los productos los tenemos que fiar. Participamos en las ferias de San Marcos y en el Paso De La Torre vendiendo nuestros productos, pero no es suficiente. Le estamos apostando a un gran Centro Productivo que se llamará Centro de Capacitación, Producción y Mercadeo de Mecato típico San Marcos. ¡Ése es ahora nuestro gran sueño!, un Centro en el que podamos trabajar todas y además generar empleo para las mujeres del corregimiento. ¿Sí ven?... dije ¡las mujeres y no la comunidad!, porque eso de pensar que cuando decimos estas «palabras mágicas» que dicen todo y no dicen nada nos estamos incluyendo las mujeres, es una trampa en la que ya no caemos... eso es ya cosa del pasado. Aunque si me preguntan cómo lo hemos conseguido, tengo que decirles que no fue fácil, nos costó mucho porque toda la vida habíamos estado invisibilizadas... ¡nos tocó desatar muchos nudos! Aprender a confiar en nosotras mismas, en la importancia de nuestra palabra, pero estamos aquí hoy, orgullosas de contarles que gracias a este proceso muchas de nosotras, y me incluyo, superamos graves problemas personales que estaban afectando nuestra vida como mujeres. Para ponerle «patitas» a nuestro sueño, hemos realizado un proyecto que pensamos enviar a diferentes partes en busca de apoyo.

También tenemos que decir que tenemos dificultades, no todo es color de rosa. Algunas compañeras no entienden que los compromisos del grupo son parte de nuestra vida cotidiana y no debemos abandonarlos por otras cosas, a no ser que sean cosas realmente importantes. Hemos analizado y todas somos mujeres cabeza de hogar y debemos trabajar, por lo tanto no le pueden dedicar todo el tiempo al grupo. Yo, como presidenta, también he tenido que revisar mi «maternalismo», como dicen las CAMIS, y en-

tender que cada una aporta de acuerdo a su interés, a su compromiso y que no tengo por qué buscarle excusas a nadie para que se quede en el grupo si no se esfuerza lo suficiente. Esto me costó lágrimas, arrugas y canas, pero siento que valió la pena pensarlo y actuar, ahora el grupo se ve y se siente más equilibrado.

Por último, quiero decirles que entre todas las cosas buenas que nos han pasado por estar organizadas, está la de formar parte de la creación y fortalecimiento de una Red de Mujeres en Yumbo. Empezamos juntándonos varios grupos de mujeres que siendo asesorados por CAMI nos pusimos a discutir eso del género y las políticas para las mujeres y entendimos que la única manera de que nos «paren bolas» en la administración municipal y de que avancemos como mujeres es aliándonos con otros grupos de mujeres. Éste es un camino también largo y tiene sus riesgos, pero los asumimos y estamos ahí aportando y conectando al grupo con lo que allí se hace para que nos sintamos parte de este nacimiento. La Red tiene un programa de radio y me eligieron a mí como una de las integrantes del comité que hace el programa radial cada ocho días viernes. El programa se llama «Nuestra Cara» y ha gustado mucho. Hemos tenido que investigar, aprender a preguntar, modular la voz, vencer el miedo al micrófono. Pero estamos seguras que ése es el camino y aunque requiere que estemos cada vez en más actividades le apostamos a esto. Haberle ayudado a dar forma a una Red de Mujeres en un municipio como Yumbo, nos ha parecido importante porque como dice Benilda: «La Red ayuda a movilizar los grupos de mujeres y las acciones de la Red nos incluyen a todas».

Y ésta es nuestra historia sin colorín colorado, sino con un largo camino que continúa siendo labrado.

Honduras

Una experiencia de empoderamiento de mujeres

Aminta Navarro*

La posibilidad de empoderamiento de las mujeres es tan diversa, como diversas son sus necesidades. Por las condiciones de vida cotidiana, por la poca o casi ninguna satisfacción de sus necesidades de servicios básicos, así como por la casi inexistente o nula información, las mujeres demandan la satisfacción de sus necesidades prácticas de género que están ligadas a la reproducción de la familia y su salud; las necesidades estratégicas son vistas cuando ellas han avanzado en la construcción de su identidad como mujeres y como ciudadanas, con pensamiento propio. Éste es un largo proceso que, apoyado en objetivos políticos claros y técnicas metodológicas adecuadas, es posible alcanzar. Es así que el empoderamiento es un proceso, generalmente desigual, según experiencias.

El empoderamiento de conocimientos, de prestigio social y la valoración del trabajo comunitario de las mujeres son fundamentales y éste da lugar a un empoderamiento económico con mayor solidez, teniendo la capacidad de comprender y entender su condición de inequidad social, económica y política dentro de la sociedad, así como la firme esperanza de que cambiar la misma es posible. Empoderarse tiene sus costos: reconocerse como mujeres que, por las diferentes situaciones históricas, coyunturales,

* CIPE (Centro de Investigación, Planeación y Evaluación)

culturales, no sólo viven subordinación, sino que han perdido la confianza en sí mismas y no resulta agradable el reconocerse *oprimidas*; no siempre se quiere aceptar el desafío que ofrece un proyecto para cambiar la forma en que la vida de las mujeres se ha venido desarrollando. El empoderamiento genera en las mujeres confianza en sí mismas, reconocimiento social de las organizaciones comunitarias y de los líderes municipales (Alcaldes Municipales) y las coloca en un nivel de mayor igualdad respecto de las organizaciones –tradicionalmente masculinas.

Antecedentes institucionales

El Centro de Investigación, Planeación y Evaluación CIPE-Consultores, es una organización sin fines de lucro que nace en enero de 1992, como respuesta a grupos organizados del área urbana y rural, así como de campesinos/as, ONGs y OPDs que buscan alternativas metodológicas, conceptuales y de investigación que les proporcionen elementos para orientar mejor sus estrategias de desarrollo en la búsqueda de la igualdad entre hombres y mujeres y disminuir la injusticia social en el contexto hondureño y centroamericano. Por mandato de Constitución, CIPE establece que los puestos de posición de toma de mayores decisiones deben de ser ocupados por mujeres, con el propósito de crear las oportunidades de empoderamiento y capacitación de las mujeres que trabajan dentro de la institución. Ofrece servicios de investigación y asesoría para la organización comunitaria a fin de desarrollar destrezas en los beneficiarios y beneficiarias que faciliten y fortalezcan las capacidades para la ejecución de los proyectos productivos, económicos, educativos y sociales, a fin de contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de las mayorías populares hondureñas.

Contexto del país

De acuerdo con el último Informe sobre Desarrollo Humano en Honduras 2001, publicado por el PNUD, Honduras ocupa el lugar 116 entre 173 países del mundo. El Índice de Desarrollo Hu-

mano actual de Honduras es de 0,638, lo ubica, en el contexto Latinoamericano y de El Caribe, sensiblemente por debajo del promedio de la Región (IDH 0,767) y que supone un retroceso con respecto al año pasado (107, 0,657). La insuficiencia del Desarrollo Humano en Honduras respecto al global de la Región se da, sobre todo, en términos de educación e ingresos: según el informe del año 2001, del que se tiene mayor análisis, la insuficiencia de Honduras en Educación es del 32% y en ingresos del 70%.

La tasa de mortalidad se sitúa en el ocho por mil, mientras que la tasa global de fecundidad alcanza los/as 5,4 hijos/as por mujer. Sin embargo, la información procedente de zonas rurales y recogida por el informe «Estrategia para la Reducción de la Pobreza», elaborado por el Estado hondureño, muestra que el número de hijos/as por mujer en las zonas rurales del país oscila entre 6 y 7 hijos/as.

Los altos índices de pobreza y exclusión de los servicios sociales prevalecientes aún con fuerza en las zonas rurales, especialmente en las zonas sur, centro-sur y occidentales del país, las han convertido en zonas de rechazo poblacional constante siendo la corriente migratoria predominante la urbana-urbana, que tiene como principal destino los polos urbanos más importantes, Tegucigalpa, capital del país y San Pedro Sula, segunda ciudad más importante económica y poblacionalmente.

Respecto a la situación medio ambiental, la deforestación actual del país constituye el problema ambiental al que se debe otorgar la mayor atención prioritaria. El Desarrollo de actividades de subsistencia en suelos con vocación forestal guarda una relación directa con la elevada pobreza en las áreas rurales, de tal suerte que el recurso forestal ha estado desapareciendo a un ritmo de 80.0000 has/año, siendo las regiones del Occidente y Sur del país las más afectadas. Las causas de la deforestación actual se centran en el cambio de uso de suelos forestales agrícolas. El consumo de leña, los incendios forestales y la tala irracional.

El ritmo de crecimiento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se muestra paulatino, hasta 1995, manteniéndose este año entre el 32% y el 34%. En 1999 este porcentaje se acerca al 45% demostrando una subida importante, este cambio

drástico en el ritmo de inserción se debe a dos causas fundamentales: por un lado a la creciente demanda de mano de obra femenina proveniente de las maquilas y, por otro, a la necesidad de reemplazo de ingresos habida tras el paso del Huracán Tormenta Tropical Mitch. El incremento de la participación de las mujeres en la actividad económica, sin embargo, tiene lugar pese a enfrentar peores condiciones sociales que los varones tales como percibir menores ingresos y la necesidad de la atención a las obligaciones reproductivas, generando doble y triple jornada laboral; por otro lado, las mujeres tienen proporcionalmente los empleos de menor calidad, de tal manera que sólo un 35% de la PEA femenina está ocupada como asalariada del sector público o privado o como doméstica, mientras que el resto se ubican como trabajadoras por cuenta propia, informales y como trabajadoras familiares no remuneradas.

Empoderamiento de mujeres a través de la ejecución de un proyecto de abastecimiento de agua en 9 comunidades rurales

Las mujeres siempre han participado en la vida de la comunidad, la familia y en la vida económica de su país: que su labor haya sido y siga siendo invisibilizada, porque la historia es masculina, es otro asunto. La construcción y revalorización de la identidad de las mujeres es un punto fundamental para el empoderamiento.

En el caso de la experiencia que se presenta se busca un empoderamiento social, político, que sea visible y valorado por los líderes municipales, comunitarios y los hombres de las comunidades, no en el sentido de solicitar aprobación, sino en el buen sentido de no poder obviar la presencia de las mujeres y su participación y, de igual forma, su voz. El empoderamiento económico es muy importante en la vida de independencia económica de las mujeres, pero cuando no existe suficiente grado de autoestima y de construcción de identidad de las mujeres por sí mismas, el ingreso económico se constituye en una herramienta más para ser maltratada por el compañero y muchos miembros de la familia—incluso los hijos.

La pregunta es ¿cómo, a partir de un proyecto de abastecimiento de Agua Potable, se puede empoderar a las mujeres? Para todas/os es conocido que las que más sufren la escasez del agua, por destrucción del medio ambiente o por sequía, son las mujeres y las niñas y, en muchos casos, los niños: al ser las mujeres las únicas responsables de la alimentación o el aseo del hogar, se ven enfrentadas a la búsqueda de agua para satisfacer las necesidades no sólo de ellas sino de sus familias.

Son tantas las necesidades de las mujeres pobres del área rural, que inicialmente difícilmente piensan en las necesidades estratégicas: las necesidades estratégicas de género de las mujeres pobres son un punto para después y es comprensible porque el contexto en donde se desenvuelve su vida cotidiana no les ofrece otras oportunidades. No obstante, como hemos mencionado, para CIPE la satisfacción de una necesidad práctica representaba la oportunidad de empoderar a 9 grupos de mujeres rurales. Este proyecto ha sido el medio para el empoderamiento social y político de las mujeres frente a la comunidad, líderes municipales y líderes comunitarios.

CIPE no llega a una comunidad rural o grupo de mujeres sin ser invitada; en este primer momento de acercamiento y conocimiento se explica claramente la metodología de trabajo institucional y, dentro de ella, se explica que la población meta inicialmente son las mujeres y que es a través de este grupo focal poblacional que realiza su trabajo de apoyo al desarrollo comunitario local. En muchas oportunidades esto no se entiende porque existe la generalidad de que los proyectos de abastecimiento de agua generalmente son canalizados a través de las organizaciones comunitarias masculinas, como patronatos y juntas de agua y nunca se considera la participación de las mujeres como sujetas organizadas con voz y voto; en algunas casos las incorporan para el acarreo de piedra o de aquellas actividades de trabajo que los hombres no están dispuestos a realizar, por ello también el planteamiento de enfoque del trabajo que se realiza rompe esquemas tradicionales de hacer las cosas.

Participación y organización para la ejecución del Proyecto de Abastecimiento de Agua con Mujeres

Inicialmente se realiza el diagnóstico con las mujeres de la comunidad, luego se expone a todos-as los-as miembros de la misma, especialmente los hombres y los líderes de sus organizaciones, para que también identifiquen sus necesidades y se formula un plan de desarrollo comunitario que es monitoreado por las mujeres. El proyecto es formulado con las mujeres, haciéndolas partícipes no sólo en la identificación sino en la proporción de información que está a su alcance, informándoles la forma en la que participarían y el compromiso que están adquiriendo. Aprobado el proyecto, existe una presentación del mismo a toda la comunidad y líderes municipales en donde se establece que las *dueñas y beneficiarias directas* del proyecto son las mujeres, quienes van a liderar el proceso de organización, ejecución y rendición de cuentas a la comunidad.

Se abren los espacios de participación de representantes de todas las organizaciones de las comunidades a través de colectivos, los cuales son creados según las necesidades del proyecto: colectivo de reforestación, colectivo de administración de recursos, colectivo de planificación del trabajo no calificado, colectivo de monitoreo de la calidad del trabajo y de la supervisión del personal contratado; cada colectivo es coordinado por una mujer, que es elegida en asamblea comunitaria.

Satisfacer la necesidad básica de agua potable no es la única finalidad del proyecto, sino dejar en las mujeres y en las líderes conocimientos que sirvan como herramientas para continuar con el desarrollo de su comunidad. Estos conocimientos son adquiridos a través de un proceso de capacitación que se desarrolla a la par del proceso constructivo o de dotación de infraestructura para instalar el agua. Los temas de la capacitación van orientados a la sostenibilidad del sistema de agua y cuidado del medio ambiente, pero también se hace un trabajo fuerte en proporcionar a las mujeres conocimientos e información que contribuyan a crear y/o fortalecer las relaciones de igualdad y equidad entre hombres y mujeres. Son estos espacios de formación los que sirven para que las

mujeres tomen conciencia del rol que durante muchos años han desempeñado y de su posibilidad de desempeñar otros que nunca les fueron permitidos hacer porque se consideraban masculinos.

Lecciones aprendidas

El desarrollo del proyecto ha dado lugar a resultados óptimos en los siguientes ámbitos:

–Mujeres con liderazgo en la conducción del proyecto y apropiamiento del mismo.

–Desarrollada la capacidad de negociación, monitoreo y control de materiales del proyecto por las mujeres.

–Respeto de los hombres hacia las mujeres y valoración de sus capacidades como personas y líderes.

–Enfrentamientos de personal contratado al no aceptar que sean las mujeres sus jefas, y estas han puesto las cosas claras, *somos sus jefes o deja el trabajo para que lo realice otro*.

–Los líderes comunitarios expresaron públicamente que reconocían las capacidades de las mujeres como conductoras de los proyectos, y en la defensa de sus derechos y dignidad de mujeres.

–Alcaldes municipales les extienden personería jurídica municipal a la organización de mujeres, reconociéndola como una organización del municipio.

–Las mujeres expresan tener mucha seguridad en su vida personal, en las actividades que realizan.

–Se van incorporando a las organizaciones masculinas, como patronatos, comités de desarrollo local, con voz y con mayor nivel de opinión propia.

–Son mujeres que hablan más, sonríen y expresan la experiencia de su vida y del proyecto.

–Valoran su aporte al desarrollo comunitario y no se sienten objetos, sino sujetas del desarrollo.

–Para ellas ha sido muy importante que el proyecto de abastecimiento de agua haya sido realizado con ellas, instalando las tomas de agua en sus cocinas o en el lugar más cercano a ellas.

–Pidieron que se construyeran lavaderos colectivos para tener el espacio de plática que siempre tenían al lavar juntas. La instala-

ción de llaves y lavaderos cuando un proyecto se canaliza a través de los hombres no considera la distancia o el trabajo que implica para las mujeres, el agua se instala donde el hombre cree que debe ser y éste nunca piensa que la cocina es el lugar más indicado para la instalación del agua a nivel domiciliario y no el solar de la casa.

—Los proyectos son el medio, no el fin, y con los objetivos y metodologías claras para empoderar a las mujeres, deja de tener importancia su característica o especialidad, igualmente un proyecto de salud comunitaria puede facilitar el empoderamiento de las mujeres.

Nicaragua

Con el empoderamiento de las mujeres ¿Quién no sale ganando?

María de los Ángeles Acuña Herrera

Salieron, por instinto de supervivencia, de las espesas montañas del norte de Nicaragua, luego de sufrir en carne propia los estragos de los enfrentamientos entre la resistencia nicaragüense y el Ejército de Nicaragua, durante la década de los ochenta.¹ No poseían tierras ni ningún bien material que les hiciera pensar en la posibilidad de recibir un crédito. Sólo tenían su palabra. Al organizarse, como madres o como familiares de víctimas de guerra, lograron enfrentar su propia vulnerabilidad y le abrieron las puertas a un reto que no esperaban: demostrar que podían recuperar 11.705 dólares de un fondo revolvente que se habían perdido en préstamos que nunca se pagaron.

El organismo internacional Ayuda Obrera Suiza (AOS) había invertido ese dinero en un proyecto micro financiero de fondo revolvente para desmovilizados de guerra. Para cuando la Asociación de Madres y Familiares de Víctimas de Guerra asumió el reto, ese dinero ya se consideraba perdido. Tres años después, las mujeres que asumieron las riendas de la micro financiera ya habían recuperado cerca de 10 mil dólares. Así, lograron consolidar lo que hoy en día es la Caja Rural Mano a Mano, situada en el municipio de Waslala, a 248 kilómetros de Managua.

¹ Los contras, muchos de los cuales eran exsoldados y exoficiales somocistas, se organizaron en la llamada Resistencia que luchaba contra la revolución sandinista.

Con visión de mujer

La cooperativa de ahorro y crédito cuenta con 1.111 socias y algunos socios. Tiene la misión de brindar crédito a las mujeres de los barrios y comunidades de Waslala que no tienen oportunidad de recibirlo, como un medio para que comiencen a cultivar su autonomía económica.

«Cuando se entregó el dinero no importaba las desventajas que representaba la entrega de esta cartera (el dinero casi perdido). Lo esencial era aprovechar esta oportunidad de dar un nuevo comienzo a mujeres que venían con serias secuelas psicológicas y morales producto de la guerra, sin importar que fueran sandinistas o de la resistencia», señaló Imelda Peralta, administradora de la Caja Rural Mano a Mano.

Apostando por los Grupos Solidarios

La cartera o dinero recuperado, trajo consigo un cambio en la forma de dar los préstamos. Dejaron de dar crédito a personas individuales, y se creó la modalidad de Grupos de Fianza Solidaria con enfoque de género. *«La formación de los Grupos de Fianza Solidaria es la semilla de la caja. Las mujeres se unen en pequeños grupos y así se apoyan moralmente para gestionar, invertir y pagar su préstamo. Esto asegura el buen uso del crédito otorgado a cada una de sus socias, porque entre las mismas mujeres se respaldan para acceder al crédito, y su garantía es su palabra»*, precisó la administradora.

El éxito alcanzado por la Caja Rural Mano a Mano bajo esta metodología se debe a que las promotoras de crédito tienen un fuerte vínculo con las mujeres prestatarias. Ellas no sólo entregan el crédito y supervisan que se pague, sino que están pendientes. Motivan a las socias para que continúen sus estudios de Educación de Adultos (EDA), las enlazan con redes de autoayuda, con otras organizaciones locales, y las invitan a participar en talleres sobre sus derechos y sobre mercadeo de sus productos.

Ocupar el crédito para lo que es

María Teófila López, actual socia y una de las fundadoras de la Caja Rural Mano a Mano, se siente satisfecha de saber que puede generar bienes propios y asegurar su estabilidad económica y la de su hogar. «*Empecé comprando cerdos que vendía ya gorditos. Después que vi ganancia me atreví a prestar un poquito más. Todo es un riesgo pero me ha ido bien*», dijo Teófila, quien actualmente lleva ocho préstamos. El último fue 500 dólares para comprar dos toretes con los que pagará su crédito otorgado a 30 meses de plazo.

El secreto para no caer en mora, según esta mujer madre de 10 hijos, es «*tener cabeza para saber administrar el dinero. Hay que invertirlo para lo que se sacó*».

Aprendiendo a negociar

Teófila agregó que asistir a capacitaciones de derechos y autoestima la ha ayudado en su capacidad de negociar y tomar decisiones. María Teófila ya había recibido y pagado dos préstamos. El primero de cincuenta dólares, y un segundo préstamo de setenta y cinco dólares, los cuales utilizó para alquilar tres manzanas de tierra y sembrar granos básicos. Tenía ya la oportunidad de solicitar su tercer crédito, pero como la cantidad que iba a prestar era más grande requería presentar una garantía de pago. Teófila no tenía propiedades que pudieran servir de garantía, pero su esposo sí. Entonces, se atrevió a discutir con su esposo, por primera vez, un asunto meramente de negocios.

Pensó que si lograba que le prestara el título de propiedad del terreno donde vivían, podría recibir suficiente dinero para comprar dos cerdos, los cuales engordaría con los desechos agrícolas de sus sembradíos. Teófila fue siempre prudente con los préstamos y había logrado salir rápido de sus dos deudas anteriores. Pensó que si invertía todo el dinero del préstamo, apenas recogiera podría pagarlo y recuperar la escritura, la devolvería a su esposo, para reafirmar su confiabilidad y aumentaría su fuente de ingresos. Y así lo hizo: «*A la fecha he logrado comprar un terreno*

para la siembra de cacao, café, plátanos y maíz» contó María Teófila, de 62 años de edad. Ella, además de ser socia de la caja rural, se ha integrado a organizaciones como Cecocafé y Cacaonica. Eso le ha permitido vender a mejor precio su café y su cacao.

Cosechando relaciones justas en el hogar

Santos Gertrudis López, otra de las socias fundadora de la Asociación de Madres y Familiares de Víctimas de Guerra y de la caja rural, comparte con las lectoras de *La Boletina* los cambios que se han ido dando en el seno familiar, sobre todo en lo relacionado a su esposo: *«Antes de ser socia de la Caja Rural no tenía autoridad en la casa. Basilio era de la idea que la mujer no tenía voz ni voto. Mi vida la dedicaba a jalar leña, trabajaba al machete y criando chigüines, esperando a ver qué nos traía él»*, recordó Gertrudis, de 45 años.

Santos Gertrudis, empezó a asistir a talleres, capacitaciones y poco a poco se fue proponiendo nuevas metas con su crédito. Así se impulsó a comprender el valor y el respeto que se merecía por parte de su esposo: *«Yo vivía marginada y con miedo porque no sabía cómo reclamarle. Ahora me siento con una gran libertad y valor para negociar con mi marido. Ahora sí tengo el valor para hablar de igual a igual. En otro tiempo no tenía ni voz ni voto. Ahora estoy más clara del respeto que me merezco»*. Ahora, Gertrudis espera obtener un nuevo crédito para la siembra de frijoles.

Basilio Díaz, su esposo, reconoce haber cometido tales errores en gran medida por desconocer que existían otras formas más justas de convivir en pareja y en familia. En la actualidad, asegura compartir las responsabilidades de la casa. Frente a Gertrudis, Basilio confesó que el cambio de mentalidad es uno de los retos más difíciles que ha enfrentado: *«Me molestaba que saliera todos los días y se apareciera hasta en la noche. No me gustaba que saliera de la casa. Después me di cuenta que ella también tenía derecho a socializar con otras personas y a trabajar sus propias ideas. Ahora reconozco que sabe administrar mejor que yo el préstamo y los 'rialitos' que gana le duran más que a mí»*, señaló

Basilio, tras asegurar estar consciente del daño que le hizo a su pareja: *«Después de tantas capacitaciones y talleres uno se va empapando y viendo las cosas de otra manera»*, concluyó.

Miedo al cambio

Esmérita Calero, una mujer de carácter fuerte y promotora de la caja rural desde su fundación, comparte su experiencia antes y después de ser una mujer organizada: *«Antes de tener mi propio crédito yo estaba atada a un hombre que me maltrataba física y emocionalmente. Mi cambio fue cuando me integre a la asociación de madres. Ahí fue donde tome la decisión de irme de la casa. Anduve rodando y posando por tres meses. Hasta que obtuve mi primer crédito y lo invertí en la compra de un cerdo. En lugar de venderlo en pie, hice chicharrón, frito y nacatamales para sacarle más ganancia»*, cuenta Esmérita, quien a los 14 meses salió beneficiada con un proyecto de vivienda.

Antes temía salir de la casa. Pensaba que saliendo ponía en peligro la estabilidad que le daba su compañero. Eso le había impedido tomar la decisión. Sin embargo, esta mujer madre de cuatro hijos –uno de ellos es actualmente técnico dental de Waslalahoy en día es una de las tres promotoras de crédito. Desde la fundación de la Caja Rural Mano a Mano las promotoras se encargan de verificar, diagnosticar y considerar cuándo a una socia se le debe prestar o aceptar alguna prórroga. *«Antes de entrar a la asociación yo tenía tercer grado de primaria. Pero no sabía qué nivel de educación era ése. Entonces me animé a seguir mis estudios y llegué a sexto grado. Ahora que veo mis letras me quedo asustada de ver cómo escribía»*, agregó Esmérita, quien además ha viajado a México y Alemania, para contar la experiencia de su grupo: *«Nunca me imaginé estar rodeada de tantos focos, cámaras y micrófonos. Ahora yo me siento muy comprometida de ayudar a las mujeres que sufren violencia o que sienten que no tienen salida. Yo la encontré. Si un hombre no se quiere componer, no quiere ayudar en su casa, no estima a su mujer, lo mejor es dejarlo»*.

Esmérita, de 50 años de edad, no se cerró al amor y ahora comparte su vida con un nuevo compañero a quien conoció dentro de la cooperativa de ahorro y crédito. *«Yo les digo a las mujeres que existen hombres buenos que las pueden valorar. Yo encontré un esposo que no cambio por nada»*, manifestó Esmérita. Hoy día Esmérita tiene seis vacas y 40 manzanas de tierra en las que siembra arroz, frijoles, maíz, cacao y café.

Resolviendo conflictos

Ivania Zamora, actual presidenta de la Caja Rural Mano a Mano, no es de las socias fundadoras pero conoció a la cooperativa por su mamá y entró a la edad de 21 años. Ahora, estudia tercer año de Administración de Empresas. *«Aunque yo soy la presidenta de la cooperativa tengo los mismos deberes y derechos del resto de socias»*, aseguró Ivania. Antes de ingresar a la cooperativa, se dedicaba a sembrar maíz y echar tortillas, oficios que combinaba con los quehaceres domésticos.

Ivania recuerda cómo dentro de la misma caja y la asociación, las mujeres han ido superando sus propios prejuicios: *«Recuerdo que muchas socias no estaban contentas con mi participación en ese cargo. Una de las formas de contrarrestar esa situación fue entregando lo mejor de mí misma. No podía sembrar la cizaña, había que unir esfuerzos y me he dedicado a trabajar a favor de todas»*.

Evitando el favoritismo

Para no caer en preferencia a la hora de entregar los préstamos, es la Junta Directiva la que tiene que ponerse de acuerdo para aceptar nuevas socias o socios. Dicha Junta está integrada por cinco mujeres. Ellas son electas entre las mismas afiliadas para trabajar durante un período de dos años.

En el caso de nuevos Grupos de Fianzas Solidaria, estos deben recibir el respaldo de las promotoras de crédito. Las promotoras son también socias electas por la Junta Directiva. Además de las funciones que ya mencionamos, se encargan de entregar a la Jun-

ta Directiva la información sobre las integrantes de los grupos que soliciten crédito. Ellas cubren 10 barrios del municipio y 52 de las 70 comunidades.

«El delegar este compromiso a las mismas socias tiene doble propósito: ahorrar costos administrativos y asegurar que el trabajo se realice con mayor esmero porque nadie va cuidar mejor que ellas su patrimonio, que sirve para respaldar a otras mujeres», explica Imelda Peralta, administradora de la cooperativa.

Más que un banco

Cuando hablamos de la Caja Rural Mano a Mano, hablamos de una microfinanciera. Han sido las socias de la caja rural, mujeres de la misma comunidad, las que han marcado la diferencia. Demostraron que una comunidad entera se desarrolla, si se desarrollan las mujeres. Probaron que el microcrédito, enfocado en el desarrollo integral de las mujeres, puede ser también rentable. No es un favor, ni una ayuda que se les da a las mujeres. Es una nueva oportunidad y, a la vez, un servicio que las mujeres mismas pagan y sostienen con su duro trabajo. Ahora, la Caja Rural es para Waslala más que un banco, más que una caja donde se piden y pagan préstamos. Es una institución de esperanza para la comunidad, una esperanza con rostro de mujer.

Mecanismo para aplicar el enfoque de género

Los hombres son la minoría de socios pero también reciben crédito. No obstante deben cumplir con las siguientes características: reputación de honestidad, integrarse en un grupo solidario de su barrio o comarca, mostrar interés y tiempo para apoyar los diferentes trabajos que se emprenden a favor de la mujer. No se acepta a hombres que se organicen sólo para salir favorecidos ni aquellos que tengan fama de maltratar a su compañera de vida y familia.

Nicaragua

Cristina Rodríguez, feminista campesina

Laura Valle Otero

Fue líder sindical, obrera agrícola, cristiana y feminista, con una mezcla de sensibilidad y terquedad para desafiar la vida. La pobreza y los golpes de la vida le templaron el carácter y le dieron un profundo conocimiento sobre la vida de las mujeres. Cristina Rodríguez es una ancestra única por fundir feminismo y conciencia de clase en la defensa de los derechos de las mujeres del campo.

Muchas de las historias que aparecen aquí fueron contadas personalmente por Adolfo Lainez, esposo de Cristina. Además nos facilitó el libro «Cristina Rodríguez: una historia nicaragüense», donde Cristina cuenta su vida a dos voluntarias irlandesas.

Otras anécdotas fueron contadas por Ana Celia Tercero, mejor conocida como Ileana Mayela.

Sangre indígena

Nació en Chinandega, en las faldas del volcán San Cristóbal, un 8 de abril de 1940. En esa época los cuentos de camino eran el mayor entretenimiento del campo, así que Cristina se hizo muy talentosa para hablar. Dicen que era muy sensible, que lloraba con facilidad, pero cuando era necesario también era arrecha, brava. Llevaba en su sangre la mezcla de dos pueblos indígenas: Subtiava, por parte de su padre Terencio Ruiz, y Chorotega, por el lado de su madre, María Félix Rodríguez. «Yo llevo en mi sangre el espí-

ritu rebelde de los indios. Si algo no me gusta, lo digo de un solo, directo. Creo que ésa es la fuerza que me ha hecho luchar tanto en la vida, a pesar de tener todo en contra.»

Hija de obreros agrícolas

Cristina lleva los apellidos Rodríguez Ruiz, pues la costumbre establecía que los hijos e hijas de padres no casados tenían que llevar el apellido de la madre primero y el del padre de último. Esa fue una de tantas costumbres machistas a las que Cristina siempre se opuso, pues desde niña tuvo que llevar el estigma de ser llamada «hija natural» o «ilegítima». Sus padres se ganaban la vida como obreros agrícolas, viviendo donde encontraban trabajo y sufriendo los maltratos de los patrones: «Mis padres eran muy pobres, y a pesar de haber luchado toda su vida para tener por lo menos un techo propio sobre sus cabezas, nunca lograron ni siquiera eso. Siempre tuvieron la vida en su contra, por ser indígenas campesinos, pobres, analfabetas».

Ellos encontraron al fin un trabajo con un trato más digno en la finca Los Panamaces, y fue ahí donde Cristina vivió gran parte de su infancia.

Años felices

Le gustaba subirse a los árboles y correr libre en el campo, comiendo las frutas caídas. Cristinita era muy chimbarona y terca, al punto que a los siete años decidió dejar de llamarse Justina Simona—su nombre de pila— porque los niños le decían «mona».

Aprendió a leer gracias a doña Carmelita, la esposa del dueño de la finca. Esa fue la única educación que recibió en su vida, pero le quedó para siempre el hábito de leer todo lo que cayera en sus manos. La infancia encerraba recuerdos muy felices para Cristina, a pesar de la pobreza de su familia. La religión, la crianza estricta y amorosa de sus padres, la libertad en el campo, las historias de Sandino que le contaba su padre y los valores éticos dieron a su vida una inquebrantable dignidad.

La vida de trabajadora

Tenía 11 años cuando tuvo que dejar los juegos. Sus padres se separaron y tuvo que trabajar por primera cortando café con su mamá y sus hermanos, en El Crucero. Al terminar la cosecha, se fueron a León para recoger algodón, uno de los trabajos agrícolas más duros que hay: «Me daba dolor de cabeza, me hacía vomitar estar todo el día bajo el sol. Sólo enferma pasaba. Mientras recogíamos el algodón, ellos pasaban rociándonos con pesticida. Todo el día trabajando de arriba para abajo en el campo para ganar una miseria, pero no había otra cosa que supiera hacer.»

«El inicio de mi calvario»

Siendo apenas una niña de 14 años, se casó con Luis Núñez, un operador de tractores de una finca. Hombre machista y mujeriego, la arrancó del campo y la llevó a la ciudad, al barrio Zaragoza. Ahí fue tratada como una sirvienta en la casa de su suegra, sin salario y sin derechos. Lavaba la ropa de toda la familia, planchaba, hacía las comidas y además se la pasaba el día vendiendo fresco y chanco con yuca en la calle. Estando embarazada de su primera hija, Marta Lourdes, Cristina decidió dejarlo y regresar con su madre. Terminaba el primer capítulo triste de su vida, donde comprobó en carne viva el desprecio machista que la sociedad tenía hacia las mujeres.

Esposo alcohólico

Vivió con su madre y su hija, trabajando en el algodón y alquilando casitas de arriba para abajo en León. En 1957 se casó con Julio Méndez, un obrero campesino igual que ella. Muy pronto Julio empezó a beber y se desentendió de todas sus responsabilidades familiares: prometía cambiar, volvían y fallaba de nuevo. En esa época las mujeres del campo no tenían ni idea de la existencia de los métodos anticonceptivos, así que en ese ir y venir Cristina tuvo 13 hijos con Julio.

Trabajó enferma, embarazada y hasta recién parida. Sus hijos e hijas nunca tuvieron juguetes. Debieron trabajar desde muy pequeños, debido a la irresponsabilidad de su padre, algo muy común hasta la fecha, debido al machismo, la poca educación y la falta de leyes.

Lucha indígena

Cristina empezó a ejercer su liderazgo en 1962, cuando se unió a la lucha de los indígenas Subtiavas por la tierra. Los Sánchez, los Somoza y los Pellas habían cercado Monte Oscuro, Troílo y Nagualapa y pusieron a la guardia a cuidar, impidiendo que los indígenas obtuvieran leña y pasto para su ganado. Una noche, decidieron sacar sus tambores de guerra y cortar las alambradas. Cristina se organizó con unas cincuenta mujeres e inventaron un plan para engañar a la guardia, aprovechándose de su machismo.

Las valientes mujeres sacaron una gran manta para protestar y ocultaron tras ella a cientos hombres. Los guardias, al ver a las mujeres se confiaron y salieron desarmados. Esa noche, fueron los guardias los que cortaron los alambres. Con los años, los conflictos de propiedad siguieron hasta 1976. Los subtiavas se ocuparon más por luchar contra la dictadura somocista y abandonaron parcialmente su lucha de tierras.

Golpes y momentos claves

En 1970 Cristina tuvo su último hijo y decidió abandonar a Julio de una vez por todas. «Las mujeres nicaragüenses somos rebeldes y tercas, especialmente las mujeres del campo. Piensan que el matrimonio o las relaciones deben ser para siempre y se quedan con hombres que no valen la pena, siguiendo un errado sentido del deber. Yo creo que la mujer tiene la solución en sus propias manos. Es hasta que ella despierta y se da cuenta de que un hombre está arruinándole la vida, que puede seguir adelante por sí sola.»

Un doctor solidario le habló de los métodos anticonceptivos y la llevó a una clínica, donde escogió el método más adecuado.

Este suceso marcó su vida, pues comprendió que las mujeres podemos tener mejores oportunidades si controlamos nuestra vida y nuestra sexualidad y que eso es un derecho.

En 1972, muere su padre debido a complicaciones de salud. Después de eso conoce a Adolfo Lainez, con quien compartió el resto de su vida: «Recuerdo que solía cargar cabezas de plátano hasta siete kilómetros de distancia para que ni yo ni mis hijos nos quedáramos sin comida. Me siento muy agradecida con él. No me ha dado problemas y me ha ayudado a criar a mis hijos, tomando una responsabilidad que no era suya. Somos polos opuestos, yo tengo mal carácter y él es más pasivo, y a pesar de eso siempre nos hemos querido.» Adolfo acompañó a Cristina en las muertes de su hijo Jorge y en la muerte de su querida madre, en 1976. Dos años después, su hija Isabel fue asesinada brutalmente por la guardia, estando embarazada. Este suceso, la marcó para siempre.

Comienza su activismo

Cristina se unió a AMPRONAC, una organización de mujeres que respaldaban a los combatientes sandinistas y estudiantes en su lucha contra la dictadura. Una vez que triunfó la Revolución Sandinista fue electa «Madre Campesina» de su comunidad durante la Cruzada Nacional de Alfabetización. Al finalizar la cruzada, Cristina se fue a Carazo a recoger café.

De regreso en La Reforma, una Unidad de Producción Estatal (UPE) en Chinandega, trabajó con monjas, enseñando catecismo. En 1980 hizo realidad la creación del primer Centro Infantil Rural en Chinandega, seguido de otros más. Cientos de niños y niñas recibieron por primera vez alimentación balanceada, educación, salud y juguetes. Muchas mujeres, pudieron al fin ir a trabajar y ganar independencia. Mientras seguía trabajando como obrera agrícola, creció su fama como buena gestora social, líder natural y mujer sabia y justa. Fue escogida para ocupar cargos sindicales de gran importancia.

Durante cinco años fue tesorera del sindicato de La Reforma. Gestionó por mucho tiempo la entrega de un camión para trasladar a los trabajadores enfermos y las mujeres panzonas, hasta que

lo consiguió. En 1983 fue electa Secretaria General del sindicato de la Compañía Agrícola del Estado «Ricardo Morales».

En 1986 la escogieron como Secretaria General del sindicato de toda la Compañía Agrícola. Ella se sintió insegura de su bajo nivel educativo y cedió su puesto a un hombre, un error del que siempre se arrepintió «por las consecuencias que trajo a las mujeres». Como líder sindical, Cristina luchó por mejorar las condiciones de las obreras agrícolas: evitar los despidos de embarazadas, garantizarles acceso a servicios de salud y educación para ellas y sus hijos.

Florece la líder feminista

En 1988, fue electa como representante de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) en Chinandega y León. Junto a Olga María Espinoza y otras mujeres, comienza a realizar asambleas para que las trabajadoras de las bananeras y algodonaes expresaran sus demandas, necesidades y miedos: «Queríamos saber qué problemas habían entre las mujeres de base y los líderes, que eran todos hombres».

Tuvo su primer contacto con el mundo del activismo feminista en México, en 1987, durante una Asamblea Feminista Latinoamericana: «Yo siempre tuve un enorme respeto por la vida de los demás, pero esa era la primera vez que veía una reunión de mujeres lesbianas. Yo soy cristiana, y no veo nada malo en combinar feminismo y religión. Creo que ser cristiana significa luchar con determinación por nuestro derecho a ser felices en todos los sentidos». A ese viaje le siguieron muchos más. Conoció Costa Rica, España, Irlanda y Rusia, haciendo relaciones internacionales, recibiendo cursos y atención médica por sus problemas con el corazón, los pulmones y los nervios.

Visión de una revolución

A medida que fue conociendo a sus líderes y dirigentes, Cristina sufrió un desencanto: «Idealizamos a cierta gente al punto de verlos casi como dioses. Fue el peor error».

Cristina siempre fue muy crítica dentro de su partido y las organizaciones donde perteneció, pero siempre se identificó con la ideología sandinista y con los logros de la revolución. Sostenía que «fue una luna de miel para las trabajadoras del campo. No hay duda de que la Revolución hizo cosas que como trabajadora nunca imaginé que iba a ver. Pero nada de eso fue un regalo. Todo lo que recibimos lo pagamos con creces. No le debemos nada a nadie.» En 1990, después de vivir desencuentros dentro de la organización, Cristina dejó la ATC y se decidió a buscar nuevos retos y nuevos espacios desde donde apoyar a las mujeres.

Cristina incontenible

Tenía una vocación política y social incontenible. Luego de salir de la ATC, vio en la creación de Organizaciones No Gubernamentales una alternativa para seguir defendiendo los derechos de las mujeres.

En 1991, co-funda el Comité de Mujeres Rurales, dejándolo en 1995. Dos años después, emprende la creación de la Asociación para el Desarrollo Integral de la Mujer (APADEIM) junto a la joven Ana Celia Tercero, mejor conocida como Ileana Mayela. Ella, junto a otras mujeres, dirige actualmente APADEIM y recuerda mucho las recomendaciones de Cristina: «El dinero o los recursos por sí solos no ayudan al empoderamiento de las mujeres. Hace falta acercarse a sus vidas y decirles ¡Vengan, hagamos algo por nuestra situación! Lo esencial es apoyarlas para que construyan su propia autoestima y se empoderen a sí mismas.»

Cristina pensaba «Por más que trabaje en una ONG, no dejaré de ser una obrera agrícola. Eso sería absurdo» y realmente fue así. Nunca se separó su sencillo atuendo: falda plisada o vestido, zapatos humildes, moña en el pelo. Ni una gota de pintura.

Su muerte fue sorpresiva. Eunice Villalobos, directora de la Casa de la Mujer de Rivas lamentó que hubo poca gente, pocas flores. Su traslado al cementerio de León fue rápido y silencioso. Pero Cristina no temía a la muerte y con seguridad no le importaron los detalles de su entierro.

Decía que sólo los obreros y obreras, las que no tienen nada, las que van hambrientas, si luchan, son las que mantienen sus principios. «Es cierto que los principios no van a llenarte el estómago, pero podrás caminar con la frente en alto y la conciencia limpia». Así dicen que se marchó el año pasado, una tarde soleada de diciembre, esta ancestra de nuestros tiempos.

Epílogo

*Dame tu mano ahora que emprendo el camino,
Levanta, camina, avanza conmigo,
Deja el temor, el miedo a lo escondido,
que nunca más vuelva a vivir contigo,
Despierta, grita, sacúdete el alma,
Que nos escuche el mundo, el universo, todo
Que nunca más nos quedemos quietas,
Porque ahora y siempre, todas,
ESTAMOS DESPIERTAS*

Los días 26, 27 y 28 de octubre de 2005 tuvo lugar en Bilbao el Encuentro «**Todas estamos despiertas**», un espacio de mujeres para intercambiar experiencias individuales y colectivas de lucha. Llegaron mujeres de 10 países con culturas distintas, unidas por un objetivo común: compartir saberes, sentimientos, metodologías, acciones.

Fueron mujeres del Sur y del Norte que viven comprometidas consigo mismas y con la sociedad para lograr la equidad de género, el fin de las desigualdades. Vinieron representando a 13 organizaciones del Sur y 25 del Norte. Más de 200 mujeres y un grupo de hombres con ganas de aprender participaron a lo largo de los tres días. El Encuentro abordó las luchas de las mujeres en dos ámbitos: las experiencias de economía popular y el poder local.

Las conclusiones fueron ricas en matices. Pero tal vez la idea de «recuperar nuestra historia como mujeres» constituyó el centro de las deliberaciones. Ello conlleva visibilizar el pensamiento de las mujeres, sus iniciativas, sus organizaciones, sus logros.

Este libro es consecuencia de este espacio de mujeres que quiere recuperar su historia y sus historias. Volcarlas al mundo a través de la escritura, para que el mundo detenido delante de la puerta, ancho y grande como un campo que nos espera, se vea inundando de palabras, de actos, de sentimientos, de mujeres. De mujeres DESPIERTAS.

Organizaciones que participaron en el I Encuentro Internacional «Todas estamos despiertas»

26 al 28 de Octubre de 2005, Bilbao

Las del SUR

Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas

MST-Brasil

Cátedra de la Mujer Universidad de la Habana, Cuba.

Sector de Mujeres, Guatemala.

Health Work Committees, Palestina.

Psycho Social Counselling Centre for Women, Belén, Palestina

UNMS, Sahara Occidental.

Concejo Municipalidad Sololá, Guatemala.

Las Dignas, El Salvador.

Las Mélicas, El Salvador.

Tierra Viva, Guatemala.

Cipe – consultores, Honduras.

Colectiva de Mujeres de Masaya, Nicaragua.

* Es de destacar que al no haber sido concedido el visado no pudieron acudir las representantes de CLADEM y ANUC-UR, Colombia, siendo una ausencia muy acusada al haber participado en los encuentros preparatorios y recayendo sobre ellas gran parte de la organización del evento.

Las del NORTE

PTM-mundubat

AHIGE

Cooperació

Euskadi – Cuba

Mujeres del Mundo – Munduko Emakumeak

RCADE

Asamblea de Mujeres de Bizkaia

Alderdi Feminista – Partido Feminista

UPV-EHU

Mujeres en zona de conflicto (MZC)

Área de la Mujer y Cooperación para el Desarrollo del Ayuntamiento de Bilbao – EBEL

Gernika Gogoratuz

Mujeres en zona de conflicto

Coordinadora ONGD España

Fundación SIP

Mujeres de Negro de Sevilla

Elkarri

Centro de Memoria de Mujeres

Lanbroa y Suspergintza Elkartea

Círculo Solidario Euskadi

Cear - Euskadi

Paz y Solidaridad

Mugarik Gabe

Coordinadora de ONGD de Euskadi

Despiertas

Voces de mujeres en lucha

- Elena Apilánez Piniella.** España
Ángela María Botero Pulgarín. Colombia
Fatma El Mehdi. Sahara Occidental
Eliselda Guardado Martínez, Mariana Ramírez, María de la Luz Sarmiento. Honduras
Colectiva de mujeres de Masaya. Nicaragua
Yajaira Salazar. Colombia
ADEMUR. El Salvador
Helen Dixon. Nicaragua
Ivone Cebara. Brasil
Alicia Mosquera. Colombia
Reina Isabel Suárez, Mayra Suárez, Lorna Espinoza Urbina. Nicaragua
Aichetu Ramdan Suelim, Zahra El Hasnau Ahmed. Sahara Occidental
Ana Silvia Monzón. Guatemala
Beatriz Bonilla. Colombia
Aminta Navarro. Honduras
María Acuña Herrera. Nicaragua
Laura Valle Otero. Nicaragua